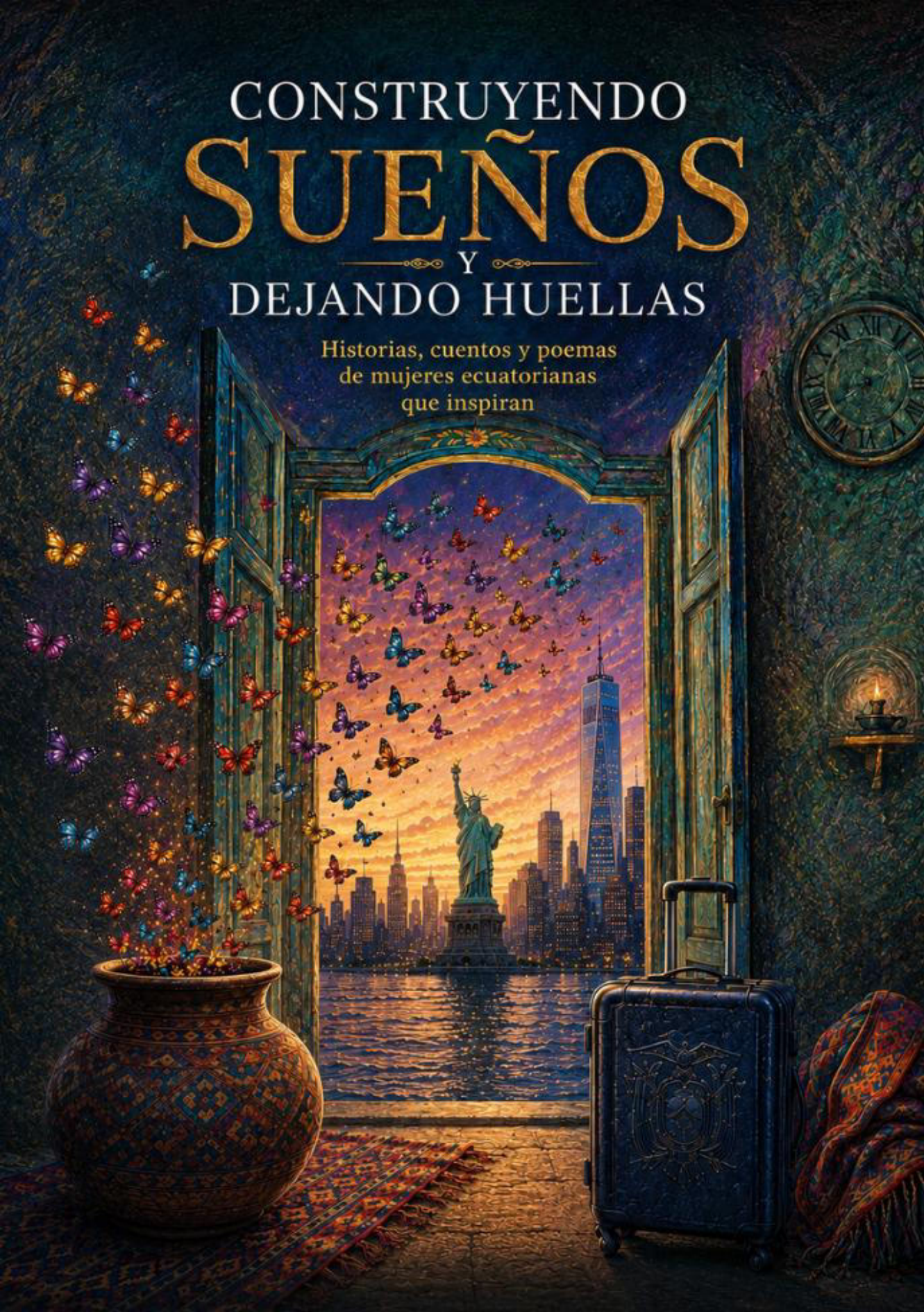


CONSTRUYENDO SUEÑOS Y DEJANDO HUELLAS

Historias, cuentos y poemas
de mujeres ecuatorianas
que inspiran



CONSTRUYENDO SUEÑOS Y DEJANDO HUELLAS

AUTORAS:

Mujeres Ecuatorianas Migrantes

COORDINACIÓN DE LA PUBLICACIÓN:

Agencia Consular del Ecuador en Queens

CON LA COLABORACIÓN DE:

Instituto Superior Tecnológico República de Alemania

(ISTRA)

Grupo Editorial BLR



Este libro ha sido debidamente examinado y valorado en la modalidad doble par ciego con fin de garantizar la calidad científica.

©Grupo Editorial BLR
Agencia Consular del Ecuador en Queens
Instituto Superior Tecnológico República de Alemania (ISTRA)
Riobamba – Ecuador
Correo: publicaciones@grupobl.com
<https://grupobl.com/libros-investig>
REPOSITORIO



Mujeres Ecuatorianas Migrantes.(2026)Construyendo sueños y dejando huellas.Grupo Editorial BLR.

©Mujeres Ecuatorianas Migrantes
Agencia Consular del Ecuador en Queens
Instituto Superior Tecnológico República de Alemania (ISTRA)

ISBN

El copyright promueve la libertad de expresión, protege la diversidad de ideas y conocimiento, además apoya la libre expresión. Se prohíbe de manera rigurosa la producción o el almacenamiento de esta publicación, ya sea en su totalidad o en parte, está estrictamente prohibido por ley, incluyendo el diseño de la portada, así como su difusión a través de cualquiera de sus medios, ya sean electrónicos, mecánicos, ópticos, de grabación o incluso de fotocopia, sin permiso de los propietarios de los derechos de autor.

FILICIONES INSTITUCIONALES

Agencia Consular del Ecuador en Queens

Facebook: Consulado de Ecuador en Queens

Correo Electrónico: cecuqueens@cancilleria.gob.ec

Ministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana

<https://www.cancilleria.gob.ec/>

Correo Electrónico: gabineteministerial@cancilleria.gob.ec

Instituto Superior Tecnológico República de Alemania
(ISTRA)

<https://istra.edu.ec/>

Correo Electrónico: info@istra.edu.ec

Grupo Editorial BLR

<https://grupobl.com/>

Correo Electrónico: publicaciones@grupubl.com



PREFACIO

Durante siglos, los cimientos de nuestras economías se han construido sobre el trabajo de cuidado no remunerado. Este esfuerzo ha constituido la base de la infraestructura emocional y física de las naciones. Sin embargo, permaneció ignorado en las estadísticas. Esta exclusión limitó las oportunidades de millones de mujeres que consagraron su tiempo al bienestar común sin recibir reconocimiento ni retribución. Hoy sabemos que las mujeres realizan el 75% de estas tareas esenciales, cuyo valor económico equivale al 13% del PIB mundial. Velar por el ejercicio efectivo de sus derechos fundamentales exige visibilizar y corregir esta disparidad histórica.

El empoderamiento económico femenino es un motor de transformación social: impulsa la productividad, reduce brechas de desigualdad y genera un crecimiento nacional integral y equitativo. Cuando una mujer emprende, no solo pone en marcha un negocio; también crea empleo, provee ingresos familiares, invierte en educación, fortalece su entorno y dinamiza la economía local. El emprendimiento de las mujeres surte un efecto multiplicador que trasciende el ámbito individual y se convierte en un catalizador de desarrollo inclusivo.

Con esa convicción, desde la Cancillería ecuatoriana he impulsado proyectos ejecutados por nuestras oficinas consulares, cuyo propósito central es acompañar a las mujeres ecuatorianas migrantes con programas de capacitación, formación y asesorías individuales para asegurar su autonomía financiera. El progreso de la mujer migrante, su acceso a la toma de decisiones y a mejores oportunidades laborales resultan profundamente

transformadores: rompen ciclos de dependencia, fortalecen la autodeterminación y reducen la vulnerabilidad frente a la violencia. La independencia financiera es, en su sentido más pleno, el ejercicio efectivo de la libertad.

En el ámbito multilateral, he participado en diversos foros para defender los derechos económicos de las mujeres y reducir las brechas de género en el mercado laboral. Estas acciones se alinean con los Objetivos de Desarrollo Sostenible, particularmente el ODS 5 (Igualdad de Género) y el ODS 8 (Trabajo Decente y Crecimiento Económico). Paralelamente, el Ecuador exhorta a la comunidad internacional, especialmente a los países de acogida, a fortalecer los ecosistemas que garantizan a las mujeres migrantes el acceso al crédito, a programas de capacitación, a la simplificación de trámites y a mecanismos de integración, permitiéndoles desarrollar su potencial y vivir libres de violencia.

En el plano nacional, el Gobierno del Presidente Daniel Noboa impulsa un conjunto articulado de medidas destinadas a velar por el ejercicio efectivo de los derechos de las mujeres mediante su promoción, protección y empoderamiento económico. En enero de 2024 se promulgó la Ley Orgánica para la Igualdad Salarial entre Mujeres y Hombres, un hito legislativo que declara el 18 de septiembre como el Día de la Igualdad de Remuneración. Asimismo, la Ley Orgánica para Impulsar la Economía Violeta orienta las políticas del Ministerio del Trabajo hacia la transformación de la cultura organizacional, garantizando igualdad de trato y oportunidades.

Se suman programas concretos como el "Crédito Violeta", que entre 2024 y 2025 canalizó USD 52 millones a 13.600 emprendedoras, y "Emprende

Violeta", que en marzo de 2026 otorgó más de seis millones de dólares a 1.368 mujeres. Adicionalmente, el Sello Violeta distingue a las empresas con estándares de equidad e inclusión, lo que se complementa con incentivos económicos y tributarios que estimulan la contratación femenina. Estas iniciativas parten de una convicción compartida: el mercado se transforma en una herramienta de equidad social cuando se diseñan las reglas adecuadas.

En coherencia con estos principios, el Ministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana, a través del Viceministerio de Movilidad Humana y de la red de embajadas y consulados del Ecuador en el exterior, despliega acciones enfocadas en el apoyo, autonomía y visibilización de las mujeres migrantes, reconociendo su rol fundamental en las familias y comunidades de acogida. En esa línea, felicito a la Agencia Consular en Queens por esta iniciativa, la cual difunde los méritos de nuestras compatriotas migrantes y les brinda herramientas clave para su bienestar integral y la defensa de sus derechos.

Finalmente, expreso mi profundo reconocimiento a las 61 autoras que plasman el talento femenino en diversos ámbitos y el valioso impacto de la movilidad humana. He leído con emoción sus historias y me solidarizo plenamente con los desafíos superados. Cada una ha liderado su propio proceso de empoderamiento y me complace que, junto con sus logros personales y profesionales, dejen en alto el nombre del Ecuador en Nueva York y en el resto de los Estados Unidos.

A ustedes, queridas compatriotas, les aseguro que no están solas: el Gobierno Nacional las acompaña en su camino con el firme compromiso

de asegurar que alcancen cada una sus metas y ejerzan plenamente sus derechos sin importar las fronteras.

Sus testimonios constituyen el argumento más elocuente de por qué esta política pública debe mantenerse y ampliarse. Invito al Estado, a la academia, al sector privado y a la sociedad en general a unirse por un fin superior y urgente: garantizar que ningún proyecto, talento o aspiración de una mujer ecuatoriana se vea truncado por barreras de género.

María Gabriela Sommerfeld

Ministra de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana

PRESENTACIÓN

Quienes me conocen saben que desde que asumí funciones como titular de la Agencia Consular del Ecuador en Queens, he procurado que mi gestión vaya más allá de la prestación de trámites y servicios consulares. He querido tener una relación cercana y directa con la comunidad migrante, escuchar y atender sus necesidades que son distintas dependiendo el grupo poblacional; así como acompañarlos, con el apoyo de las organizaciones que conforman el proyecto del Balcón del Migrante, para que cada compatriota mejore su situación de vida.

Al haber crecido rodeado de mujeres, con las enseñanzas de mi abuela en un entorno familiar paritario soy sensible y comprometido con los temas relativos a la igualdad de género y erradicación de la violencia contra las mujeres. Además, he percibido que las mujeres ecuatorianas migrantes han sido las más activas en la agenda de integración y desarrollo económico propuesta por el Consulado.

De hecho, en Nueva York el mayor número de emprendimientos son impulsados por mujeres. El Consulado trabaja intensamente para motivar el emprendimiento, tal es así que tenemos cinco casos de éxito de ideas de negocio que se han logrado concretar con el apoyo de las capacitaciones y asesorías en temas de educación financiera, inteligencia artificial, liderazgo y desarrollo de emprendimientos.

Por lo que hoy me siento muy honrado de presentarles a las 61 autoras de esta publicación, mujeres que trabajan diariamente para sostener a sus familias y que nos cuentan en sus obras como transformaron la adversidad en oportunidad y como el amor y la determinación pueden más que cualquier frontera.

Mi abuela decía que la naturaleza es sabia y que el ser humano tiene dos oídos y una boca porque es más importante escuchar que hablar, hoy tenemos 61 voces que nos invitan a la reflexión colectiva sobre actos que parecen cotidianos pero que merecen nuestro reconocimiento y respeto, porque están cargados de luchas que muchas veces son silenciosas, de añoranzas de nuestra patria que permanecen intactas aún en la distancia, de pérdidas, anhelos y afectos entrañables que nos unen como comunidad.

Por lo que les invito a escuchar las voces de este grupo de valientes mujeres, que nos han abierto su corazón y cuyas historias están vivas y se asemejan a las de muchas otras, pues existen vivencias y sentires que son similares en el hecho migratorio y que deberían constituir elementos de unión y empatía de la propia comunidad ecuatoriana, ya que solo unidos seremos más fuertes para alcanzar las condiciones migratorias necesarias y la igualdad entre hombres y mujeres, valores que son la base para el desarrollo y la paz.

Una historia en una hoja se la lleva el viento, pero varias historias plasmadas en un libro constituyen un legado para las futuras generaciones de mujeres migrantes ecuatorianas para que se sientan orgullosas de quienes las antecedieron, de sus raíces y se motiven a seguir ese ejemplo de valentía y empoderamiento de las autoras. Estas narraciones preservarán la memoria y visibilizarán la dignidad de mujeres que nos presentan su testimonio de fuerza y esperanza.

Kar Atamaint,

Cónsul del Ecuador en Queens

PREÁMBULO

Según datos de la ONU y conforme las tendencias globales de la migración, las mujeres representan el 48% de los migrantes internacionales. Por lo tanto, si la cifra de ecuatorianos en Estados Unidos asciende al menos a 830.000 personas (Encuesta de la Comunidad Americana de 2021), mínimo 400.000 mujeres de nacionalidad ecuatoriana, vivirían en este país.

Las estimaciones del Pew Research Center señalan que la edad media de las mujeres migrantes es joven y productiva: el 61% se encuentra entre 25 y 54 años. Muchas provienen de regiones andinas como Azuay, Cañar y Loja, y alrededor del 15-20% de la diáspora ecuatoriana se percibe como indígena.

Nueva York es el epicentro de la migración ecuatoriana: el área metropolitana de Nueva York-Nueva Jersey alberga al 38% de la población ecuatoriana en EE.UU. Esta densidad se debe a redes migratorias establecidas desde los años 80, facilitadas por vuelos directos y comunidades de apoyo.

En cuanto al empleo, según el informe Home Economics (National Domestic Workers Alliance), el 46% de las trabajadoras domésticas en EE.UU. son inmigrantes y en áreas metropolitanas grandes, esta cifra sube a 76% - 78%. El 95% de personas que laboran en este sector son mujeres; y aquellas que están en situación irregular, corren un riesgo más alto de abuso, de informalidad o condiciones precarias.

De la experiencia consular, la falta de acceso a permisos de trabajo, la barrera lingüística y la dificultad para el reconocimiento de títulos

universitarios coloca a las mujeres ecuatorianas migrantes en doble o triple situación de vulnerabilidad.

Pese a las situaciones de riesgo y al endurecimiento de las políticas migratorias, el Banco Central del Ecuador ha indicado que EE.UU. es el origen principal de las remesas que llegan al país, éstas representan entre el 73 -77% del total (4.804,1 millones en el año 2024).

Pero más allá de las cifras, detrás de cada mujer ecuatoriana existe una historia que contiene elementos que permiten deducir que los rasgos vinculados al género por un lado las hacen más propensas a enfrentar situaciones de vulnerabilidad y una carga emocional y diferenciada en el proceso migratorio; y, por otro, un aporte sostenido tanto al país de acogida como al país de origen, que va más allá de las cifras y el desarrollo económico. Se trata de un enriquecimiento académico, cultural y artístico que resulta de la presencia de mujeres ecuatorianas en EE.UU.

Es por ello que la Agencia Consular en Queens ha coordinado la publicación de este libro, con el objeto de generar una mirada positiva de la migración femenina ecuatoriana en este país, así como para visibilizar sus aportes, sus necesidades y sus logros; y durante este proceso de redacción y compilación, fortalecer una red de sororidad que propicie la igualdad de sus derechos y el desarrollo integral de las mujeres ecuatorianas.

Se han recopilado 61 textos en diferentes estilos literarios que expresan sus experiencias, vivencias y sentires en formatos de historias, cuentos y poemas. Se trata de mujeres que dejaron su patria, en busca de mejores condiciones para sus familias. Algunas llegaron en situación irregular; otras

en cambio, vinieron a este país con su documentación en regla, por amor, por estudios o negocios.

Algunas sufrieron vejámenes en su travesía sin documentos, me refiero a tratos crueles, inhumanos y degradantes que van desde el hacinamiento, la discriminación, el secuestro, la extorsión, la privación de libertad y el abuso sexual. Las secuelas en la salud mental y emocional de las mujeres que enfrentaron hechos violentos en su travesía son quizá más graves que el desgaste físico que implica recorrer vía terrestre la frontera.

Es un secreto a voces que el cruce de la frontera entre México y Estados Unidos es un verdadero calvario para las mujeres; lo más grave es que esas vulneraciones a sus derechos humanos se han normalizado. De hecho, muchos lo aceptan y lo consideran “el precio a pagar” por el famoso sueño americano.

Luego, una vez en este país, las mujeres se desdoblán para cumplir un rol de proveedoras y a la vez de cuidadoras. Se esmeran por integrarse a una nueva forma de vida, sin olvidar sus raíces. Las ecuatorianas migrantes asumen roles desproporcionados de cuidado, sacrificando muchas veces su propio bienestar, no solo por el exceso de horas de trabajo que afecta su salud y su estado emocional (burnout), sino que han debido renunciar a actividades profesionales acordes a los estudios que tuvieron en Ecuador.

Otro grupo que impacta es el de las madres migrantes, que tienen hijos en Ecuador, los dejaron a cargo de familiares y vinieron a este país para garantizar que estudien y gocen de estabilidad económica. Con aquellas que he podido conversar, he encontrado una dicotomía, por un lado, están orgullosas de los logros de sus hijos que ahora son destacados estudiantes,

jóvenes responsables, profesionales exitosos o padres de familia; y por otro, lloran y se lamentan por cada minuto que estuvieron lejos de sus hijos. Es duro enfrentar estigmas por “haberlos abandonado”. Ese sentimiento de culpa algunas lo manejan con terapia e inclusive medicamentos. Su nivel de resiliencia es admirable.

Pero no todo es tristeza, hay un importante grupo de mujeres empoderadas que participan activamente en asuntos de política tanto ecuatoriana como estadounidense, son líderes, juezas, periodistas, activistas, escritoras, artistas, representantes, destacadas profesionales, empresarias, comunicadoras, trabajan en organismos internacionales, son responsables de proyectos sociales, cuentan con emprendimientos y sobre todo se han involucrado activamente con la comunidad ecuatoriana residente en EE.UU. para apoyar a sus compatriotas. Mi reconocimiento por esos logros que, sin duda, son el resultado de su empeño y dedicación. Como ellas dicen, nada es fácil en este país, pero no se puede negar que es el país de las oportunidades.

De los cuentos y poemas también se desprende un aire de nostalgia por la tierra que las vio nacer, un cúmulo de sueños y aspiraciones que les falta por cumplir y muchos aprendizajes de su proceso migratorio; les ha tocado aceptar que amar no siempre es quedarse y que se puede hacer hogar incluso en movimiento; a muchas la unión de sus voces y el activismo comunitario les han dado la fuerza necesaria para transitar desde la nostalgia hasta la esperanza que las mantiene firmes en su decisión de alcanzar el sueño ecuatoriano americano.

Este grupo de 61 migrantes ecuatorianas, se unen hoy en esta publicación para levantar su voz, cálida pero firme, y contarnos cómo, a través de su

trabajo diario, contribuyen a la economía, al desarrollo social, al fortalecimiento de valores familiares y a la interculturalidad del país receptor.

Si bien el balance que resulta de la migración es positivo tal como lo demuestran los 61 relatos, la igualdad de género sigue estando en negativo. De ahí la importancia de este tipo de proyectos que procuran la transversalización de la perspectiva de género en los servicios consulares.

Qué gusto que sean expresiones literarias las que visibilicen ese esfuerzo, que realizan las mujeres ecuatorianas migrantes para integrarse y aportar a la sociedad estadounidense, así como para desmitificar el supuesto glamour de la doble jornada, que cumplen las mujeres que generan recursos económicos y a la vez son responsables del cuidado de su familia.

Ha sido un honor para mí liderar este proyecto y ser testigo de la fuerza y el impacto de una red de mujeres ecuatorianas que se han unido en torno a la literatura para enriquecerse mutuamente de experiencias, anécdotas y vivencias que tienen como hilo transversal la migración y la feminidad.

El grupo de autoras ha participado en sesiones con psicólogas especialistas en el duelo migratorio, y ha recibido asesoría sobre imagen personal, oratoria y liderazgo y han grabado sus videos profesionales sobre el contenido de sus historias los cuales han sido ampliamente difundidos por la Agencia Consular del Ecuador en Queens.

Espero que en este proceso las autoras hayan profundizado el conocimiento de sí mismas y sus cualidades y talentos; y hayan tejido hilos de hermandad entre ellas. ¡Ellas, cuyas manos sostienen la mitad del

mundo, son ejemplo e inspiración para todas las mujeres ecuatorianas migrantes!

Magíster Jessica Paola Orellana Curillo

Ministra – Cónsul General

Agencia Consular del Ecuador en Queens

ÍNDICE DE CONTENIDOS

PREFACIO.....	1
PRESENTACIÓN.....	5
PREÁMBULO	7
ÍNDICE DE CONTENIDOS.....	13
AUNQUE LA VIDA ME PONGA MULETAS, YO CAMINO CON EL ALMA.....	18
LA CIUDAD QUE NUNCA DUERME, EL SUEÑO QUE NUNCA MURIÓ.....	22
NEW YORK ME DESNUDÓ EL ALMA.....	28
MIS AÑOS DORADOS	32
SER MUJER KICHWA CHIBULEO	36
ENTRE SOMBRAS Y LUCHAS, SIEMPRE DE PIE.....	43
ENTRE DOS MUNDOS, Y UN CORAZÓN QUE LATE POR EL ARTE.....	47
SOÑAR MÁS ALLÁ DE LOS LÍMITES	51
LOS SABORES DEL ECUADOR EN NEW YORK.....	55
LA MÚSICA: UN LENGUAJE DEL ALMA	60
MUJER DE 1000 MANERAS	65

SANTY: UNA HISTORIA DE LUCHA, AMOR Y SUPERACIÓN	71
EL MILAGRO DE MIS MANOS: UN SACRIFICIO DE AMOR	76
MUJERES ECUATORIANAS EN NEW JERSEY: FUERZA, IDENTIDAD Y ESPERANZA	79
CAMBIÉ YO PARA CAMBIAR EL MUNDO	84
LA RULETA DE LA FELICIDAD	87
MI PRIMER DÍA DE TRABAJO	91
LEJOS DE CASA, CERCA DE MIS SUEÑOS	97
VIDA, AMOR	101
UNIDAD FRENTE A LA ADVERSIDAD	105
LOS NUEVOS COMIENZOS DUELEN	109
EL AMOR ES MÁS FUERTE QUE EL MIEDO	112
SEMILLAS DE CORAJE	117
MI HISTORIA TAMBIÉN CUENTA	121
MEMORIAS DE UNA FOTOGRAFÍA	126
ENTRE LA COMUNICACIÓN, LA RESILIENCIA Y EL SERVICIO A LA COMUNIDAD	131

A LAS FUTURAS MARIPOSAS: CARTA A UNA MUJER MIGRANTE ECUATORIANA.....	134
UN MILAGRO LLAMADO SANTI	137
LA DISTANCIA QUE NOMBRA.....	141
MI MISIÓN DE VIDA	146
MI VIAJE POR EL ACTIVISMO COMUNITARIO	149
MIRO, SUEÑO Y REALIZO.....	152
MIL MILLAS EN BUSCA DEL SUEÑO AMERICANO.....	155
CUANDO UN SUEÑO EMPIEZA EN PEQUEÑO	159
LA BELLEZA: UNA HERRAMIENTA DE LIBERTAD.....	165
TODAVÍA NO, PERO PRONTO VAS A PODER	169
TRÁNSITO DE RESPUESTAS.....	175
HACIENDO HOGAR EN MOVIMIENTO.....	181
CON ALAS DE ÁGUILA, CLARA LLEGÓ A NEW YORK.....	187
MIRADAS, LAS VOCES QUE NUNCA CALLAN	193
MIGRAR PARA RENACER	197
EL VUELO DEL MATRICERO	201
CRÓNICA DE LO QUE NO SE NOMBRA.....	205

(DES)REENCUENTRO.....	210
EL DESPERTAR DE UN PROPÓSITO INQUEBRANTABLE	217
GUAMBRITA	219
CON EL CORAZÓN REPARTIDO	223
BAJO DOS MUNDOS.....	231
LA FIESTA DEL BULLERENGUE	235
LA PATRIA EN LOS BRAZOS VACÍOS	239
PARECE QUE FUE AYER.....	241
ACÁ ESTOY.....	244
MUJER RAÍCES	246
DOS ALMAS, UN MISMO LATIDO	248
DONDE NACEN LAS ALAS.....	251
CANTO DE LA MUJER QUE RENACE	253
A LOS TIEMPOS QUE YA NO SON	255
ROSITAS.....	257
SOY.....	259
AL OTRO LADO DE LA FRONTERA	261

TEJIDO DE ESPERANZA..... 262



Jessica Torres nació en Guayaquil, el 12 abril de 1974, es comerciante y lleva 22 años viviendo en Estados Unidos. Su historia no solo desafía el estigma de la discapacidad, sino el mito del sueño americano.

Esta es la historia de una mujer que lucha con una dignidad tan grande como su corazón. A quienes enfrentan adversidades, les deja un mensaje claro: “Nunca dejes que te definan por lo que no puedes hacer. Haz lo que amas. Arriésgate. Camina con el alma, aunque te pongan muletas”.

AUNQUE LA VIDA ME PONGA MULETAS, YO CAMINO CON EL ALMA

Mi vida en Nueva York está lejos de ser fácil, mi día comienza a las 4:30 de la mañana. Lo primero que hago es preparar a mi hermano, Alfredo Franco, ex jubilado de las Fuerzas Armadas del Ecuador. Luego, me ocupo de mis tres perritos: Nene (11), Teddy (10) y Ponky (7). Les doy de comer, y los dejo seguros antes de salir a “ganarme la vida”.

A las 7:00 a.m. ya estoy en las afueras de la Agencia Consular del Ecuador en Queens, donde trabajo de forma independiente vendiendo estuches para documentos y accesorios para pasaportes. La mayoría ni se imagina que madrugo tanto, o que primero cuido a mi hermano. Cuando regreso a casa, preparo el almuerzo, organizo la limpieza, reviso los medicamentos

de mi hermano y me ocupo de otros detalles domésticos. Mi jornada se extiende hasta entrada la noche. No tengo días de descanso reales, pero lo enfrento todo con serenidad.

Soy la menor de once hermanos, me considero una mujer de espíritu indomable, lo digo así frontal y orgullosa, como somos los guayaquileños. A los tres años de edad fui diagnosticada con poliomielitis, una enfermedad que afectó mi movilidad y me obligó a usar muletas durante toda mi vida, aun así, jamás me he limitado de vivir, no me he autocompadecido y no me he sentido discapacitada. A los seis años perdí a mi madre, una tragedia devastadora para cualquier niña, pero que fue amortiguada con el amor incondicional de mi abuelita, Julita Campelo, quien me crio como si fuera su propia hija.

¡Vaya que extraño a mi abuela! Mientras la recuerdo, siento que algunos dolores del alma escocen más que los del cuerpo, y esto les dice una persona que fue operada 6 veces en su niñez y adolescencia. Hoy, quiero honrar a mi abuelita, esa mujer que me cuidó con mucho amor, ese mismo amor que ahora devuelvo cuidando a mi hermano.

A pesar de todo, fui una niña muy feliz y consentida. Me gradué de bachiller en el colegio Cayetano Tarruel. Siempre amé la natación, participé en maratones y fui una destacada jugadora de billar. Aunque me vean con muletas, me encanta arriesgarme, amo nadar en el mar. Me siento libre ahí.

A la edad de 29 años, emprendí un viaje hacia los Estados Unidos, solo los migrantes sabemos que se necesita coraje para hacerlo. Gané un cupo para la Maratón de Nueva York en 2003, pero la crisis en Ecuador me llevó a tomar la decisión de quedarme.

Junto a mi hermano, inicié un pequeño negocio de fotografía en los exteriores del Consulado. Aunque al principio fue prometedor "ganar en dólares", la realidad se impuso: la discriminación, la soledad, el frío, el idioma, el racismo se juntan en la interseccionalidad de la vulnerabilidad.



Durante años, trabajé para enviar dinero a mi padre para su lucha contra el cáncer. El momento más duro fue no poder volver a Ecuador para despedirme de él y darle un último abrazo. El cáncer no nos dio el tiempo que prometieron los médicos. Un día, a las 6 de mañana recibí una llamada: mi padre había fallecido en Ecuador, ese día mientras mi interior se hacía pedazos, tuve que salir a

trabajar. En este país, si te detienes, te hundes.

Ahora me he convertido en el sostén de mi hermano. Muchas veces, al acompañarlo al hospital, reflexiono sobre la importancia de los servicios de cuidado. Generalmente las mujeres asumimos ese rol, de encargarnos de nuestros seres queridos, aunque la sociedad invisibiliza nuestro esfuerzo.

Si bien es cierto, antes mencioné que mi condición de la pierna jamás me ha hecho sentir limitada, sí he llorado en silencio por la situación de mi hermano, quien se moviliza en silla de ruedas. Creo firmemente que hace falta más empatía en el trato que se brinda a las personas con discapacidad. A veces la gente no te ve como persona, te ve como estorbo. Eso duele. Duele mucho. Es muy difícil encontrar rampas, ascensores funcionales o alguien que simplemente te tienda una mano. Me ha tocado alzar su silla,

empujarlo en calles llenas de nieve o esperar horas sin que nadie nos atienda. Es agotador.

Aunque soy residente permanente en EE. UU. y tengo aquí mi familia (mi hermano y mis tres perritos), mi corazón sigue anhelando regresar a mi tierra. Mi sueño es volver a Guayaquil, comprar una “chocita” cerca del mar y encontrar la paz. Quiero terminar mis días cerca del mar, sentir la arena en mis pies, me imagino rompiendo una ola y sintiendo como el sol penetra en mi ser para hacerme sentir viva e indomable.

Jessica Torres



Liseth Burbano Piñuela, es médica ecuatoriana nacida en la ciudad de Quito. Actualmente reside en Nueva York, donde realiza su especialización en Pediatría. Realizar su especialización médica en este país ha significado un profundo proceso de crecimiento personal, adaptación cultural y reafirmación de sus raíces.

LA CIUDAD QUE NUNCA DUERME, EL SUEÑO QUE NUNCA MURIÓ

Esta es la historia de Roxana, una niña ecuatoriana, quiteña de nacimiento. Desde pequeña fue valiente: no le temía a la oscuridad, era inquieta, risueña, traviesa. Sus padres, también quiteños, jóvenes y trabajadores, fueron desde siempre su mayor ejemplo a seguir. Creció entre la ciudad y la libertad del campo, rodeada del amor de sus padres y de sus abuelos, en una infancia marcada por la calidez y la libertad.

Desde muy corta edad supo que quería dedicar su vida al servicio de los demás. Alguna vez leyó la historia de Matilde Hidalgo de Procel, la primera médica ecuatoriana y la primera mujer en ejercer el derecho al voto en Latinoamérica. Aquella historia encendió algo en su interior. A eso se sumaron experiencias personales que terminaron de impulsarla a inscribirse en la Escuela de Medicina, convirtiéndose así en la primera médica de su familia. Sus padres la apoyaron siempre, y aunque el camino fue largo y exigente, lo logró.

Tras culminar sus estudios de medicina, decidió asumir uno de los retos profesionales más grandes de su vida: realizar su especialidad en Estados Unidos. Aquello implicaba una inversión enorme, no solo económica, sino también emocional y académica. Estaba a punto de competir por una plaza de especialización con médicos formados en el propio sistema estadounidense. El proceso fue todo menos sencillo. Dudó muchas veces. No estaba acostumbrada al frío invernal, sentía que la preparación se extendía sin fin y temía que el tiempo pasara sin resultados. Sin embargo, contra todo pronóstico, rindió sus exámenes de convalidación y obtuvo la certificación que le permitiría competir por una plaza junto a médicos de élite mundial.

Y entonces llegó el COVID. La pandemia que puso al mundo entero en pausa también la alcanzó a ella. Al inicio no comprendía por qué la vida parecía cambiar de rumbo una vez más. Sus sueños de convertirse en pediatra se sentían cada vez más lejanos. Sin saberlo, su regreso a Ecuador tenía un propósito mayor.

En plena pandemia se inscribió en el servicio de salud rural, un requisito para los médicos ecuatorianos. Aquella experiencia la transformó. No solo la formó como profesional, sino que le recordó lo esencial: el paciente como ser humano. Pasó un año sirviendo a la comunidad, aprendiendo de la realidad, del sacrificio y de la vocación.

Al finalizar ese año decidió volver a aplicar a su especialidad en Estados Unidos, esta vez más preparada y con renovadas ganas de retomar sus sueños. Pero una vez más, la vida tenía otros planes. El correo que más esperaba decía: “Lo sentimos, no ha sido seleccionada”. Después, otra noticia terminó de quebrarle el corazón: su abuelita, una de las personas



que más amaba, fue diagnosticada con cáncer terminal.

El dolor y la frustración se acumularon. Se preguntaba por qué su camino se había complicado tanto. Sin darse cuenta, aquel rechazo académico le regaló algo invaluable: un año más para acompañar a su abuelita y sostener a su familia. Aquí

comenzó a hacer deporte y encontró en la bicicleta una forma de canalizar sus emociones. Entrenaba el cuerpo, pero sobre todo la mente.

Decidió entonces poner en pausa el sueño americano y comenzó su especialidad en pediatría en Quito. Compitió entre más de trescientos médicos y logró ubicarse entre las cinco mejores notas, obteniendo una beca. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que el camino se aclaraba. Su vida recuperaba equilibrio. Estaba cerca de su familia, rodeada de amigos, aprendiendo y creciendo.

Pero la vida, una vez más, tenía su propio ritmo. Tres meses después de haber iniciado la especialidad, una mañana recibió un mensaje inesperado. Una amiga médica, que ya se encontraba haciendo pediatría en Nueva York, le informó que se había abierto una plaza en su hospital. Roxana dudó. ¿Para qué forzar algo que tantas veces no había resultado? Su vida ya estaba encaminada.

Sin embargo, había una meta que seguía latiendo desde la infancia. Así que reunió valor, preparó nuevamente su currículum y lo envió. Sabía que las probabilidades eran mínimas, pero necesitaba intentarlo una vez más. No

quería cargar con la pregunta del “¿qué habría pasado si...?”. Continuó con su rutina sin contarle a nadie. Hasta que, dos meses después, durante una guardia de veinticuatro horas, recibió el correo que cambiaría su vida: “Oferta de posición de posgrado, primer año”.

Su destino volvía a girar. Empacó su vida en dos maletas y apenas recibió su pasaporte, ya estaba volando hacia Nueva York. Dejaba atrás a su familia, su comodidad, sus afectos. Pero avanzaba, finalmente, hacia el sueño que su corazón había guardado desde niña.

Al inicio, su transición no fue fácil. Tenía que aprender un sistema completamente diferente y demostrar que haberla elegido había sido la decisión correcta. Era una clase de treinta médicos provenientes de distintas partes del mundo, y ella sería la cuarta latina del grupo. Dentro del sistema de salud norteamericano, solo el 9% de los médicos se identifican como latinos, y de ese pequeño grupo, apenas el 2.4% son mujeres. Haber logrado entrar representaba mucho para ella, pero también implicaba una responsabilidad: dar siempre lo mejor de sí.

Ser latina dentro del sistema de salud norteamericano no solo representaba una cifra o una estadística, sino una oportunidad de servir. Muy pronto comprendió la importancia de poder comunicarse en su idioma con pacientes latinos que llegaban cargando miedo, dolor y barreras culturales. Para muchos de ellos, escuchar a una médica que hablaba su lengua significaba alivio, confianza y cercanía. En cada consulta reafirmaba que su presencia allí tenía un propósito mayor: ser puente, voz y apoyo para quienes, como ella, habían dejado su país en busca de un futuro mejor.

Sus horarios eran extenuantes. Trabajaba alrededor de setenta horas a la

semana, con un solo día libre, cumpliendo turnos de veinticuatro horas y noches interminables. Aun así, a pesar del cansancio y el estrés, aprendió a mirar todo desde el agradecimiento. Se emocionaba cada vez que salía a la ciudad. Poco a poco, Nueva York se convirtió en su hogar.

Prospect Park fue su lugar seguro. Iba casi a diario a correr, y con el tiempo lo transformó en su espacio favorito para entrenar y contemplar los



atardeceres. Se compró una bicicleta y, meses después, participó en una de las carreras más emblemáticas de la ciudad: el *Five Boro Bike Tour*. Recorrió aproximadamente setenta kilómetros atravesando Manhattan, el Bronx, Queens, Brooklyn y Staten Island. La capital del mundo sería la ciudad donde cumpliría sus sueños.

Empezó a recorrer Nueva York en bicicleta y, con cada trayecto, se enamoraba más de la ciudad: única, diversa, libre. Finalmente pudo vivir un verano en Nueva York, lleno de salsa en las calles, de gente disfrutando, viviendo, fluyendo.

En esta ciudad conoció personas extraordinarias que se convirtieron en su círculo de apoyo. A pesar de estar lejos de su familia y no contar con todas las comodidades, nunca se sintió sola. Cada proceso vivido, cada frustración y cada miedo la habían preparado para este momento: sobresalir en una ciudad en constante cambio, en la selva de cemento.

Nueva York fue el escenario, pero el verdadero cambio ocurrió dentro de

ella. Cada sacrificio, cada noche sin dormir y cada miedo superado fueron parte de un propósito mayor. Con la certeza de que Dios guiaba cada paso, entendió que su historia no era solo personal, sino también un testimonio de esperanza. Porque cuando la fe y el esfuerzo se complementan, incluso en la ciudad que nunca duerme, los sueños encuentran su lugar.

L. B. P



Emma Cecilia Sigüencia Romero, nació

en el pueblo de Ingapirca-Cañar. Se graduó como profesora de educación primaria. Es autora y escritora del libro *Renaciendo entre Metáforas*. El 29 de julio de 2021 migró a los Estados Unidos junto a sus dos hermosos hijos, y retornó a Ecuador en noviembre de 2025. Su historia dejó de ser solo suya para

convertirse en un espejo de la crisis migratoria. Su vivencia pone rostro a la tragedia de la deportación y el desarraigo, realidades que hoy fracturan a innumerables familias.

Cruzó fronteras y enfrentó la indiferencia de un país que no conocía la compasión; cada golpe, cada rechazo, cada lágrima derramada, se convirtió en fuego que alimentó su espíritu, gracias a todo esto aprendió que la verdadera fuerza no se mide por lo que recibimos, sino por la capacidad de levantarnos cuando todo nos empuja hacia abajo.

NEW YORK ME DESNUDÓ EL ALMA

Nunca podré olvidar ese metal en mi tobillo, un duro recordatorio de mi condición de extranjera, me sentía como un pájaro con un dispositivo atado al ala, marcada, rastreada, vigilada... como si mi vuelo necesitara permiso.

A pesar de que cada movimiento de mi cuerpo estaba controlado, mi espíritu que no conoce fronteras, permaneció libre, intacto y mi dignidad inquebrantable incluso en el momento en que el grillete no fue suficiente



recordatorio de mi exilio no elegido y me detuvieron; esto ocurrió el 29 de octubre de 2025, en nombre de la ley, como quien recoge un ave herida junto a sus pichones, me llevaron junto con mis hijos a un centro de detención para personas migrantes.

Entre esas paredes frías comprendí que no se puede encarcelar el alma, pero qué doloroso es ver que el sistema legal solo reconoce papeles y requisitos, ignorando la realidad de una madre que solo buscaba salvar a sus hijos de las sombras del pasado. Cuando salí del Ecuador, lo hice para escapar de la pobreza que siempre se ha querido pegar en mi piel y del hambre que no se sentía solo en el estómago sino también en el alma, pues yo crecí entre gritos, golpes y el silencio de un hogar que no sabía dar amor.

Por ello tomada de la mano de mis dos hijos decidí huir del dolor, juntos llegamos a Nueva York, ciudad que prometía sueños pero que se convirtió en un desafío más cruel que el que enfrenté en mi tierra natal, sus calles eran ríos de concreto, sentí una indiferencia despiadada, cada paso fue una batalla y cada esquina un recordatorio de que el mundo no perdona la debilidad.

La tristeza había hecho de mis ojos un refugio para la sombra, anduve como un espectro golpeando puertas con esperanza temblorosa y ninguna se abrió con ternura, hasta mi familia se vistió de hielo y mis viejos amigos desaparecieron como humo en el viento, el egoísmo de algunos latinos me dolió; me estafaron, inclusive enfrenté la enfermedad de mi hijo, pero Dios nunca soltó mi mano, me sostuvo y me empujó a trabajar en lo que fuese:

limpiar, cargar, servir; cada moneda que ganaba era un ladrillo más en la construcción del nido seguro que mis hijos merecían y es justamente allí, en el centro del caos, cuando decidí no doblarme.

Estoy convencida de que la verdadera libertad no depende de un documento, sino de la valentía de seguir volando; y que cada golpe, cada rechazo, cada lágrima derramada está ahí para medir nuestra capacidad de levantarnos.



Pese a las penumbras y tristezas, durante mi estadía en Nueva York logré escribir mi libro, “Renaciendo entre Metáforas”, porque mis heridas pedían hablar; obtuve mi diploma de bachillerato americano *General Educational Development (GED)* después de mil y una noches sin dormir, así mismo, obtuve mi Certificado como Asistente de Maestro; me paré frente al toro de bronce de *Wall Street*, me propuse y logré invertir en la bolsa de valores. Yo, la mujer que cuando llegó, buscó un rincón en las calles para dormir, aprendió a dominar el juego del dinero.

Por ello, aunque fui deportada el 7 de noviembre del 2025, no regresé vencida, a mi manera cumplí el famoso sueño americano. Las vivencias, experiencias duras y mis logros en la capital del mundo, me convirtieron en poesía viva, hoy me siento orgullosa de que nada logró apagar el fuego que ardía dentro de mí.

Con mi historia resalto la tenacidad de las mujeres que han sido detenidas y luego deportadas desde Estados Unidos, ellas, valientes guerreras que

sintieron la humillación de portar un grillete y la angustia de un encierro por el presunto delito de buscar mejores oportunidades. Ese grupo de mujeres que solo aparece en las estadísticas, tiene una historia y una familia detrás, a ellas quiero decirles que son una huella luminosa para quienes, como yo, de ser un pájaro herido se levantaron como el ave fénix para encender su propia luz y renacer de las cenizas.

Emma C. Siguencia



Gladys Mercedes Sandoval Carrillo,

nació en Pangua, en el corazón de la provincia de Cotopaxi, tiene 66 años de edad. Corredora de Bienes Raíces y Agente Comercial y Financiera, llegó a Estados Unidos hace 28 años como madre soltera, decidida a enfrentar lo desconocido para ofrecer a sus hijos un futuro mejor y lleno

de esperanza.

Su lema, “las mujeres también podemos llegar mucho más lejos de lo que imaginamos si nos lo proponemos”, ha guiado cada una de sus decisiones. Hoy es inspiración para sus nietas, Danielle Berenice y Gianna Sabine, y testimonio vivo de que la fortaleza femenina no tiene fecha de caducidad. Su historia muestra que la edad no es un impedimento para ser feliz. Ella enfrenta los desafíos de la vejez con mucha jocosidad, riéndose de las dificultades en lugar de sufrir por ellas. Además, encontró el amor, cerrando su relato con un final feliz.

MIS AÑOS DORADOS

Quiero compartir en esta historia, cómo me siento después de los sesenta años. Pues he descubierto que la vida no se jubila. A esta edad todavía se puede amar con el alma entera, sin miedo a parecer ingenua; estudiar con la curiosidad intacta; escribir con la serenidad de quien ya no corre detrás del tiempo. Se puede vivir sin remordimientos, porque cada arruga es una medalla y cada cana una historia que valió la pena. La verdadera juventud

no está en los años, sino en el entusiasmo con el que seguimos buscando horizontes.

A mis sesenta y seis años he confirmado que la vida no se detiene; al contrario, se vuelve un desafío constante. Me levanto cada mañana sin saber qué parte del cuerpo se va a quejar primero: la rodilla, el hombro o, a veces, la dignidad. Aprendí a evitar movimientos bruscos por el temor de escuchar “tric” y que algo se descoloque y no vuelva a su lugar.

Cuando tenía treinta, pensaba que a esta edad una ya era casi un mueble viejo. ¡Qué equivocada estaba! Hoy me considero un mueble antiguo: valioso, resistente y lleno de historia. Tengo mis achaques, claro, pero también grandes ventajas: ya no vivo pendiente del qué dirán. Y quienes podrían opinar, muchas veces están demasiado ocupados intentando detener el tiempo con filtros y apariencias.



La libertad que disfruto ahora es fruto de una vida de esfuerzo. Vine a EEUU dejando atrás mi tierra con el corazón apretado, pero con la determinación firme de sacar adelante a mis hijos. Fui sostén de mi hogar, enfrenté lo desconocido y trabajé incansablemente hasta convertirme en profesional del sector inmobiliario.

Sin embargo, mi mayor logro no está en lo profesional, sino en haber formado una familia fuerte y en convertirme en ejemplo para mis nietas.

Quiero que ellas crezcan sabiendo que las mujeres podemos llegar mucho más lejos de lo que imaginamos cuando creemos en nosotras mismas.



A esta edad sigo aprendiendo. Mis nietas se ríen porque apenas sabía encender el celular, pero ahora envío mensajes, hago videollamadas y hasta entiendo lo que significa el “wifi”. En 2024 regresé a las

aulas para cursar un Diplomado Superior, y me esfuerzo por innovar: grabo videos profesionales que repito una y otra vez hasta que quedan como quiero. Descubrí que nunca es tarde para actualizarse ni para retarse.

También entendí que ya no necesito impresionar a nadie. Si quiero usar calcetines de colores con sandalias o cantar a carcajadas mientras cocino, lo hago. La vida es demasiado corta para no vivirla con alegría.



Incluso el amor volvió a tocar mi puerta. Después de muchos años creyendo que no volvería a enamorarme, la vida me sorprendió con una persona especial. Hoy estamos recién casados, viviendo este sentimiento con una intensidad distinta, más consciente, más profunda. Tengo sueños que algunos llamarían “extremos”: regresar a mi Ecuador y vencer el miedo al agua en los ríos del Oriente, disfrutar de picnics bajo el sol.

El temor a la muerte sigue presente, pero ahora converso con ella de vez en cuando y le digo: “Todavía no; me falta aprender inglés, visitar Machu Picchu y besar a mi esposo, por quien siento maripositas, aunque las mariposas ya tengan un poco de artritis”.

Mi vida hoy es como un atardecer intenso: los colores del atardecer me transmiten esperanza, fortaleza y la alegría de saber que, mientras conserve el sentido del humor y la capacidad de soñar, seguiré más viva que nunca.

Porque los años dorados no son el final del camino: son la etapa en la que una aprende a brillar con luz propia, sin prisas, sin culpas y sin miedo.

Mercedes Sandoval



Rosa Ainaguano, mujer Kichwa –

Chibuleo, Diplomática del Servicio Exterior Ecuatoriano, con 13 años de carrera; Licenciada en Comunicación para el Desarrollo por la Universidad Politécnica Salesiana; Magister en Comunicación Estratégica por la Universidad Andina Simón Bolívar; Especialista en Cooperación

Internacional por el Instituto de Altos Estudios Nacionales; Miembro del grupo de comunicadores indígenas del Ecuador – Ecuarunari.

El propósito de este artículo no es ser un modelo a seguir, solo contar la experiencia de vida de una mujer indígena que se desenvuelve en una sociedad que discrimina por ser mujer, ser indígena y por provenir de los sectores rurales, pero que, a pesar de ello, siempre hizo prevalecer en su vida, las enseñanzas de sus ancestros, a la hora de enfrentar cada obstáculo que se presenta en la vida: resiliencia, fortaleza y entusiasmo.

SER MUJER KICHWA CHIBULEO

Ser mujer desde la perspectiva de género

Cierro los ojos y acudo a la memoria. Veo a una niña de ocho años recorriendo el mercado La Dolorosa, en la ciudad de Ambato. Lleva la vestimenta tradicional del pueblo Kichwa Chibuleo del Ecuador. Se apellida Sisa por el linaje materno y se llama Rosa, nombre que evoca la flor de la vida. En sus manos ofrece el fruto de la tierra.

Para la mujer indígena, el comercio es un acto que se aprende desde la infancia. Más que un oficio, la venta constituye un arte y una destreza estratégica que expande nuestra presencia en el espacio público. A través de este intercambio somos el puente vivo que enlaza la ciudad con el corazón de nuestros territorios comunitarios.

Vender nos otorga madurez y autonomía, fortalece la capacidad de negociación y mejora la interrelación bilingüe. En la niñez se cultivan la fiesta y la alegría: el olor, el colorido, los sabores, el bullicio, las voces y la música. Cada mercado es único e irrepetible. Este complejo cultural incide profundamente en la personalidad de la mujer indígena Kichwa rural.

Cuando era niña, sentía alegría al vender algo y saber que ayudaba en casa. Provengo de una familia de comerciantes y agricultores indígenas; desde pequeña aprendí a valorar cada centavo. Aunque crecimos con limitaciones materiales, nunca sentimos que nuestros padres nos explotaban o maltrataban. Al contrario, el trabajo compartido fortalecía los lazos familiares y comunitarios, porque nuestra cultura es esencialmente colectiva, herencia viva de padres y abuelos.

Desde la niñez vivimos la pluralidad. El legado de hacerse mujer se transmite de madre a hija, de la palabra que enseña al oído que escucha. Cumplimos roles de productoras y vendedoras; la figura de la comadre implica una maternidad compartida que vela por los ahijados. Mi madre, ya en la madurez, se dirige a nosotras con ternura llamándonos “mamita”.

Las mujeres Chibuleo sostenemos un sujeto femenino horizontal: de mujer a mujer se aconseja, se sana y se acompaña. Nuestro flujo de género es esencialmente matrilineal no matriarcal, un orden propio que define nuestra identidad.

En nuestra cultura, la mujer es activa, especialmente en las ferias y mercados, espacios donde se reconoce colectivamente a través de la oralidad. Las penas son compartidas; el duelo y los silencios son plurales. Existe un respeto profundo hacia las mujeres mayores que sostienen los saberes y costumbres de todo un pueblo.

Madre: referente del ser mujer indígena

Mi madre posee una sabiduría profunda. Nos enseñó a valorar la educación, porque ella no tuvo esa oportunidad. Provenía de una familia numerosa y, al ser la mayor de siete hermanos, asumió responsabilidades de crianza desde muy joven. Siempre nos repetía que “ningún hombre debe ser dueño de nuestras vidas”.

A los diecisiete años le escogieron esposo. Mi padre administraría los bienes materiales y las dotes entregadas. Mi madre no es expresiva en sus afectos, pero ha demostrado su amor con hechos: cada madrugada salía al mercado a vender productos agrícolas, venciendo el sueño, el frío y el sol intenso de Ambato, con el firme propósito de que estudiáramos.

Por las tardes nos preguntaba si habíamos terminado las tareas. Aunque no sabía leer ni escribir, nos acompañaba durante las noches de estudio para exámenes o trabajos extensos. Esa constancia fue la expresión más genuina de su amor.

Mi padre fue pilar en nuestra formación profesional y de vida. Decía que, para vencer la carencia y la ignorancia, debíamos recuperar derechos a través de la educación. Huérfano desde niño, trabajó como peón, albañil, jornalero, lustrabotas, vendedor de verduras y periódicos, chofer, entre



otros oficios, convirtiéndose en sustento de su madre y de su hermana menor.

Posteriormente dedicó su vida al liderazgo y a la construcción de procesos organizativos. En las décadas de 1970 y 1980 fue perseguido por impulsar la primera escuela bilingüe en Chibuleo, por promover la creación del colegio del milenio y por inaugurar el primer mercado indígena de distribuidores de productos agrícolas del pueblo.

Recuerdo, como en un sueño, acompañarlo a los cinco años a reuniones, capacitaciones y talleres. Siempre insistía en la importancia de la educación para niños y jóvenes indígenas. En ese contexto, las organizaciones indígenas a nivel nacional también comenzaron a plantear la necesidad de una educación bilingüe e intercultural.

Educación, discriminación y resistencia

En la realidad nacional, la mujer indígena profesional continúa siendo discriminada e invisibilizada. Las cifras reflejan una desigualdad persistente: ser mujer indígena suele asociarse con vivir en zonas rurales, enfrentar el analfabetismo y la pobreza, e incluso padecer envejecimiento prematuro. Se requieren al menos tres generaciones para que una mujer acceda al sistema educativo; obtener un título profesional es un privilegio y alcanzar un cuarto nivel académico constituye una excepción (INEC, 2024).

Nuestra generación no ha visto cambios estructurales suficientes. Entre las décadas de 1980 y 1990, los derechos de las mujeres eran proclamados, pero los nuevos roles asignados no mejoraban nuestras condiciones de vida. Los estereotipos del machismo, el patriarcado institucional y el racismo sexista han continuado operando. La opresión contra las mujeres indígenas no ha cesado; solo ha cambiado de forma.

Este desprecio tiene raíces históricas profundas. Recuerda las posturas coloniales que negaban humanidad a los pueblos originarios y legitimaban la esclavitud, instaurando el racismo en América. Hoy, esas herencias persisten en el lenguaje cotidiano. Hemos escuchado frases como: “Estos indios antes eran peones de la hacienda de mis abuelos, ahora ¿qué harán aquí?”. Es la misma violencia simbólica que se repite generación tras generación.

Cuando terminé la secundaria, en 1997, busqué empleo en una institución pública. Llena de ilusión, me acerqué a entregar mi hoja de vida; en la recepción, sin siquiera revisarla, me dijeron: “Para ustedes no hay trabajo”. Esa frase condensaba siglos de exclusión.

Incluso para iniciar la secundaria, mi padre tuvo que dialogar con la directora provincial de Educación, porque el colegio de señoritas no quería admitir más mujeres indígenas. Argumentaban que “casi todas salían embarazadas y hacían quedar mal al colegio”. Esa discriminación marcó profundamente mi juventud.

Construcción profesional y servicio

“Hicimos de todo para sostener la educación desde niñas”.

A pesar de los obstáculos, perseveraré. Obtuve mi título universitario como comunicadora y luego, tras una trayectoria profesional extensa, participé en el concurso de méritos y oposición para ingresar a la carrera diplomática del Ecuador. Aunque tenía pocas expectativas, el esfuerzo dio frutos.

Actualmente tengo la oportunidad de servir a las personas, como



comunicadora, siempre brindando orientación y soluciones. Me he construido en el proceso, mediante esfuerzo, constancia y convicción. Aspiro a que más mujeres indígenas ingresen a estos espacios y sean reconocidas por su capacidad, más

allá de su representación cultural.

Agradezco a la vida por permitirme aplicar valores éticos en servicio de mi país. El mérito también es de mi familia, que renunció a sueños propios para acompañarme en misiones institucionales. Gracias a su apoyo he podido llegar hasta aquí.

No quisiera que otras mujeres indígenas me vean como un ejemplo inalcanzable, sino como un símbolo de resiliencia en un espacio complejo, donde no es fácil ingresar ni permanecer. Seguimos soñando, como aquella niña del páramo andino que deseaba explorar mundos distintos y construir espacios de diálogo sin distinción.

Espiritualidad y continuidad

En torno al ciclo agrícola, mi padre nos enseñó a leer las estrellas y los cambios del clima; sabía cuándo sembrar, aporcar y cosechar. Aprendimos

múltiples oficios y abrazamos una profesión que considero la más importante: ser madre y mujer indígena.

Esta forma de ser, profundamente intercultural, nos permite vivir una espiritualidad sentida que ofrece paz interior frente al orden de la modernidad urbana.

Hoy, como mujer y madre en la ciudad, comprendo que la realidad de mi hijo es distinta a la que yo viví. No tiene la tierra ni a los abuelos como guía cotidiana. En mi caso, debí dejarlo al cuidado de otras personas desde los



tres meses de edad, y esa experiencia me marcó profundamente. La separación temprana es una de las tensiones más dolorosas entre nuestra cultura comunitaria y la dinámica urbana contemporánea.

Aun así, seguimos soñando. Porque ser mujer Kichwa Chibuleo es habitar la memoria, sostener la dignidad y transformar la adversidad en fuerza colectiva.

Rosa Ainaquano



Diana Muñoz nació en Cuenca, Ecuador, el 7 de enero de 1979. Es la tercera de cuatro hermanos. Con su historia busca transmitir un mensaje de sororidad y fortaleza a todas las mujeres que atraviesan situaciones de violencia.

Recalca que la violencia contra la mujer tiene múltiples formas: psicológica, física, económica, sexual y emocional. Para muchas víctimas no es fácil tomar la decisión de separarse de su agresor; por eso, con este testimonio, Diana quiere abrazarlas desde su experiencia y motivarlas a buscar ayuda para romper el círculo del maltrato.

ENTRE SOMBRAS Y LUCHAS, SIEMPRE DE PIE

Tuve una niñez descuidada, una adolescencia marcada por el dolor y una madurez un poco más tranquila y consciente. Discutía mucho con mi hermano menor y mis padres me castigaban por mi comportamiento, sin imaginar lo que había detrás.

Durante años guardé un secreto que me hacía sentir avergonzada, ahora que reflexiono pienso, pero cómo una niña de seis años podía sentir vergüenza, vergüenza de qué, de haber sido ultrajada por un hombre en quien confiaba, que sin alma me desgarró el cuerpo y se robó mi inocencia. Viví muchos años cargando recuerdos dolorosos y episodios de maltrato, que me llevaron a intentar quitarme la vida en tres oportunidades.

Con el tiempo entendí que, aunque no sabía cómo, tenía que seguir luchando con mis propios demonios. Lo primero que hice fue intentar dejar mi rechazo por los hombres. A los 17 años tuve mi primer enamorado, pero no lograba mantener una relación estable; terminaba con uno y empezaba con otro. Me cansé de esa inestabilidad y tomé una decisión apresurada: quise ser madre. Hablé con un hombre que me pareció responsable y acordamos tener un hijo. Quedé embarazada y decidí criarlo sola.

Mi hijo transformó mi vida. Me enseñó el amor verdadero, la responsabilidad y la sensibilidad. Gracias a él entendí muchas cosas sobre mí misma y comencé a cambiar.

Cuando mi hijo tenía un año y tres meses conocí a quien sería mi esposo. Creo que fue amor a primera vista. Me costó acercarme porque yo había dicho que era una mujer casada, y él se mantenía distante para evitar problemas. Con ayuda de dos amigas conseguí que aceptara una cita. Le conté la verdad: era soltera y madre. No le importó. Conoció a mi hijo y, dos meses después, nos casamos a escondidas de mis padres, quienes pensaban que todo iba demasiado rápido.

Con el tiempo nació mi segundo hijo. Un momento que marcó mi corazón ocurrió cuando mi hijo mayor, con apenas dos años y medio, le dijo a mi esposo:

—Edmundo, ¿le puedo decir algo?

—Dime, Danny.

—¿Qué le parece si yo le digo papá y usted me dice hijo?

Fue una propuesta sencilla y llena de inocencia. Desde ese día se llamaron padre e hijo. Ese gesto selló nuestro hogar.

Cuando mi hijo mayor estaba por entrar a la universidad, la situación económica era complicada. Luego llegó la pandemia y todo empeoró. Decidimos pedir un préstamo para que mi esposo viajara a Estados Unidos en busca de mejores oportunidades. Gracias a Dios llegó bien. Yo me quedé en Ecuador con nuestros hijos, enfrentando las deudas y la responsabilidad del hogar.

Meses después, él me pidió que dejara de trabajar para dedicarme por completo a los niños. Me costó adaptarme. Siempre había sido él quien estaba más presente en ciertas tareas, y yo tuve que aprender sus rutinas y preferencias. Sin embargo, no sabía quedarme quieta. Empecé a coser ropa y luego aprendí a cortar el cabello en el salón de una vecina. Sin saberlo, ese sería el inicio de un nuevo cambio en mi vida.

Un día intentaron robar en el salón de mi vecindario. Grité con fuerza y los vecinos acudieron; los delincuentes huyeron. Más tarde supe que los ladrones vivían junto a mi casa. Días después, aprovechando que estaba sola, mi casa fue atacada nuevamente. Por la seguridad de mis hijos, mi esposo me pidió que saliera del país; con el alma rota, dejé a mis hijos encargados con mis padres y emigré.

El reencuentro con mi esposo fue muy duro; él había cambiado, nos hicimos mucho daño y terminamos separándonos. En ese momento, pensé que era mi final.

Pero Dios me envió 'ángeles' que me mostraron el camino. Con mucho miedo a lo desconocido, fui caminando paso a paso, sin mirar atrás. Necesité el apoyo de una psicóloga que me ayudó a poner los pies sobre la

tierra y a reconstruirme. Empecé desde abajo, recogiendo botellas porque no tenía permiso de trabajo, y luego lavando platos en varios restaurantes. En ese trayecto conocí personas que me guiaron hacia fundaciones donde impartían cursos y talleres.



Al principio me daba mucha vergüenza, pero me hicieron ver que en este país existen herramientas para apoyarnos y luchar contra la desinformación. Hoy puedo asegurar que aquí uno puede lograr mucho si se lo propone. Tengo certificaciones que nunca imaginé obtener y voy por más; ahora sé administrar mi tiempo para trabajar, estudiar, hacer voluntariado y también

pasear.

En este 2026, cumpla tres años aquí y me siento muy orgullosa de mis logros. Mis hijos en Ecuador también están bien; ellos son mi bendición y mi mayor motivación, pues ya son profesionales: un licenciado, un ingeniero automotriz y un arquitecto. Gracias a Dios, hoy estamos mejor que nunca.

Diana Muñoz



Carol Chacón, nació en Estados Unidos, tras consolidar una carrera profesional en Nueva York y debido a la recesión económica y a los desafíos de la maternidad, retornó a Ecuador, donde el arte se reveló como su verdadera pasión.

De esta transformación nació *Walking Through Art*, una organización internacional desde la cual impulsa a talentos emergentes y representa el movimiento del Piramidismo Cromático a nivel mundial.

Hoy desde Estados Unidos, como gestora cultural, Carol no solo conecta fronteras, sino que abre puertas donde antes no existían, demostrando con su historia de reinención que nunca es tarde para volver a empezar y convertir la adversidad en un legado creativo.

ENTRE DOS MUNDOS, Y UN CORAZÓN QUE LATE POR EL ARTE

Mi historia es la de una mujer que ha migrado, renacido y vuelto a empezar. Soy una mujer resiliente que encontró en el arte no solo un camino, sino la inspiración para descubrir su misión de vida. Mi trayectoria demuestra que, aunque parezca tarde, siempre es posible reclamar el derecho a comenzar de nuevo.

Nací en los Estados Unidos, pero mis primeros recuerdos pertenecen a

Ecuador: sus paisajes, sus playas, el olor del café recién colado en casa de mis abuelos y el sonido de las campanas del colegio de monjas en el que me formé. Mi vida comenzó realmente cuando mis abuelos me recibieron en sus brazos; ellos fueron mis primeros padres, mis maestros más sencillos y sabios.

Crecí ecuatoriana. Ese fue siempre mi latido, mi identidad y la raíz que jamás se ha desprendido de mí. Siendo adolescente, sentí el impulso de conquistar el mundo y regresé a mi país de origen, Estados Unidos. Sin embargo, no logré sentir que este fuera mi lugar; extrañaba mis sabores, mi casa y mi idioma. Nuevamente volví a Ecuador pensando que mi vida entera se desarrollaría allí, pero el destino tenía otros planes. Me casé joven con un hombre que soñaba con realizar un posgrado en el norte. El plan era quedarnos dos años; la realidad nos retuvo más de veinte.

Esos veinte años me moldearon. Me convertí en madre de dos hijos y en una profesional con una fuerza que yo misma desconocía. Me recuerdo corriendo entre estaciones de metro, edificios universitarios y mochilas escolares. En este país, todo es un esfuerzo. Mi esposo trabajaba desde las seis de la mañana hasta el mediodía, y yo trabajaba por las tardes. Así, encontramos un equilibrio para cuidar a nuestros hijos.

Laboré en instituciones como *La Guardia Community College* y *The Rockefeller University*, pero fue el Centro de Estudios Puertorriqueños del *Hunter College* el lugar que más me transformó. Allí permanecí once años y aprendí que hablar español en este país es un derecho ganado con lucha y dignidad. Me convertí en una mujer que podía con todo: el trabajo, la casa, los trámites y la crianza. Era agotador, pero ese era el motor silencioso que me mantenía viva.

Con la recesión de 2009, la incertidumbre nos llevó por tercera vez a Ecuador. Buscaba valores y estructura para mis hijos, pero pronto descubrí que yo ya no era la misma, ni mi país era el que recordaba. Tras un tiempo intentando reconstruir un ideal de familia que ya no funcionaba, tomé la decisión más difícil: enfrentar la disolución de mi matrimonio y regresar a Estados Unidos. Ese divorcio, aunque desolador, fue la frontera que tuve que cruzar para salvarme a mí misma.

En medio de ese proceso de búsqueda, abrí una cafetería: *La Cava Coffee Art*. No era solo un negocio; era un espacio para respirar. Allí renació un amor que una tía monja y artista había sembrado en mí desde niña: el arte como conexión espiritual.

Sin saberlo, inicié mi camino como gestora cultural y así nació *Hacking Through Art*. No fue un proyecto improvisado, sino la extensión de mi propia sanación. Quise crear el espacio que yo nunca vi: una puerta abierta para artistas que, como yo, buscaban una oportunidad.

Desde su formalización en 2019, esta organización internacional ha llevado arte a Nueva York, Argentina, México, Ecuador, entre otros países. Durante la pandemia, no permitimos que los artistas se apagaran; creamos la revista *Espíritu en el Arte* como refugio e inspiración. Hoy, tenemos el honor de ser los representantes mundiales del Piramidismo Cromático, la técnica del maestro Gonzalo Tallo Silva, reconocida por su capacidad de transformar el alma.

Como ven, he vivido dividida entre dos tierras, pero hoy estoy completa conmigo misma. Migrar no fue un error; fue el suelo donde mis sueños se hicieron posibles. A las mujeres que hoy atraviesan tormentas, les digo: el

amor propio no es un lujo, es un salvavidas. Durante años creí que debía aguantar a cualquier precio lo que se me presentaba en el camino, pero me equivoqué.

Valórate, reinvéntate y vuela. El divorcio no es un fracaso; es una forma de nacer. Yo he nacido muchas veces: como migrante, como madre, como profesional y como la mujer que decidió llenar el mundo de color cuando se quedó con las manos vacías. Sigo naciendo cada día porque la vida al igual que el arte es un proceso eterno de creación.

Carol Chacón



Zullay Sevilla Valverde, nació en la ciudad de Milagro, Ecuador, el 25 de noviembre de 1989. Es hija de William Sevilla y Mayiyi Valverde, quienes emigraron a los Estados Unidos en busca de un mejor futuro para su familia. Es la mayor de 3 hermanos.

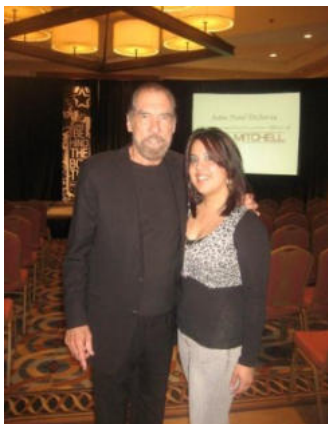
Ha llegado a la cima de la industria de la belleza asesorando a celebridades internacionales y en esta historia abre su corazón para contarnos como el status migratorio impacto en las carreras profesionales de las mujeres migrantes.

SOÑAR MÁS ALLÁ DE LOS LÍMITES

La historia de mi vida comenzó a escribirse a los tres años, cuando migré a Estados Unidos, junto a mi familia en busca de un mejor futuro. Fui testigo del sacrificio profundo de mis padres: vi cómo mi madre guardaba su título de abogada y cómo mi padre dejaba atrás sus negocios para asumir cualquier trabajo que les permitiera ofrecernos bienestar a mí y a mis dos hermanos.

De mis padres aprendí que su sacrificio fue la base emocional sobre la cual se construyó el destino de mi familia. Recuerdo que sus jornadas laborales eran largas y pesadas, y a la vez su presencia constante en cada cumpleaños, y momentos especiales como mi graduación, eso me enseñó que el amor verdadero se manifiesta, sobre todo, en la permanencia.

Desde muy joven supe que mi camino estaba en el arte de la belleza. En



2008, mi vida encontró un rumbo claro cuando conocí a mi mentor, Richard Fiorito. Él vio en mí un potencial que ni yo misma reconocía, cuando no era más que una joven con un *Tax ID* y sin papeles. Durante ocho años me enseñó que la excelencia no exige documentos y que la disciplina constituye uno de los lenguajes más universales del éxito.

Esa visión se fortaleció aún más al conocer a Paul Mitchell, quien me inspiró a comprender que una cosmetóloga no solo transforma una imagen, sino que también puede abrirse paso hacia los escenarios más influyentes del mundo. En 2012, con la llegada del programa migratorio denominado Acción Diferida para los llegados en la infancia (DACA), me sentí más segura para explorar espacios que antes solo existían en mis sueños.

Sin embargo, nunca pude disfrutar por completo mi ascenso profesional. Trabajé en la cima de la industria, desde el Super Bowl como estilista privada del coach Bill Belichick hasta las pasarelas del Nueva York Fashion Week, el Victoria's Secret Fashion Show y la Met Gala. Mis manos prepararon a figuras como Zuleyka Rivera, Pia Wurtzbach y las Miss Ecuador Virginia Limongi y Mara Topic, mis trabajos llegaban a portadas de Harper's Bazaar, ELLE y Tatler. No obstante, detrás del brillo de los Latin Billboards, los Grammys y las colaboraciones con celebridades como Angie Martínez, Amara La Negra y Olivia Ponton, también habitaba en mí un silencio forzado, pues tuve que rechazar oportunidades internacionales



en Italia y en otros países, inventando excusas para no revelar mi situación migratoria.

Lo más amargo de este recorrido no ha sido la limitación legal, sino también la crueldad de quienes utilizaron mi vulnerabilidad para herirme. He tenido que soportar burlas, bullying e insultos por mi estatus migratorio, guardando silencio ante

humillaciones que no merecía, por el temor de que cualquier controversia pudiera poner en riesgo mi permiso de trabajo. Vivir bajo DACA es caminar permanentemente sobre una cuerda floja: un error ajeno o un cambio en las leyes puede derrumbar, en un instante, años de esfuerzo.

Ese miedo me ha robado la paz incluso en momentos de gran éxito, y ha sembrado dudas también en el amor, donde a veces permanece la incertidumbre de si me valoran por quien soy o si ven en mí una posibilidad legal. La falta de status migratorio es una carga invisible que vuelve agridulces incluso los triunfos más grandes, porque siempre están

acompañados por la sombra de la inseguridad.



El 8 de diciembre de 2025 abrí Sevi Studio como mi refugio y, al mismo tiempo, como mi mayor prueba de resistencia.

Este salón representa mi libertad y la confirmación de que mi talento no tiene fronteras. He aprendido a caminar con mis cicatrices, sin permitir que las burlas del pasado definan mi porvenir. Y si algún día las puertas se cerraran aquí, sé que mi pasión y mi experiencia me permitirían florecer en cualquier rincón del mundo, porque mi fe en Dios me sostiene y me da la certeza de que el verdadero éxito consiste en seguir soñando, aun cuando el riesgo nunca desaparece.

Hoy continúo adelante con los pies en la tierra, la mirada puesta en mis metas y el corazón profundamente anclado en mi familia, que sigue siendo mi verdadero y único estatus permanente.

Zullay Sevilla Valverde



Sandra Quito, continúa el legado de su madre a través de la producción de espumillas tradicionales para la venta y promoción en actos de interés comunitario y eventos de alto nivel. Su principal fuente de motivación son sus hijos, desde su llegada a Estados Unidos ha trabajado en diversos ámbitos que le han permitido abrirse camino y sostener a su familia.

Está convencida que la educación es primordial para adaptarse y competir en una ciudad que brinda oportunidades a quien constantemente se prepara para recibirlas; se ha educado en la creación de emprendimientos.

Porque sueña con hacer de la espumilla uno de los sellos de presentación de la gastronomía ecuatoriana en el mundo entero, honrando la herencia de su madre y siendo un ejemplo de superación para otras mujeres que trabajan por hacer realidad sus metas y aspiraciones.

LOS SABORES DEL ECUADOR EN NEW YORK

Hay legados que no se reciben en cuentas bancarias ni en escrituras, sino en la memoria de las manos. Mi historia comienza en la parroquia de Baños, en Cuenca, con mi madre, Mariana. Ella fue la mayor de tres hermanos que quedaron huérfanos de afecto y protección por el alcoholismo de su padre. Desde muy niña, trabajó como empleada doméstica en casa de Jesús

Córdoba, quien más tarde organizaría y bendeciría su matrimonio con mi papá, Alberto.

De esa unión nacieron diez hijos; yo fui la séptima, una niña que llegó al mundo casi en la calle, frente a las puertas de un hospital. Mi mami contaba que vivíamos tan lejos que, al estar sola con mis hermanos, tuvieron que caminar kilómetros mientras ella aguantaba los dolores. Nací con una fragilidad que amenazaba mi existencia.

Mis recuerdos de infancia huelen a fruta y azúcar, pero también a frío y pobreza. Mientras otros niños jugaban, yo veía a mi madre partir hacia los pueblos para vender espumilla. Mi padre recorría las calles con un carrito de helados; sí pude ir a la escuela, pero faltaba a clases semanas enteras para salir a vender porque la prioridad era comer. Cuando cumplí 7 años, mi madre me entregó un cartón con chupetes, cigarrillos y espumilla y me dijo: «Ahora es tu turno de salir a vender». A los 12 años aprendí a hacer espumilla.

El alcoholismo siempre estuvo presente. Mi papá se iba a tomar en las fiestas de los pueblos cuando no había nada en la casa, y se perdía por mucho tiempo. Los vecinos nos ayudaban regalándonos ropa y juguetes; recuerdo que la ropa nos quedaba enorme y la usábamos en orden, de la hermana mayor a la menor.

Una navidad, mi papá llegó y nos llevó a mis hermanas y a mí a un centro comercial. Nos compró juguetes y por un momento fuimos felices. Pero al día siguiente se quedó tomando y vendió esos mismos juguetes para seguir bebiendo.

Recuerdo que en las fiestas de los pueblos dormíamos en los parques; armábamos un refugio donde adelante estaba la venta y atrás mi mamá ponía una canasta tejida, plásticos, cartones y tablas de madera para dormir. Ese fue mi bautismo en la vida migrante, incluso antes de salir de mi país.

Un día, regresábamos de la fiesta del Corpus Christi en Cuenca, vimos un incendio a lo lejos. Entre bromas, decíamos que se «quemaba el río», hasta que el silencio nos golpeó: era nuestra casa. Nos quedamos sin nada, solo con los materiales de trabajo, un perrito y un pollito que rescatamos de las llamas.

Terminamos viviendo en el altillo de unos baños públicos, sin luz, cubriendo las paredes con plásticos para soportar el frío. Los vecinos nos regalaban ropa y gas, pero cuentan que la gente le dio dinero a mi papá y él nunca nos hizo llegar nada; se lo gastó en el trago y se fue de la casa a vivir con mi abuela.

Cinco años después logramos salir de ahí, pero la tragedia nos alcanzó de nuevo. Mi hermano Santiago, el quinto de nosotros, estaba muy resentido por el abandono de mi padre y la miseria tras el incendio. A los dieciocho años decidió quitarse la vida. Mi madre quedó destrozada, una herida que hasta el día de hoy no cierra; ella dice que él está en un «viaje largo» y que pronto lo volverá a ver. Ese golpe fue traumático para todos; aún tengo espacios en blanco en la memoria de ese día. Tres años después de ese terrible hecho, vendiendo en Biblián, mi hermana mayor encontró un muñeco con agujas en un cuarto que arrendamos. Mi madre le dijo que no lo tocara, pero ella le arrancó una pata. Al terminar la fiesta, cuando íbamos al río a lavar la ropa, un carro asomó de la nada y la atropelló. Perdió la

pierna. A partir de ello, mi mamá dejó de viajar, empezamos a vender solo en escuelas e iglesias de nuestro pueblito.

A los 17 años conocí al padre de mis hijos, a los 18 quedé embarazada de Christopher y viví mi primera violencia familiar: a los 4 meses de embarazo él me alzó la mano y terminé en el hospital. Viví con él ocho años; tuve un segundo hijo, Sebastián, y finalmente ese hombre nos abandonó. Entonces me dediqué a vender en las escuelas para sobrevivir. En la pandemia me puse una tienda y me iba muy bien, hasta que empezaron las amenazas de las "vacunas" (extorsiones). Golpearon a mi hijo mayor y le dijeron que debía unirse a su banda. Un día nos acorralaron entre varias motos y amenazaron con matarnos. Intentaron llevarse a mi hijo menor, pero los vecinos y amigos no lo permitieron. Luego encontré mi tienda destrozada, así fue como supe que debía irme junto con mis hijos.

El 29 de octubre de 2022 salimos hacia Estados Unidos. Viajamos por Honduras, Guatemala y México. En un tramo íbamos 60 personas en la cajuela de una camioneta; si alguien caía, no paraban. Cuando teníamos que caminar, mi hijo menor me daba la mano y me decía: «Usted es grande y sí puede, si yo puedo, usted puede». Cruzamos el río con el agua al pecho. Al otro lado nos esperaba la "Migra". Nos quitaron todo, nos retiraron nuestras pertenencias y nos bañaron frente a todos. Fue una tortura. Estuve cuatro días en una bodega durmiendo sobre una esponja con una manta de aluminio, junto a mi hijo menor y sin saber nada de mi hijo mayor que fue separado por ser adulto. Gracias a Dios nos liberaron y, tras días de angustia, nos reunimos con mi hijo mayor en el aeropuerto de San Antonio para volar a Nueva York el 14 de noviembre.

Al llegar a la *Gran Manzana*, enfrenté los desafíos de todo migrante, pero traía conmigo un tesoro: la herencia de mi madre. Empecé buscando trabajo y ganaba muy poco, no me alcanzaba para nada. Acudía a fundaciones para recibir ayuda con ropa, comida y seguros médicos. Poco a poco gracias a algunos contactos y a talleres de capacitación y emprendimiento ofrecidos por el Consulado del Ecuador en Queens, levanté mi negocio que se llama NUBA espumillas. Actualmente, este es mi principal sustento, vendo este delicioso producto en eventos y bajo pedido.

No se trata solamente de un emprendimiento sino del esfuerzo de una madre por dejar un legado para sus hijos, así como un reconocimiento al valor que tuvo mi madre para que salgamos adelante.

Si un día te encuentras con Mariana, mi madre, vendiendo espumilla en la Iglesia de María Auxiliadora en Cuenca-Ecuador, dale el beso que yo no puedo darle y cuéntale que su receta continúa endulzando la vida de muchos ecuatorianos que forjan sus sueños en la ciudad que nunca duerme.

Sandra Quito



Yohamely "Yomi" Rondón, originaria de Guayaquil, Ecuador, es una artista integral, formada en el prestigioso Conservatorio "Antonio Neumane", Yomi no solo domina el violín con maestría, sino que posee una voz versátil capaz de transitar entre lo clásico y lo popular con una sensibilidad conmovedora. La historia de Yomi, refleja el aporte artístico de mujeres ecuatorianas que destacan por su talento y por su historia de resiliencia.

LA MÚSICA: UN LENGUAJE DEL ALMA

Migrar nunca es sencillo. Es dejar atrás paisajes, rostros y recuerdos para caminar hacia lo incierto. Nací en Guayaquil, Ecuador, en un hogar donde la música no era un lujo, sino parte de la vida cotidiana. Mis primeros



recuerdos están llenos de melodías, de instrumentos, de voces familiares que llenaban la casa en cada reunión. Crecí en una familia donde el arte era alimento del alma y, aunque yo no lo sabía entonces, esos momentos serían la raíz de lo que hoy soy como artista y como mujer.

Mi padre, José Rondón peruano de nacimiento, fue mi primer maestro. Trompetista de corazón, dueño del Mariachi Azteca de Guayaquil, él me enseñó con su ejemplo que la música es disciplina, pasión y entrega.

Aunque yo era tímida, él siempre encontraba la forma de ponerme frente a un público. Desde pequeña me hacía presentar en los shows de la escuela, recordándome que la música no se vive solo en los ensayos, sino en el escenario, compartida con otros.

Muchas veces cuando era niña me llevaba con él a los contratos del mariachi; yo observaba con ojos curiosos como la música podía alegrar una fiesta, unir familias y llenar de emoción cualquier lugar. Fue así como entendí que ser músico no era solo tocar un instrumento, era también acompañar la vida de la gente y que la música no era un pasatiempo, sino el lenguaje con el que podía expresar lo más profundo de mi alma.

Mi madre, Lourdes Miranda por su parte, era el corazón que nos impulsaba. En cada reunión familiar nos preparaba a mis hermanos y a mí para cantar, y nos alentaba a presentarnos en cualquier espacio donde hubiera una oportunidad. Ella sabía que la confianza se construye desde casa, y sembró en nosotros esa seguridad de mostrar al mundo lo que llevábamos dentro. Si mi padre me enseñó la disciplina de la música, mi madre me regaló la certeza de que cantar era también una forma de alegría y de unión.

Con esas raíces, era inevitable que el arte se convirtiera en mi camino.

El violín fue mi gran amor desde temprana edad. Ingresar al Conservatorio Nacional de Música “Antonio Neumane” fue un logro que exigió disciplina, constancia y amor por cada nota que marcó un antes y un



después en mi vida. Allí aprendí que el talento necesita rigor, que la constancia es tan importante como la inspiración. Con la guía de grandes maestros, entendí que cada nota debía trabajarse con paciencia, como quien pule una piedra preciosa.

Pero mi voz también pedía espacio, aprendí a cantar, a explorar distintos géneros, a moverme entre lo clásico y lo popular sin perder mi esencia. Y fue así como el canto me llevó a perfeccionar con maestros y academias extranjeras, convirtiéndome en una intérprete versátil y con una proyección internacional.

Mi camino no se detuvo allí. Consciente de que la música trasciende el escenario, decidí profundizar su dimensión técnica y creativa en el Instituto Tecnológico de Artes del Ecuador (ITAE), donde obtuve el título de Tecnóloga en Producción de Sonido y Música. Ese logro unió dos mundos: el arte y la ciencia del sonido, dotándome de una mirada integral que muy pocos artistas poseen. Esa formación me abrió puertas a escenarios más grandes: orquestas juveniles, agrupaciones sinfónicas, ensambles de cámara y proyectos populares que me hicieron descubrir mi versatilidad.

La música me llevó a Argentina, Colombia, Perú, y EE. UU. donde confirmé que el arte no tiene fronteras.

Uno de los recuerdos más poderosos de mi carrera fue en el 2015, cuando tuve la bendición de cantar durante la visita del Papa Francisco a Ecuador.



Ese momento me marcó profundamente porque sentí que mi voz y mi violín podían ser instrumentos de fe y esperanza. La música, una vez más, me recordó que tiene el poder de unir a miles de corazones en un mismo latido.

Pero el camino no siempre fue fácil. Como mujer artista tuve que enfrentar miradas que dudaban de mi capacidad, escenarios donde se esperaba más de mí solo por ser mujer, y puertas que a veces se cerraban sin razón.

Y más tarde, como inmigrante en Nueva York, descubrí lo que significa empezar de cero: adaptarse a un idioma, a una ciudad enorme y desafiante, a la nostalgia de la tierra, de la familia que quedaron atrás y más que todo abrir paso en territorios donde mi nombre aún no era conocido.

Pero la adversidad nunca apagó mi voz ni detuvo mis manos sobre el violín. Cada ensayo, cada escenario y cada oportunidad fueron conquistas silenciosas que demostraron que la fuerza de los sueños puede superar cualquier frontera.

Hoy, no solo soy cantante y violinista profesional, soy un símbolo de esperanza. Ya que mi historia recuerda que migrar no es perder raíces, sino sembrarlas en nuevas tierras para florecer con más fuerza. Y soy la prueba de que el talento, cuando se acompaña de fe, disciplina y pasión, puede convertir las dificultades en melodías que inspiran a otros a creer que todo es posible.

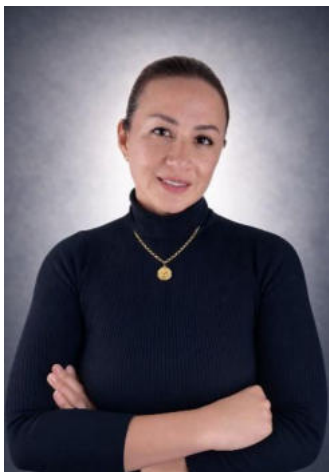
Hoy, establecida en Queens, sigo construyendo mi historia. Aquí he aprendido que ser inmigrante no significa dejar de ser quien soy, sino llevar conmigo con orgullo mis raíces ecuatorianas y la herencia musical que me dieron mis padres. Ser madre también me ha hecho más fuerte: cada vez que mis hijos me ven cantar o entonar mi violín, recuerdo que mi legado no está solo en los escenarios, sino también en el ejemplo que les dejo.

Mi nombre artístico, Yomi Rondón, resume mi identidad: la niña tímida que venció el miedo gracias a sus padres, la violinista que aprendió disciplina en el conservatorio, la cantante que se formó en escenarios populares, la mujer inmigrante que sigue luchando en Nueva York.

Mi propósito es claro: seguir llevando mi música a más corazones, inspirar a otras mujeres a creer en sus talentos, y en ellas y demostrar que los sueños, cuando se trabajan con amor y constancia, no tienen fronteras. Y que la migración no fue un límite, sino la oportunidad de transformar mi vida en un escenario de resiliencia y arte.

Porque yo soy fruto de mis raíces, de mi madre que me alentó, de mi padre que me formó, de cada escenario que me retó, y de cada migrante que, como yo, aprendió a reconstruirse lejos de casa. Y cada vez que entono mi violín o canto una canción, siento que aquella niña tímida sigue allí... pero ahora se atreve a brillar.

Yomi Rondón



Gina Chung, con más de 25 años de

experiencia profesional en ventas, marketing y liderazgo comercial en el sector tecnológico, es Ingeniera Comercial y poseedora de un *Másters Business Administration (MBA)*, ha desarrollado su trayectoria en empresas nacionales y multinacionales, integrando una sólida visión estratégica con un profundo

sentido humano y ético. En Ecuador fundó Mi Waffle Café, marca artesanal con cinco años de permanencia en el mercado, y actualmente reside en Nueva York, donde impulsa Tierra Sagrada Coffee & Cacao, un proyecto que honra el café, el cacao y las raíces culturales del Ecuador.

Su propósito es inspirar a otras mujeres migrantes a reinventarse, sanar y crear desde su propio contexto, demostrando que nunca es tarde para comenzar de nuevo. Su obra es una reflexión íntima y honesta de una mujer que ha atravesado rupturas, cambios y desafíos, y que ha aprendido que el poder de reconstruirse nace de la fe, el amor y la determinación. Es un testimonio de resiliencia que invita a recordar que no hay imposibles cuando se camina con propósito y con la mano de Dios.

MUJER DE 1000 MANERAS

He aprendido que la vida no se mide por los años vividos, sino por las veces que uno vuelve a empezar. Soy una mujer de mil maneras. He sido hija, madre, esposa, profesional, empleada, emprendedora, soñadora, migrante y resiliente. Cada etapa ha sido una forma distinta de descubrirme, perderme, reconstruirme y crecer.

Nací y crecí en Ecuador, donde durante muchos años construí una vida profesional estable. Me formé como ingeniera comercial, obtuve un *MBA* y trabajé once años en una empresa estatal del sector de telecomunicaciones. Fui madre joven, me casé y levanté un hogar. Sin embargo, también enfrenté procesos que transformaron profundamente mi destino.

Atravesé un divorcio que removi6 mis cimientos, fue un proceso doloroso, pero lleno de lecciones. Paralelamente, vivía un entorno laboral hostil. A pesar de mi formación y principios, me enfrenté a decisiones que atentaban contra la ética y el bienestar común. Mi compromiso con la transparencia me llevó a rechazar el silencio cómplice. Esa postura tuvo un costo: señalamiento, aislamiento y acoso laboral persistente.

Vivía una tormenta doble: emocional y profesional.

Finalmente, tomé una decisión que marcaría mi vida: cerrar ese ciclo. Aunque la salida fue dolorosa, también fue un acto de dignidad. Había tocado fondo, pero comprendí que tocar fondo no es el final, sino el punto desde donde se impulsa el verdadero renacer.

Así surgió Mi Waffle Café. Más que un emprendimiento, fue mi declaración de resiliencia. La marca ha resistido pandemia, inseguridad, competencia desleal y múltiples desafíos, y continúa vigente, transformándose día a día. Ese proyecto fue mi primer acto consciente de reconstrucción: la prueba de que podía comenzar de nuevo sin renunciar a mis valores.

Sin embargo, con el tiempo, comprendí que la estabilidad no siempre significa plenitud. Al cruzar los 43 años, sentí un llamado interior



profundo: quería descubrir qué más podía ser, qué nuevas capacidades dormían en mí. Necesitaba fortalecerme desde lo personal, lo espiritual y lo profesional.

Entonces tomé la decisión más trascendental de mi vida: migrar a los Estados Unidos. No migré sola. Me acompañó un hombre maravilloso, mi actual esposo, cuyo amor y apoyo incondicionales restauraron mi capacidad de creer. Su presencia confirmó que lo que está destinado para nosotros llega en el tiempo perfecto. Juntos iniciamos una nueva etapa en Nueva York, llena de incertidumbre, pero también de esperanza.

Al llegar, enfrenté un fuerte contraste profesional. Venía de una trayectoria sólida y reconocida en el sector tecnológico ecuatoriano. Sin embargo, al insertarme en el mercado laboral estadounidense, me encontré con estructuras informales y entornos carentes de procesos organizados. Fue un golpe al ego y a las expectativas. Comencé en un rol administrativo, adaptándome desde cero, aprendiendo a convivir con un idioma que aún no domino por completo y aceptando la vulnerabilidad como parte inevitable del crecimiento.

Pero fue precisamente en esa etapa de humildad donde nació un nuevo sueño: Tierra Sagrada Coffee & Cacao.

Este proyecto no es solo un negocio; es una declaración de identidad. Es mi manera de honrar las raíces del Ecuador a través del café, el cacao y las frutas tropicales. Cada feria, cada cliente y cada historia compartida en



Nueva York me recuerdan que no emigré para escapar, sino para evolucionar. Tierra Sagrada es la materialización de esa búsqueda: un espacio donde se unen sabor, alma y propósito.

Ser madre ha sido uno de los roles más sagrados y desafiantes en esta travesía. Educar a una hija adolescente en un contexto de migración, con una figura paterna ausente, implica una responsabilidad emocional y espiritual profunda. Criarla en un país de amplias libertades y contrastes culturales exige firmeza, sabiduría y fe. Cada día pido a Jehová Dios que me guíe para ser ejemplo y luz en su camino.

Si algo he aprendido, es que el mayor legado que una madre puede dejar no es la comodidad, sino la capacidad de ser resiliente sin endurecer el corazón.

Hoy, como mujer migrante, madre y emprendedora, comparto mi historia con gratitud. No ha sido un camino sencillo. He vivido días grises, de cansancio, dudas y soledad. Pero también he comprendido que reinventarse no es solo un acto de valentía: es un acto de profunda fortaleza espiritual. La fe en Jehová Dios ha sido el motor que me sostiene, que me anima y que me edifica incluso en los escenarios más inciertos.

Mi propósito no es solo contar una historia personal. Es ser un puente. Una voz que recuerde a otras mujeres migrantes que siempre es posible reconstruirse. Que el valor no depende de las circunstancias externas, sino



de la fuerza interior que cada una posee. A cada mujer le digo: no estás sola. A cada joven le digo: atrévete a soñar con propósito y a trabajar por él.

Ser mujer de mil maneras es aceptar nuestras transformaciones. Es abrazar los cambios y reconocernos suficientes en cada etapa. Es entender que las heridas no nos

definen; nos revelan.

Si hoy atraviesas un momento difícil, te lo digo desde el alma: confía. La vida aún guarda para ti revelaciones que mostrarán todo lo que eres capaz de ser.

Quiero dedicar estas palabras a mis padres, quienes sembraron en mí la fortaleza, la resiliencia y la capacidad de mirar la vida con esperanza incluso en los momentos más difíciles. De ellos aprendí que la dignidad, la fe y el trabajo honesto siempre serán el camino correcto.

Mi padre me enseñó a luchar y a no rendirme jamás. Mi madre me enseñó a sostenerme con amor, sensibilidad y valentía.

Todo lo que hoy soy como mujer, madre, profesional y ser humano, nace también de las raíces que ellos formaron en mí.

Si he logrado levantarme una y otra vez, ha sido porque camino con el legado de dos personas que me enseñaron que incluso después de las tormentas, siempre existe una nueva oportunidad para florecer.

Ser mujer de mil maneras es permitirse florecer una y otra vez. Porque estoy segura de que dentro de ti también habita una mujer de mil maneras.

Gina Chung



María Yolanda Idrovo Martínez nació en Azogues, provincia del Cañar, el 17 de julio de 1969. Hace 31 años emigró a los Estados Unidos motivada por el deseo de brindar una mejor calidad de vida a su hijo con discapacidad. Actualmente reside en Maryland, donde estudia en el *Prince George's Community College* y dedica parte de su tiempo como voluntaria en la organización *Choose Hope Women's Center*, en *Bel Air*. Su historia es reflejo de amor incondicional, sacrificio y esperanza.

SANTY: UNA HISTORIA DE LUCHA, AMOR Y SUPERACIÓN

Un nacimiento que transformó todo

Tengo un tesoro, se llama Santy. Es mi hijo, mi maestro, mi motor. Esta es nuestra historia: una historia de lucha, de amor incondicional y de fe en lo que muchos consideraban imposible.

Santy nació en Azogues, Ecuador. Desde que supe que estaba embarazada, mi corazón se llenó de ilusión. Fue un embarazo deseado, lleno de sueños. Sin embargo, poco tiempo después de su nacimiento, recibimos el diagnóstico: parálisis cerebral. Recuerdo aquel momento con absoluta claridad. Las palabras del médico eran técnicas y frías; pero lo que comprendí con el alma fue que mi hijo enfrentaría una vida de grandes retos físicos y motores, y que necesitaría apoyo constante.

El dolor fue indescriptible. Carlos, mi esposo, y yo guardamos silencio. Lloramos, sentimos miedo, pero no nos quebramos. En medio de esa noticia nació también una decisión firme: luchar por Santy, sin importar lo que hiciera falta.

En nuestra ciudad los recursos eran escasos; no contábamos con terapias especializadas ni médicos adecuados. Por ello tomamos una decisión valiente y dolorosa: Carlos emigraría primero a los Estados Unidos para buscar trabajo; luego Santy y yo nos reuniríamos con él. En 1993 partió a Nueva York. Yo permanecí en Ecuador con nuestro pequeño. Un año y medio después, en 1995, con Santy de apenas cuatro años, hice mi maleta, lo tomé en mis brazos y emprendí el viaje para reunirnos como familia.

El trayecto fue extremadamente difícil y traumatizante. Santy era un niño muy frágil. Lo llevé en mis brazos durante todo el recorrido. Cruzamos fronteras por vía aérea, caminando, en lanchas y en compartimentos de maletas de autobuses para atravesar México.

Una madre valiente en tierras desconocidas

Llegar a Estados Unidos no fue el final del sacrificio; fue el inicio de una nueva batalla. No teníamos documentos, ni seguro médico. Yo no hablaba inglés, no conocía el sistema, ni la ciudad, ni sabía cómo pedir ayuda. Sin embargo, tenía algo más poderoso que todo eso: el amor por mi hijo y mi convicción por su bienestar.

Comenzamos desde cero. Tocamos muchas puertas que se cerraron. Santy fue evaluado inicialmente en el *Flushing Hospital Medical Center*, donde médicos especialistas nos orientaron. Más adelante, gracias a personas

solidarias que encontramos en el camino, fuimos remitidos al *Shriners* Hospital en Pennsylvania.



Ese hospital se convirtió en nuestro segundo hogar. Allí realizaron estudios detallados, especialmente en sus piernas y pies. A los siete años le diseñaron un calzado ortopédico especial para mejorar su postura y su caminar. Jamás olvidaré el día en que nos entregaron sus primeros zapatos adaptados. Tal vez para los médicos Santy era un paciente

más; para mí fue como ver encenderse una luz en medio de la oscuridad.

Santy utilizó silla de ruedas, luego caminadores, más tarde muletas y bastones. Así llegó a sus 14 años. Cada estudio, cada prótesis, cada terapia representaba una nueva etapa. Al estar a su lado 24/7, aprendí a conocer cada músculo de su cuerpo, cada gesto, cada avance. Hubo noches sin dormir y días sin descanso; pero verlo sonreír después de una terapia o intentar moverse por sí mismo me llenaba de fuerzas. Celebrábamos cada pequeño logro como una gran victoria, porque verdaderamente lo era.

La familia crece y la lucha continúa

En medio de la lucha, la vida también nos regaló nuevas alegrías: nacieron nuestros hijos David y Karla. Lejos de ser una carga, fueron una bendición que fortaleció nuestro hogar. Aprendí a multiplicarme: madre de tres, enfermera improvisada, terapeuta, traductora y ama de casa. No había

espacio para la queja. Mi esposo, tras largas jornadas de trabajo, también asumía con amor el cuidado de nuestra familia.

Durante nueve años vivimos en Nueva York. Sin embargo, nunca dejé de buscar mejores opciones para Santy. Escuché hablar del Johns Hopkins Hospital en Maryland, donde realizaban cirugías ortopédicas especializadas para niños con parálisis cerebral. Sentí que Dios nos habría otra puerta.

En 2003 nos mudamos a Maryland y conocimos al doctor Paul Sponseller, reconocido especialista, quien tras varias evaluaciones determinó que Santy necesitaba una cirugía compleja: una osteotomía femoral de rotación para alinear su fémur y mejorar su marcha.

El proceso fue duro y doloroso. Siguieron largas sesiones de terapia física, ocupacional, de lenguaje y terapias acuáticas. La recuperación tomó mucho tiempo. Sin embargo, gracias a esa intervención, nuestra vida cambió. A los 21 años, Santy logró caminar sin asistencia. Ese día lloré profundamente. Comprendí que cada sacrificio, cada miedo, cada cambio de ciudad y cada esfuerzo había valido la pena.

Una madre empoderada, una historia que inspira

Con el paso de los años también yo cambié. Aprendí inglés por necesidad, trabajé en todo lo que fue posible, aprendí a llenar formularios y a defender los derechos de mi hijo. Empecé a orientar a otras madres que atravesaban situaciones similares. Me comencé a sentir una mujer empoderada, no por títulos ni cargos, sino por experiencia, constancia y amor.

Y Santy superó todo pronóstico. En Ecuador nos dijeron que posiblemente no tendría esperanza de vida, que podría no ver ni escuchar.



Sin embargo, con la ayuda de Dios y con esfuerzo incansable, se graduó en la Universidad de Goucher, en Maryland, con una licenciatura en Negocios y Ventas. Yo, que lo vi dar sus primeros pasos con dolor, lo vi después caminar orgulloso para recibir su título universitario.

Mi otro hijo David, inspirado por las dificultades legales que enfrentamos, estudió Derecho y hoy es abogado, decidido a ayudar a familias que viven procesos similares. Mi hija Karla, marcada por años de hospitales y tratamientos, se



convirtió en Médica Asistente Certificada especializada en neurología. Más allá de sus títulos, me enorgullece la calidad humana de mis hijos: solidarios, valientes y comprometidos con el servicio.

Esta es la historia de Santy, pero también la de miles de niños con discapacidad que merecen respeto, oportunidades y amor; y principalmente es mi historia, la de una madre que se negó a rendirse.

María Yolanda Idrovo Martínez



Nube González, con la firme convicción de que el trabajo honrado es un lenguaje de amor, ha dedicado su vida a ser ejemplo de lucha y perseverancia para sus hijos.

Con 30 años en Estados Unidos, ha desempeñado múltiples oficios, desde limpieza, recolección y construcción hasta trabajos administrativos y de oficina, para finalmente encontrar en sus raíces gastronómicas una forma de estabilidad económica para su hogar.

A través de la venta de humitas con café, Nube se refleja en las historias de vida de sus clientes, a quienes les motiva a empoderarse, continuar educándose y vivir la vida que merecen a pesar de las vicisitudes que puedan atravesar.

Su historia es un abrazo de esperanza para todas aquellas madres que deben afrontar el sentimiento de culpa por la separación de sus hijos, como si fuera una carga liviana ser mujer y ser migrante.

EL MILAGRO DE MIS MANOS: UN SACRIFICIO DE AMOR

Hay decisiones que le ponen una coraza al alma. Cuando era muy joven y madre de dos niños, la pobreza extrema del campo y una deuda asfixiante me obligaron a tomar la medida más dolorosa de mi vida: separarme de mi bebé de cinco meses y de mi hijo de dos años para migrar a los Estados Unidos. Mi esposo, que había partido meses antes, no enviaba dinero y la

presión de las deudas era insoportable.

Llegué a EE. UU con el corazón roto, viviendo como una sombra de mí misma. Para mi sorpresa, el reencuentro no fue lo que esperaba: mi cónyuge no me recibió. Me dio un sinfín de razones por las cuales no debíamos seguir juntos y, ese mismo día, tuve que salir a la calle a buscar un techo y un empleo. Pero no me dejé vencer. Era joven, fuerte y mis hijos eran mi inspiración.



Trabajé en limpieza, ventas e inclusive en la construcción; no importaba el cansancio, mientras el trabajo fuera honrado.

Con el tiempo, el amor volvió a llamar a mi puerta, pero no me di cuenta de que se trataba de un "lobo vestido de oveja" y que las alegrías y el romance durarían poco.

De esa unión nació mi tercer hijo. Cuando mi pareja fue deportada, aprovechó la situación para apoderarse de todos los bienes que, con tanto esfuerzo, yo había logrado reunir en Ecuador. Lo perdí todo: el amor y el patrimonio. Fui víctima de una estafa que me dejó en la nada.

A ese golpe emocional se sumó un accidente físico. Una caída me lastimó gravemente la columna y una pierna, dejándome postrada durante meses. Entre el dolor físico y la depresión, sentía que no podría levantarme.

Sin embargo, mis hijos que para entonces ya estaban conmigo en este país se convirtieron en mi soporte y me ayudaron a encontrar la luz en medio de la oscuridad.

En el momento más crítico de mi enfermedad, tuve un sueño que cambió

mi destino. Dios me habló y me dijo una frase sencilla pero poderosa: “Tú tienes tus manos”.

Ese mensaje fue mi revelación. Inspirada por esas palabras, comencé a preparar humitas. En mis mejores tiempos, llegué a vender hasta quinientas humitas diarias en las afueras del Consulado. Con el esfuerzo de mis manos, no solo apoyé los estudios de mis hijos, sino que envié dinero para que mis padres tuvieran una casa propia y mis hermanas pudieran superarse profesionalmente.



A veces es difícil comprender por qué una madre deja a sus hijos. Yo misma luché durante años contra un sentimiento de culpa que solo la terapia psicológica me ayudó a sanar.

Pero hoy, miro hacia atrás y entiendo: en Ecuador trabajaba día y noche en el campo y tejiendo sombreros, y aun así no tenía para comprarles un par de zapatos a mis hijos. La vida en el campo es ingrata y está llena de una

pobreza que pocos logran imaginar.

Aquí, en Estados Unidos, el sacrificio fue inmenso y la separación dejó huellas, pero hoy siento la satisfacción del deber cumplido. Mis hijos son hombres de bien, mis hermanas son profesionales que sirven al sector público y mis padres descansan en un hogar digno. Mi sacrificio levantó a toda mi familia. Mis manos, tal como me prometió aquel sueño, fueron las que construyeron nuestro futuro.

Nube González



Rosa Catalina Banegas Cedillo, migró a Estados Unidos después de contraer matrimonio. Es egresada de derecho en la Universidad Metropolitana y labora desde hace 14 años en la Agencia Consular del Ecuador en Queens. Catalina considera a Dios el principio de todo y encuentra en su familia la fuente de su fortaleza.

Esta historia nació de la admiración hacia las mujeres ecuatorianas migrantes en Nueva Jersey. Mujeres valientes que dejaron su tierra para luchar por un mejor futuro. Entre dificultades y sacrificios, han demostrado fuerza, fe y perseverancia. Ana representa el esfuerzo y la superación de muchas de ellas. Este relato es un homenaje a su trabajo, dignidad y amor por sus raíces.

MUJERES ECUATORIANAS EN NEW JERSEY: FUERZA, IDENTIDAD Y ESPERANZA

En las calles de New Jersey, entre el ritmo acelerado de la ciudad, existen historias que no siempre se ven, pero que están llenas de coraje, determinación y esperanza. Son las historias de mujeres ecuatorianas que dejaron atrás su tierra natal con una maleta cargada de sueños, amor por sus familias y una voluntad firme de salir adelante.

Quiero contar la de Ana María Pinzón, nacida en la ciudad de Quito. Llegó a New Jersey en marzo de 2019, como muchas otras mujeres, sin dominar el idioma y con recursos limitados, pero con un espíritu de lucha que nada pudo apagar.

Al poco tiempo comenzó a trabajar en un local de servicios varios. Las jornadas eran extensas, de lunes a domingo, con una remuneración muy inferior a la permitida por la ley. Asumía grandes responsabilidades, manejaba importantes sumas de dinero sin las seguridades necesarias y, además, enfrentó una acusación injusta que con el tiempo fue aclarada, recibiendo disculpas públicas de quien intentó quebrantar su estabilidad emocional. A pesar de ello, Ana continuó adelante, impulsada por su mayor motor: su hija.

Posteriormente, empezó a trabajar en otro establecimiento. Gracias a su desempeño y responsabilidad, la dueña la recomendó con su esposo, quien tenía una pequeña empresa de pintura. Así incursionó en el mundo de la construcción. Al inicio organizaba facturas, gestionaba materiales y ordenaba documentación; poco a poco fue comprendiendo cada etapa de una obra y ampliando sus conocimientos en un sector tradicionalmente dominado por hombres.

En una ocasión, motivó a su jefe a participar en un proyecto que requería numerosos formularios y documentación técnica. Ana preparó cada detalle con profesionalismo y colocó su número de contacto, pues él no hablaba inglés. Días después recibió la llamada: la propuesta había sido seleccionada y su trabajo calificado como excelente. Se trataba de la renovación



completa de una vivienda. Ese momento marcó el inicio de su independencia profesional.

¿Quién habría imaginado que aquella mujer de tacones cambiaría su calzado por botas de construcción? Su historia demuestra que reinventarse no solo es posible, sino necesario cuando se tiene claridad de propósito. Ana se abrió paso en un ámbito exigente y competitivo, demostrando que la capacidad no

tiene género.

Como toda historia de superación, también enfrentó momentos difíciles. Prestó dinero que nunca le fue devuelto, trabajó durante dos años sin obtener resultados justos y enfrentó una demanda derivada de un proyecto anterior. Ese proceso judicial fue complejo y desgastante; sin embargo, en medio de esa adversidad conoció a quien hoy es su esposo, Daniel, el abogado que la acompañó en la resolución del caso y se convirtió en un pilar fundamental en su vida.

Durante la pandemia de COVID-19, alguien le sugirió formalizar su propia compañía. En un inicio, el proyecto no prosperó. Además, fue víctima del virus y estuvo hospitalizada, incluso en cuidados intensivos. En esos momentos sintió que todo podía derrumbarse; sin embargo, fiel a su carácter, se levantó con mayor determinación.

En marzo de 2022, después de años de aprendizaje y perseverancia, lanzó oficialmente su primer proyecto como emprendedora independiente. La ganancia fue modesta apenas 300 dólares debido a un boicot de personas

malintencionadas. No obstante, comprendió que lo que estaba construyendo iba más allá de una vivienda: estaba edificando su futuro.

Desde entonces ha liderado más de 25 proyectos de construcción, conformando equipos de aproximadamente diez personas por obra. Se certificó, obtuvo su número federal, fortaleció la gestión administrativa de su empresa y fue reconocida como mujer en la construcción. Hoy administra su compañía con profesionalismo y equilibrio, dedicando también tiempo a su familia.



Pero la historia de Ana no es un caso aislado. En New Jersey, muchas mujeres ecuatorianas trabajan en limpieza, cuidado infantil, restaurantes o estudian por las noches para obtener un diploma o perfeccionar el inglés. Han tejido una red silenciosa pero sólida de apoyo mutuo: si una necesita empleo, otra la recomienda; si una atraviesa un momento difícil, las demás la escuchan y acompañan. La distancia duele, pero la sororidad sana.

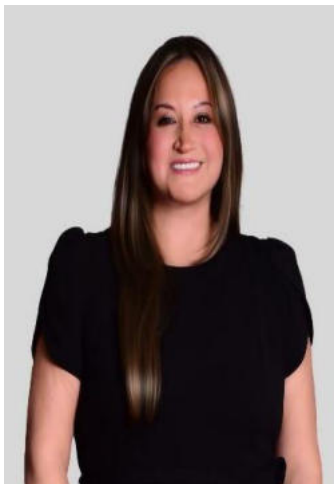
En sus hogares nunca faltan el ceviche, los llapingachos ni el hornado. Enseñan a sus hijos a hablar español, a conocer las costumbres del Ecuador y a celebrar con orgullo sus raíces. No han perdido su identidad; la han fortalecido y convertido en legado.

Ana Pinzón, como tantas mujeres ecuatorianas, continúa avanzando. Sueña con consolidar su empresa, generar empleo para otras mujeres y demostrar que la construcción también es territorio femenino. Quiere que

su hija crezca sabiendo que su madre trabajó con valentía, que cayó y se levantó, que no permitió que el miedo ni los prejuicios definieran su destino.

Porque cuando una mujer ecuatoriana triunfa en el extranjero, no lo hace sola. Lo hace llevando consigo la fuerza de quienes la precedieron, la identidad de un pueblo que no se rinde y la certeza de que, con fe, determinación y amor, todo es posible.

Catalina Banegas



Ruth Aguilar, cuenta con más de doce años de experiencia en el campo de la salud, se destacó como *Chief Physician Assistant* en el emblemático *Bellevue Hospital*, tras formarse en Biología y Medicina en *The City University of New York (CUNY-York College)*.

Hoy, su vocación de sanar ha trascendido los hospitales: como profesional financiera en *The World Changers* y miembro de la junta directiva de la Cámara de Comercio de Mujeres de Queens, Ruth dedica su visión y liderazgo a transformar el futuro económico de su comunidad, demostrando que cambiar el mundo requiere tanto de ciencia como de compromiso social.

CAMBIÉ YO PARA CAMBIAR EL MUNDO

Durante mucho tiempo, creí que el camino hacia el éxito y la felicidad estaba trazado por una línea recta: educación académica y un trabajo estable. Imaginaba que al llegar a esa "cima" profesional, la plenitud me estaría esperando, como si la alegría fuera un destino atado a lo material. Qué equivocada estaba. Hoy comprendo que cada experiencia, sea luminosa o dolorosa, es solo un tramo del camino hacia lo que realmente nacimos para ser.

Fui la primera en mi familia en obtener títulos universitarios en Nueva York, un logro que llenó de orgullo a los míos. Me gradué en Biología y me convertí en Médico Asociado, una profesión que en los Estados

Unidos exige el mismo rigor que una carrera médica convencional. Disfruté cada etapa: realicé prácticas en salas de emergencia, participé en cirugías complejas y toqué órganos marcados por la enfermedad. Vi latir un corazón en una cirugía abierta, presencié el milagro del nacimiento y sentí la presencia de Dios en la Unidad de Cuidados Intensivos. También lloré como una niña al perder a mi primer paciente; todavía recuerdo el nudo en la garganta al abrazar a su esposa para darle la noticia.

Ejercí la medicina con pasión durante más de doce años, llegando a liderar mi equipo en uno de los hospitales más prestigiosos de Nueva York. Sin embargo, hace un año, decidí renunciar a todo.

Nunca imaginé que me alejaría de un hospital. Pero la vida se comunica a través de señales sutiles. Hace dos años, sentí un llamado profundo a transformar mi existencia de forma radical. Al principio lo ignoré, pero el mensaje se volvió ensordecedor: despertaba en las madrugadas con la certeza de que algo debía cambiar.

El miedo me paralizaba. Temía soltar la seguridad de mi carrera por la incertidumbre del vacío. Pero mi alma no se rindió. En noches de insomnio, comprendí que mi alegría se había desvanecido; me sentía estancada, como si el mundo a mi alrededor se estuviera contrayendo.

Entendí que, para escalar el Everest de mi destino, debía soltar el peso que ya no me correspondía cargar. Tras muchas meditaciones y conversaciones sinceras, escribí mi renuncia. Hoy soy, oficialmente, una emprendedora a tiempo completo, alineada con un nuevo propósito: empoderar a las mujeres para que manejen sus finanzas con confianza.

Muchos me preguntan: "¿Por qué las finanzas?". Mi camino fue trazado

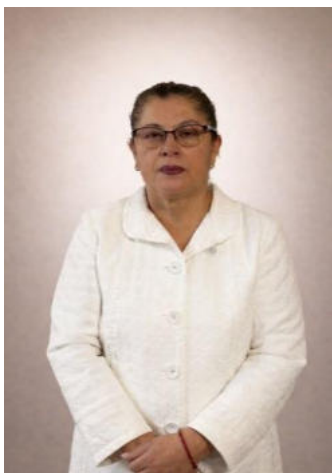
por la sabiduría de Dios tras la pérdida de mi padre hace siete años. En aquel entonces, mi hija tenía apenas ocho meses. La muerte y el nacimiento, dos eventos tan opuestos, despertaron en mí una conciencia nueva. Amaba a mi padre y no estaba preparada para el impacto financiero que trajo su partida.

El duelo y la falta de planificación fueron maestros implacables. Enfrentar los costos funerarios en Estados Unidos y Ecuador, que superaron los \$20,000, sumado a los gastos mensuales, convirtió un momento de dolor en una crisis económica. Comprendí que la falta de conocimiento financiero afecta profundamente a las familias latinas, y la mía no fue la excepción. No quería llegar a la vejez sin un plan de respaldo, sin un fondo de emergencia o sin la tranquilidad de un seguro. Ese deseo de ayudar creció al ver a mis pacientes sufrir ansiedad y depresión por deudas o falta de seguridad económica.

Esta misión me guio hacia *The World Changers*. En esta compañía encontré una visión que resonaba con mis valores y decidí cambiar la bata blanca por el liderazgo empresarial. Hoy soy educadora financiera con una misión clara: erradicar los traumas transgeneracionales sobre el dinero.

Es urgente que los latinos nos incluyamos en el sistema financiero. Somos la minoría más grande de este país, con un poder adquisitivo creciente, y es nuestra responsabilidad educarnos para tomar acción. Comparto mi historia con la esperanza de inspirarlas a mirar de frente sus finanzas. Recuerden: nada es casualidad. Como dijo Mahatma Gandhi: “*Sé el cambio que quieres ver en el mundo*”. Yo ya empecé el mío.

Ruth Aguilar



Violeta María Badaraco Delgado, tiene 64 años, es abogada de profesión y jubilada en su país. Decidió emprender un nuevo capítulo en su vida y desde hace cuatro años reside en Nueva York.

A través de su historia, Violeta desea transmitir un mensaje de esperanza y fortaleza: “Cuando una madre decide apostar por el futuro de su hijo, nada es imposible. No hay distancia que debilite el vínculo ni obstáculo que no pueda enfrentarse con amor y decisión”.

La migración no se debe exclusivamente a aspectos económicos, hay razones familiares y sentimentales que motivan la reagrupación familiar en Estados Unidos. Ese fue el caso de Violeta, su hijo migró por su esposa y su hija y ella lo hizo por acompañarlos con amor, fe y visión en este camino

LA RULETA DE LA FELICIDAD

Esta historia comenzó un 15 de marzo del año 2014. Ese día mi hijo, con 28 años, tomó la decisión de migrar a los Estados Unidos. No fue una decisión motivada por ambiciones económicas ni por la ilusión de una vida más cómoda; fue un acto de amor. El amor a su esposa y, sobre todo, a su hija, a quienes decidió proteger y acompañar en un país distinto al nuestro. Con una visa de residencia permanente y una maleta llena de recuerdos, subió a un avión de Transportes Aéreos Militares Ecuatorianos (TAME) con boleto solamente de ida. En su corazón no había promesas de retorno, sino la voluntad firme de mantenerse cerca de su nueva familia.

Desde el aeropuerto José Joaquín de Olmedo en Guayaquil lo despedimos entre abrazos y lágrimas. Él dejaba atrás a su padre, madre, hermano y a los seres queridos que lo vieron crecer como un joven íntegro, trabajador y profesional. Tenía una vida estable y una carrera como ingeniero en sistemas; lo tenía todo en Ecuador, pero partió porque eligió no perderse lo más valioso: el crecimiento de su hija y de su vida marital.

Como madre, el dolor fue inmenso. Me sentía rota y pasé noches interminables deseando que todo fuera un mal sueño. Traté de ocupar mi mente emprendiendo estudios de doctorado en Lima, Perú, pero ni la distancia ni la academia lograban llenar ese vacío sombrío. Mi hijo estaba en cada pensamiento y en cada oración.

Fue entonces cuando me di cuenta que la distancia no es un impedimento para que una madre aliente e impulse a su hijo. Le hablé de las posibilidades que el país ofrecía y le dije que debía prepararse y avanzar. Él trabajaba como obrero de la construcción durante el día y por mi consejo, estudiaba inglés por las noches.

Para el año 2016, tras dos años de migrar, ya dominaba el idioma. Le envié desde Ecuador sus documentos universitarios, pero al encontrar dificultades para aplicar directamente a una maestría, le sugerí iniciar la carrera desde el pregrado para homologar materias. Estudió con una disciplina admirable mientras seguía trabajando. Fue en ese periodo cuando ocurrió algo maravilloso: al ver en su hoja de vida que estaba estudiando nuevamente ingeniería, una empresa se interesó en él y lo contrató. Ese día comenzó lo que llamo la **"ruleta de la alegría"**: un ciclo de esfuerzo y fe que por fin empezaba a moverse.

Yo había prometido apoyarlo en todo, incluso estuve dispuesta a vender una propiedad para costear sus estudios, pero él me dijo que buscaría otras formas. Gracias a su excelencia académica y su condición de migrante, consiguió becas que le permitieron avanzar. Finalmente, en el año 2018, se graduó con los honores más altos: *Summa Cum Laude*. No fue necesario vender la casa; solo bastó mantener viva la fe en su capacidad.

El siguiente paso fue buscar su estabilidad definitiva. Le propuse adquirir una vivienda y, aunque al inicio dudó por la magnitud de la inversión, lo apoyé con el producto de la venta de una propiedad y mis fondos de jubilación. Tras convencerlo, compró su casa; el hogar donde hoy vivimos todos juntos.



Tiempo después, lo acompañé en su proceso de ciudadanía. Al recibir su certificado de naturalización, me dijo algo que me conmovió profundamente: “Madrecita, ya no regreso a Ecuador. Aquí he construido mi vida y ahora la voy a pedir a usted”. Sus palabras me sorprendieron, pero no dudé en aceptar. Si él había entregado su vida por sus sueños, yo no

podía negarle mi presencia.

Hoy, él tiene un empleo sólido, vive en su propia casa y ha vencido todas las barreras, compitiendo con profesionales de todo el mundo sin perder sus valores y raíces ecuatorianas. La ruleta sigue girando, ya no con incertidumbre, sino con esperanza. Su historia es un ejemplo para otras familias: no todo está perdido cuando un hijo se va; se gana mucho cuando



se siembran sueños y se riegan con amor. Mi hijo es feliz, yo soy feliz, y esa es mi mayor recompensa.

Cuando una madre decide apostar por el futuro de su hijo, nada es imposible. No hay distancia que debilite el vínculo ni obstáculo que no pueda enfrentarse con amor y decisión. Esta experiencia muestra que los sueños pueden nacer en un país y florecer en otro, siempre que exista alguien que confíe y oriente. La ruleta de la felicidad no se detiene; gira con cada paso bien dado, con cada meta alcanzada y, sobre todo, con cada acto de amor verdadero.

Violeta María Badaraco Delgado



Elizabeth Noralma Méndez Gruezo es

diplomática del Servicio Exterior ecuatoriano con catorce años de carrera. Es Magíster en Relaciones Internacionales por Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) e Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN); especialista en Estudios Afrolatinoamericanos y Caribeños por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)-Argentina y FLACSO-Brasil; miembro del Grupo de Trabajo de CLACSO (2019-2022): *Crisis civilizatoria, reconfiguraciones del racismo y movimientos sociales afroamericanos*; y creadora e integrante de la Fundación “Mujeres Tejiendo Conocimientos”, adscrita a la Universidad Andina Simón Bolívar.

Su relato utiliza subtramas como recurso narrativo para exponer las emociones que experimentó en su primer día de trabajo fuera del país, evidenciando que los sentimientos asociados a los procesos migratorios desarraigo, soledad y miedo trascienden las razones que los motivan y forman parte de la condición humana. Retrata, además, el ánimo perseverante de los migrantes ecuatorianos, quienes construyen el porvenir sobre los cimientos de un pasado siempre presente en la memoria y en la emoción.

MI PRIMER DÍA DE TRABAJO

Son las diez de la mañana del 15 de agosto de 2022. Camino presurosa hacia el lugar que se convertirá en mi lugar de trabajo a partir de ese preciso día. Tengo las manos sudorosas, el nerviosismo tatuado en el entrecejo y

la mirada clavada en la reja de hierro macizo que se abre generosa ante mi llegada.

Recuerdo un pasado desdibujado por la nostalgia; adelanto un futuro incierto entre pasillos alfombrados, banderas multicolores, salas de negociación, cafetines y auditorios inmensos en los que se reúnen los representantes de casi todos los Estados del mundo. Estoy en el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York, soy Primera Secretaria del Servicio Exterior de mi país y, tengo miedo.

¿Cuánta fuerza, coraje y paciencia he tenido que reunir para llegar hasta aquí? El camino no ha sido fácil porque soy mujer, una mujer negra en un mundo diseñado por y para hombres. Hace tiempo descubrí que soy un entramado de identidades diversas y complementarias que cohabitan en mi interior: soy madre, hija, hermana, amiga y diplomática. Soy latinoamericana. Soy, además, una madeja de contradicciones que afloran en tanto que la situación lo amerita, tan audaz como tímida, tan tierna como feroz.

Represento a mi país, a un Ecuador repleto de belleza y diversidad, su esencia andina está íntimamente ligada a mi forma de ser y de entender el mundo. La primera vez que canté el Himno Nacional fuera de sus fronteras lloré como una niña de meses a la que arrancaron de los pechos de su madre.

Vengo de lejos, desciendo de negros y negras cimarrones obligados a trabajar en las haciendas de caña del Valle del Chota. Esclavizados que arribaron al Nuevo Mundo en contra de su voluntad y se reinventaron como pudieron haciendo acopio de la capacidad mágica de creación que

les sobrevinía. Soy una orgullosa heredera de la resiliencia, de la testarudez que nos ha encarnado históricamente, y que nos hace culpables de escribir mil historias de dignidad y supervivencia en escenarios siempre complejos

Nunca me he sentido sola, las huellas de mis pisadas han estado siempre acompañadas por otras. Mis pasos han sido precedidos por los pasos de mis ancestros y ancestras señalándome el camino a seguir. Lo que otros llaman instinto, para mí son susurros de otros tiempos, es el ashé de las mujeres que antes fueron en otras y que hoy son en mí, advirtiéndome sobre los recovecos del camino, preservándome, ayudándome a sobrevivir. Tengo raíces dispersas aquí y allá, soy producto de un mestizaje caprichoso con fragmentos de ADN en rincones insospechados del continente.

La raza es signo, diría Rita Segato, soy la portadora de una marca racial que condiciona la lectura de la sociedad sobre mi cuerpo. Cuando las personas me miran leen una historia escrita sobre mi piel, la del pueblo negro en América, una historia estigmatizada con la impronta del dolor. Una historia que me he propuesto sobre escribir con un relato feliz acerca de perseverancia, amor, metas cumplidas y techos de cristal que se vuelven añicos. Por ello trabajo con tanto empeño en esta Cancillería que también es mi laboratorio de sueños. Por ello vivo.



Ingreso al imponente edificio de las Naciones Unidas, mi corazón delator amenaza con salirse del pecho. Atravieso un pasillo cuyos muros son escoltados por la mirada escrutadora en los retratos de los Secretarios Generales de la organización. Arribo a un café

abarrotado de delegados de todas las nacionalidades posibles, y es allí, apenas allí, donde empiezo a sentir la emergencia de una nueva identidad. Ahora también soy migrante.

Y esa certeza me golpea y me abruma. Me inunda el eco de las frases



hilvanadas a lo lejos en francés, en inglés, en ruso, en chino, en árabe, en rumano, en hindi, en italiano...en español. Palabras formadas con los códigos de alfabetos distintos que coexisten

en esta Babel moderna, que es nuestra casa común.

Ser migrante, no importa en qué circunstancia, es un reto mayúsculo que lo trastoca todo. Es empacar, despedirse, atravesar un hoyo negro y aterrizar en una dimensión silenciosa, marcada por una emoción sempiterna: la angustia. Atrás quedaron los atardeceres de domingo en familia, el carnaval mojado, los diablos danzantes, los abrazos largos, los olores que nos transportan a las horas felices de la infancia. Atrás quedó la cordillera de los Andes, la espina dorsal de una Patria que llevo atravesada en las entrañas. Atrás quedó el hornado, la guatita, el bolón, el encebollado, la colada morada, toda esa comida deliciosa que me llenaba el estómago y el alma.

Ser migrante es tener que acostumbrarse, sin ganas, a la crudeza de las estaciones que arriban trayendo consigo el brillo obstinado del sol en un cielo sin nubes, el colorido florecer de la primavera, la magia de la nieve durante el invierno o el crujir de las hojas marchitas y muertas en el otoño.

Nosotros vivimos en una primavera eterna que nos torna optimistas y desprevenidos.

La migración es una cruz que llevamos a costas desde siempre. Millones de historias individuales se amalgamaron hasta volver a la migración una parte esencial de nuestra historia colectiva. Hemos vivido más de tres olas migratorias que han arrastrado consigo a tantos de mis hermanos ecuatorianos hasta playas extranjeras.

Este último milenio nos sorprendió con una crisis económica sin precedentes, los jubilados perdieron sus ahorros, el país perdió su moneda nacional y los demás lo perdimos todo, excepto la esperanza. Cada familia tenía un testimonio por contar acerca de la migración. Se dice que dos millones de mujeres valientes se vieron obligadas a migrar a diversas latitudes. Les llamamos con gratitud “el ejército invisible” porque fueron ellas, con sus remesas, quienes ayudaron a salvar el país en sus horas más oscuras.

Pero también tenemos tradición de ser receptores de migrantes. Nuestros vecinos colombianos cruzaban la raya cuando se sentían vulnerables e inseguros. Ante la crisis económica y política que atravesaron, muchos venezolanos escogieron al Ecuador como destino para restablecer sus hogares. Y, cientos de norteamericanos disfrutaban de sus retiros en páramos andinos, cuyas aguas a decir de algunos, contienen el elixir de la eterna juventud.

Sueño con el día de regresar a mi Ecuador. Anhele despertar y beber el primer café de la mañana bajo la mirada cómplice de la mama Cotacachi y del taita Imbabura, ambas, montañas de mi tierra natal a las que llevo

tatuadas en la memoria del alma. Mi estatus migratorio, a diferencia de la mayoría de mis compatriotas, tiene fecha de caducidad. En unos pocos años volveré a mi país y allí habré de empezar otra vez. Mientras tanto continuaré formando parte del equipo de diplomáticos de las Naciones Unidas, emisarios multilingües comprometidos con restaurar la paz y la seguridad en nuestro planeta triste.

Mis hermanas y hermanos, en cambio, deberán quedarse; algunos por decisión, otros porque no les queda opción, y otros más porque echaron raíces que los anclan a este país, que, si bien no los vio nacer, los cobijó y los invitó a integrarse en un tejido social acostumbrado a expandirse para que todos puedan encontrar lugar.



Más allá de la motivación, continuarán bregando con sus esfuerzos diarios para llevar el pan al hogar de aquí y al que quedó allá. Suspendidos en una línea de tiempo que se debate entre los recuerdos felices que los conectan con su tierra y la esperanza de un futuro mejor que los mantiene fuera de ella.

Elizabeth Méndez

Jenny Belén Montaleza Paltín, es madre, trabajadora y migrante ecuatoriana, oriunda de Cuenca. Reside en Nueva York, donde se desempeña preparando impuestos, y realizando trámites notariales.

Su vida ha estado marcada por desafíos que le obligaron a salir de Ecuador, dejar a su hija, y empezar de cero. Su historia refleja la de muchas mujeres que han enfrentado la separación de sus hijos, pero que no se han rendido.

Su historia busca inspirar a quienes hoy sienten que no pueden más, recordándoles que cada paso, por pequeño que parezca, los acerca a una vida mejor. Porque, aunque estén lejos de casa, siempre pueden estar más cerca de sus sueños.

LEJOS DE CASA, CERCA DE MIS SUEÑOS

Nací el 6 de mayo de 1994 en Cuenca, Ecuador. Soy la segunda de tres hermanos y la única mujer de la familia. Crecí en un pequeño pueblo llamado Barabón, donde la vida era sencilla y los días transcurrían entre montañas, caminos de tierra y el sonido tranquilo del campo. Estudié en una escuela rural y desde muy joven sentí un deseo profundo de superarme. A los once años inicié el colegio a distancia, no porque fuera necesario trabajar, sino porque quería sentir que aportaba, que podía construir algo propio. Hasta ese momento no imaginaba que mi vida estaba a punto de cambiar para siempre.

A mis quince años, mi mundo se quebró. Mi padre traicionó a mi madre con una persona cercana a nuestra familia. Los gritos, las discusiones y la

humillación llegaron a nuestra casa hasta obligarnos a salir con apenas algunas pertenencias, sin saber a dónde ir. Recuerdo claramente aquellas palabras de mi padre que aún resuenan en mi memoria: “Nunca serás nada sin mí. Mírame cómo estoy yo y mírate tú”. Mi madre, sentada al borde de mi cama, escuchaba en silencio, conteniendo las lágrimas y el dolor. Ese día algo despertó dentro de mí. Me prometí que jamás permitiría que alguien volviera a tratarnos de esa manera.

Fue ahí cuando decidí continuar mis estudios de forma presencial, aun sabiendo que sería difícil. Mi madre trabajó incansablemente: limpiando, cocinando e incluso como ayudante de albañil. La vi cansada, lastimada, pero nunca la vi rendirse. Gracias a su esfuerzo logré terminar la secundaria. Vivimos momentos de escasez, maltratos y humillaciones que dolían más porque provenían de nuestra propia familia. Habitábamos una vivienda en condiciones precarias, pero mis sueños seguían firmes y mi voluntad intacta.

A los diecisiete años obtuve mi primer empleo como secretaria en una gran empresa ecuatoriana. Allí crecí profesionalmente, pasé de secretaria a auxiliar contable y luego auxiliar de auditoría, finalmente como Auditora Financiera. Ingresé a la universidad para estudiar Contabilidad y Auditoría, y a los diecinueve años llegó la bendición más grande de mi vida: mi hija. Ella se convirtió en mi motor, mi razón para seguir luchando cada día.

Poco después enfrenté una nueva prueba. Mi hija enfermó gravemente y tuve que internarla de emergencia en una clínica particular. En ese momento cursaba el séptimo ciclo de la universidad, pero su salud era primero. Dejé mis estudios para cuidarla y así poder pagar su tratamiento y su hospitalización. Me sentía sola, triste y agotada, pero verla recuperarse

hacía que todo sacrificio valiera la pena.

Tiempo después, el maltrato volvió a presentarse en mi vida. Mi entonces pareja empezó a golpearme. Recordé la promesa que me hice a los quince años y decidí huir. Fue la primera vez que intenté migrar. Cruzé fronteras, caminé por el desierto, soporté frío extremo y sol abrasador.

Vi a un hombre casi perder la vida al cruzar un río, y cómo los coyoteros nos trataban como si no valiéramos nada. Pasé días sola, sin agua ni alimento, hasta que finalmente fui detenida por migración y deportada a Ecuador. Regresé con tristeza por no haber logrado mi objetivo, pero agradecida por estar viva; fue la experiencia más traumática de mi vida.

Al llegar a casa curé mis heridas, no solo las físicas sino también las de la mente y corazón. Pasaron algunos meses, volví a trabajar, reconstruí mi vida una vez más y retomé mi empleo en la misma empresa donde trabajaba anteriormente; me recibieron con los brazos abiertos. Durante dos años volví a sentir estabilidad, aunque no duró para siempre y nuevamente se presentó el acoso y la inseguridad en mi vida. Comprendí que debía buscar un nuevo camino.

El 24 de noviembre de 2023 decidí emigrar nuevamente, dejando mi hogar y separándome otra vez de mi hija. Su mirada el día de mi partida quedó grabada en mi corazón y memoria. Ella fingía ser fuerte, pero sus ojos reflejaban un dolor inmenso. Partí con miedo e incertidumbre, pero con la convicción de que necesitaba seguir viva y firme para ofrecerle un futuro mejor.

Mi travesía continuó por El Salvador, Guatemala y México. Finalmente, el 2 de diciembre de 2023 llegué al aeropuerto JFK en Nueva York. La ciudad

me recibió con frío extremo, ruido constante y un idioma que poco comprendía.

Después de semanas sin empleo, una joven peruana me ayudó a encontrar trabajo cuidando una niña en Long Island. Trabajé como interna, logré estabilidad, pero seguí buscando nuevas oportunidades.

En enero de 2024 recibí una llamada que cambió mi destino: una entrevista para asistente de impuestos en Port Chester. Días después escuché: “El trabajo es tuyo”.

El 2 de febrero de 2024 inicié mi nuevo camino profesional. Me capacité, obtuve certificaciones, estudié inglés y participé en la creación de una licorería. Hoy sigo creciendo.

Extraño a mí hija cada día, pero sé que todo esfuerzo tiene un propósito. Mi historia continúa escribiéndose. Y mientras tenga vida, seguiré luchando.

Jenny Belén Montaleza Paltin

“Donde termina el miedo, comienza mi historia”



***I*samar** nació en Portoviejo, Manabí, una tierra de sol intenso donde su vida se tejió entre renacimientos y nostalgias. Sensible pero firme, en sus venas corre el aroma del cacao y la brisa del Pacífico, herencia de ancestros que levantaron con sus manos esa tierra fértil.

A través de su historia, ella busca transmitir una verdad esencial: la vida no es fácil pero lo difícil forma parte del mapa de su propia identidad. Su testimonio pretende honrar la vida de quienes encuentran en la adversidad una razón para seguir. Hoy, desde su hogar en Queens, Isamar entrega estas palabras como un acto de gratitud y esperanza. Agradece cada caída que la obligó a crecer, convencida de que no hay destino sin fe ni sueño imposible para una mujer decidida a transformar su propia historia.

VIDA, AMOR

Nací entre las mejores rosas del mundo, rodeada de fragancias que surcaban los Andes ecuatorianos. Crecí con la dicha de la tierra fértil, pero bajo el pesar de un hogar fragmentado. Mis primeros respiros se mezclaron con el aroma a campo y el fango que traía mi padre en sus pasos vacilantes; su andar era un tango étlico marcado por el alcohol y las heridas abiertas. Mi madre, en su fragilidad epiléptica, era el centro invisible de nuestro universo desordenado. Éramos trece hermanos: trece historias nacidas entre el caos y la esperanza.



Me criaron mis abuelos maternos, seres amorosos y sabios, hasta que mi abuelo partió y mi abuela, con las manos gastadas por los años, ya no pudo sostenerme sola. Ella me heredó la fuerza de su espíritu. Me abrazaba y decía: “¡Las mujeres lo podemos todo!”, y yo le creí. Su ternura sin condiciones me envolvía como un manto dorado; cuando dormíamos juntas, sentía que nuestras almas hablaban un lenguaje sin tiempo.

Al regresar a la casa paterna, la realidad me golpeó: pobreza, hambre y los gritos de un padre que no sabía amar sin dureza. La tragedia se instaló pronto en nuestra mesa. Siendo apenas una niña, mi hermana Narcisa dejó caer accidentalmente por las escaleras a su hermanita gemela, quien murió al instante. La otra gemela, como si tuviera el alma partida, falleció días después. El dolor fue doble, como dos flores arrancadas de raíz.

Años después, la muerte volvió por más. Mi hermano José murió electrocutado a los veinte años durante su jornada laboral, y poco después perdimos a mi hermanito Vicente con apenas seis meses de vida. La tragedia era una sombra larga. Sin embargo, 1996 fue el año más gris: vestimos tres lutos. Despedimos a mi hermano Hugo Napoleón en abril, a mi madre en junio y a mi padre en diciembre. Aquella Navidad no hubo luces ni villancicos; solo un silencio absoluto.

Hoy agradezco ese pasado. Las lágrimas me enseñaron el valor de la resiliencia y me permitieron comprender el duelo. El dolor se volvió

maestro y la pérdida, semilla.

Fui una adolescente de belleza viva y cabellos rubios al viento. En mi plenitud conocí a otro joven, alguien confundido y roto, con quien compartí doce años de una vida que fue, a la vez, guerra y tregua. De esa unión nacieron mis dos luces en medio de la tormenta: mis hijos.

Aquellos años fueron de estaciones intensas: la primavera florecía en mi vientre mientras el verano ardía en discusiones; el otoño se llevaba mi inocencia y el invierno congelaba mis sueños. Viví violencia y repetí patrones de mi infancia, pero decidí no rendirme, tomé la decisión de divorciarme.

Busqué ayuda profesional, abracé el autoconocimiento y entendí que somos seres en transformación, como mariposas que emergen del dolor. Poco a poco, tejí una nueva colcha con los retazos de mi vida, fortaleciéndome para ser la madre y la mujer que mis hijos necesitaban. Nuevamente encontré el amor, mi esposo Carlos Alcívar Lozano, es el hombre con el que comparto mis momentos felices.

Las heridas de mi juventud se convirtieron en certezas: no podía callar ante la injusticia. Servir al prójimo se volvió mi motor para honrar a los que ya no estaban.

En 2002, levanté mi voz en defensa de cientos de trabajadores del Centro de Rehabilitación de Manabí que enfrentaban la incertidumbre laboral. Esa lucha me llevó hasta el Congreso Nacional, donde logramos la aprobación de una ley que garantizara su estabilidad e indemnizaciones. Esa victoria me enseñó que la política es el espacio donde el dolor se encuentra con la esperanza. Aunque enfrenté represalias y soledad, nací de nuevo como un

referente en mi tierra.

Años después, en Estados Unidos, ese mismo espíritu me impulsó a trabajar con mujeres migrantes. Comprendí la dureza del desarraigo y el poder de la unión femenina, lo que me llevó a fundar la Red de Mujeres Migrantes ADN NY (Avanzar – Decisión – Nobleza). Nuestra misión es empoderar a quienes, como yo, han tenido que reconstruirse lejos de casa.

El 16 de febrero de 2019, mi vida volvió a florecer con la llegada de Mila, mi nieta anhelada. En ella me veo completa y renazco. Mila es el recordatorio de que la vida siempre encuentra el camino para brillar después de la tormenta.



Cada página de este relato ha sido escrita con la sinceridad de quien ha llorado, amado y vuelto a empezar. A través de estas vivencias, descubrí que Dios nunca nos abandona. Si hoy estas palabras llegan a ti, espero que sean un soplo de aliento: no hay oscuridad eterna cuando se camina con fe. Aún en el dolor más

profundo, la vida sigue siendo un milagro.

Isamar



Judith Castro, hija de la hermosa capital ecuatoriana, llegó a los Estados Unidos portando una profesión en las manos y la firme determinación de tejer comunidad en tierra extraña. Lo que inició como una travesía solitaria, se convirtió en una vida consagrada al servicio.

Su legado trasciende lo cotidiano, destacándose como gestora clave de la doble nacionalidad y defensora del derecho al voto en el exterior, sosteniendo a su gente con una entrega que no conoce de horarios. Con una mezcla de firmeza y ternura, Judith se convirtió en puente, refugio y voz para quienes buscaban un lugar donde echar raíces sin renunciar jamás a su identidad quiteña.

UNIDAD FRENTE A LA ADVERSIDAD

Crecí rodeada de afectos que llevo cosidos al alma. Antes de partir hacia los Estados Unidos, tenía mi propia peluquería en Ecuador; mis manos creaban belleza y daban forma a los sueños de las novias, mientras mi hermana, con inmenso cariño y responsabilidad, me ayudaba a sostener aquel pequeño mundo que habíamos construido. Pero un día, como una luz que insiste en atravesar la ventana, nació en mí la ilusión de emigrar. No huía de nada; venía atraída por la posibilidad de otra vida, impulsada por el deseo de ofrecerle un mejor futuro a mi único hijo, Pablo, y por la curiosidad de descubrir qué caminos se abrirían si me atrevía a cruzar mis propias fronteras.

Viajé sola. En el avión me acompañaba una mezcla de esperanza, nostalgia por la separación de mi hijo y una inmensa curiosidad. Mi primer refugio fue un convento en Manhattan; anhelaba la calma y la espiritualidad de las monjas, y allí viví casi cuatro años. A diferencia de muchos, no pasé las penurias que suelen narrarse.

Pronto busqué mi lugar en la peluquería. En una tienda italiana, con un español diminuto pero valiente, anuncié que sabía peinar novias. Lo dije con la confianza de una planta que se abre paso entre las rocas. Allí conocí a una compatriota que me ayudó con el idioma y con la vida. Mis peinados se volvieron conocidos, mi trabajo ganó prestigio y, poco a poco, fui tejiendo mi propio espacio en este país.

Sin embargo, nada me marcó tanto como el encuentro con mi gente. Mujeres como Elba de Berruz y Fátima Toral vieron en mí el mismo impulso que las movía a ellas: la necesidad de ser puente, abrazo y voz para otros migrantes. Con ellas pasábamos las madrugadas en las fiestas ecuatorianas, vigilando los puestos y cuidando a los vendedores, asegurándonos de que cada compatriota tuviera un lugar donde sostenerse. Mi vida se convirtió en un constante ir y venir al lado de aquellos que habían dejado su patria con el mismo temor que yo sentí alguna vez.

De esa entrega nació nuestra participación en la lucha por la doble nacionalidad. Recorrí oficinas y consulados, enfrentando puertas que se cerraban y otras que se abrían. Recuerdo vivamente el día en que llegamos al Palacio Legislativo en Quito. Ignoradas por quienes debían escucharnos, subí al escenario y pedí la palabra. Con el micrófono en la mano, sentencí que éramos ecuatorianas viniendo desde lejos a exigir dignidad y reconocimiento. Era necesario levantar la voz para que nadie más tuviera

que elegir entre la nacionalidad que dejaba atrás y la que necesitaba para sobrevivir aquí. Gracias a Dios, lo logramos.

También colaboré con el Comité Cívico Ecuatoriano bajo la presidencia de Tony Toral, creando espacios para la alegría y el reencuentro. Pero mi labor más íntima ocurría cuando la ciudad todavía dormía. Durante mucho tiempo, me levantaba a las tres de la mañana, dejaba a mi esposo, un italiano de gran corazón, y tomaba el tren hacia la calle 74 y Roosevelt. Allí, en una pequeña tienda, se reunían ecuatorianos que buscaban consuelo o un café caliente para empezar el día. Yo pagaba esos cafés. A veces eran diez, a veces veinte; no importaba. Me dolía mi gente y no podía dejarlos solos.

Mi esposo, intrigado por mis salidas nocturnas, decidió seguirme un día. Al ver lo que hacía, comprendió que mi entrega no era una ausencia, sino puro amor a mis raíces: ecuatoriana hasta los huesos.

A lo largo de los años, también acompañé a artistas y jóvenes soñadores. Ayudé a talentos como Máximo Escaleras a encontrar un escenario y una mano amiga. Fui madre de corazón del actor Franco Galecio; recuerdo con el pecho lleno el día en que, antes de una función, salió al escenario y me señaló diciendo que estaba feliz porque su madre estaba allí. No lo parí, pero lo amé con el alma.

Hoy miro hacia atrás y sé que mi vida ha sido un camino hecho de trabajo, servicio y amor. Vine con las manos listas para crear belleza y el corazón dispuesto a acompañar. Aunque he vivido más de media vida aquí, sigo siendo esa mujer ecuatoriana que nunca dejó de amar a los suyos. Conozco el precio de la migración: el desarraigo, el dolor de ver partir a los

compañeros de lucha y esa soledad que a veces se vuelve la mejor amiga mientras la mente borra, poco a poco, lo vivido.

Pero hay algo que el tiempo no podrá borrar: soy ecuatoriana y mi misión, allí donde esté, será siempre mi gente.

Judith Castro



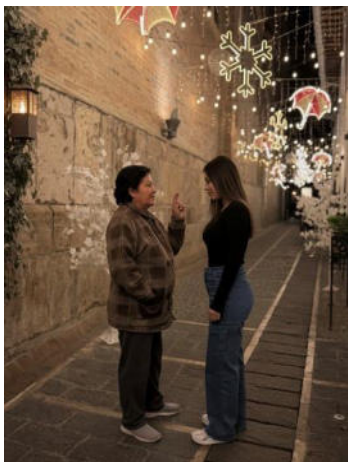
Estefanía Encalada, es una joven profesional del sector privado, que encarna la esencia de la mujer migrante moderna: trabajadora, estratega y profundamente solidaria. Como Virreina del Comité Cívico Ecuatoriano, se ha convertido en un puente de unión para los compatriotas que, como ella, buscan dejar en alto el nombre del Ecuador en el extranjero.

LOS NUEVOS COMIENZOS DUELEN

Hay viajes que comienzan mucho antes de comprar un boleto. Empiezan el día en que comprendes que ya no puedes seguir siendo quien eras, aunque te aterre convertirte en quien podrías llegar a ser. Tenía veintisiete años cuando dejé Ecuador. A esa edad, uno cree conocerse, tener la vida resuelta y la identidad firme; sin embargo, antes de que el avión despegara, ya sentía que parte de mí empezaba a desarmarse. Hoy puedo decirlo sin que me tiemble la voz: la frontera más difícil no fue la del país, sino la de mis propios miedos.

Siempre soñé con liderar mi propia empresa, trabajar con propósito y transformar vidas. Pero convivía conmigo otra mujer, más silenciosa y temerosa. Yo era ambas: la ambición y el temor ante lo desconocido. Y aunque no lo sabía entonces, las dos vendrían conmigo en la maleta.

Al pensar en mi hogar antes de partir, no veo un lugar, sino la mesa donde almorzábamos juntos.



Allí siempre había sitio, aunque la vida a veces no alcanzara. En los días buenos, reíamos; en los malos, nos apretábamos las manos y orábamos, convencidos de que el dolor es más liviano cuando se comparte. Mi abuela no necesitaba decirme que me quería: simplemente se paraba detrás de mí y me acomodaba el cabello, despacio, como quien protege lo que ama para que nada lo dañe.

“Aquí tienes un cuarto y un plato de comida si algún día quieres volver”, me decía. Esa frase me sostiene hasta hoy, porque la familia en Ecuador no es solo sangre: es refugio y es la certeza de que, si caigo, no caeré sola.

Migré con amor en el equipaje: amor por alguien más, sí, pero sobre todo amor por la mujer que deseaba ser. Dejar a mi familia fue mi primer gran desprendimiento. Lo que dolió no fue el aeropuerto ni el asiento incómodo del avión; dolió soltar a la niña que creía que lo familiar la protegería para siempre.

Recuerdo el trayecto hacia el aeropuerto. A través de la ventana, intentaba memorizar cada color, cada casa y cada pedazo de cielo, como si así pudiera retener lo que estaba dejando atrás. Llevaba conmigo dos tesoros: mi Biblia y un relicario con el rostro de quien más he amado, piezas de mi historia que me sostienen cuando la voz me falla. Al despegar, me asaltó una pregunta cruda: “¿Cómo se puede extrañar tanto sin romperse?”. Al aterrizar, la duda se transformó: “¿Podrá este lugar sostenerme cuando yo no pueda hacerlo sola?”.

La realidad fue distinta a la imaginada y aprenderlo dolió. El amor con el que soñé construir un hogar tambaleó, y yo tambaleé con él. Pero en esa crisis despertó algo nuevo: la mujer que temía caminar sola empezó a cruzar ciudades y estados sin más compañía que su propia determinación.

Migrar me convirtió en dos versiones: la que el mundo ve fuerte y la que llora en silencio cuando extraña una risa lejana. Hoy sé que no debo elegir entre ellas. Ser fuerte no es dejar de sentir; es seguir adelante a pesar de lo que se siente. El dolor de ver que el amor no tuvo la forma que deseé se transformó en fe, disciplina y valentía. Mi herida no me destruyó; me enseñó quién soy.



Cuando el cansancio me tienta a renunciar, recuerdo mis sueños. No vine solo a sobrevivir, vine a construir algo que tenga mi nombre y mi voz. Si tú, que lees esto, también tienes miedo, quiero decirte que no hay nada más valiente que elegirte a ti misma cuando el mundo espera que te quedes igual. Comenzar de nuevo no es fallar, es renacer. Mi historia es una semilla, que de ella crezca fortaleza.

Y si al leerla te sientes un poco menos sola, habré cumplido mi misión. Porque la vida no premia a quien no siente miedo, sino a quien, sintiéndolo, se atreve a caminar a pesar de él.

Estefanía Encalada



Tania Guamán Muñoz, desde su juventud,

combinó el trabajo con la formación académica, destacando además como campeona de judo, disciplina que forjó su resiliencia. Licenciada en Ciencias de la Educación y Magíster en Inteligencia Artificial aplicada a la Educación.

Tras migrar a Estados Unidos en 2020, se convirtió en un referente para la comunidad mediante la fundación de Ayllu Soluciones, la creación de *AylluDigitalTV* y su labor como Embajadora de la Fundación Luz Rosa. Actualmente, ejerce como Asambleísta Alternativa del Ecuador por la circunscripción de Estados Unidos y Canadá, reafirmando un liderazgo fundamentado en el propósito social y en su firme convicción espiritual, bajo la premisa de que es la guía divina la que orienta cada uno de sus pasos.

EL AMOR ES MÁS FUERTE QUE EL MIEDO

Jamás me he considerado débil; no solo por las medallas ganadas como judoca, sino por las vicisitudes que he vencido. He aprendido que el miedo, lejos de ser un obstáculo, es el motor que impulsa el crecimiento, mientras que el amor es la brújula que da sentido al viaje.

Mucho se escribe sobre la vulnerabilidad de las mujeres migrantes y los vejámenes a los que estamos expuestas; lo cual es una realidad grave y

dolorosa. Sin embargo, con mi historia quiero ir más allá: quiero demostrar que además de la resiliencia, las mujeres somos capaces de transformar y crear. Una mujer no solo gesta vida en su vientre; también puede hacer que esa vida se transforme y que las debilidades se conviertan en fortalezas.



Soy una hija de la migración. Mi madre partió hacia los Estados Unidos cuando yo tenía dieciséis años. En ese instante, dejé de ser solo una joven para convertirme en la madre de mi hermano y en el sustento de mi hogar. Nunca tuve

el privilegio de ser exclusivamente una estudiante; la vida me exigió multiplicarme en trabajos y responsabilidades.

Aunque nos separaban miles de kilómetros, mi madre siempre fue una presencia vibrante. Sus palabras eran decretos: «Debes prepararte para llegar lejos», repetía. En aquel entonces, yo no dimensionaba el impacto de su persistencia en mi caminar, pero fue precisamente ese amor inmenso el que me impulsó a seguir sus pasos, aun cuando el camino no fuera el regular. Me arriesgué. Salté el muro. Fui víctima de extorsión y viví en condiciones deplorables, pero incluso detenida e indocumentada, logré que la adversidad no me borrara, sino que me hiciera sobresalir.

El cruce: donde el desierto golpea el rostro

Cruzar la frontera de manera irregular es una experiencia que las palabras apenas logran rozar. Caminar horas bajo un sol inclemente, con la arena golpeando el rostro y la sed calcinando la garganta, a tal punto que te

impide ver el otro lado, es algo muy difícil de olvidar.

Cuando finalmente crucé de Mexicali a Calexico, me encontré frente a un río cuya corriente rugía con fuerza. En la oscuridad, me sujeté de una soga y nadé de espaldas. Sentía que el agua quería retenerme, que la corriente empujaba mis pies hacia el fondo. Me negué a sumergir la cabeza, aterrada por lo que pudiera haber debajo. El cansancio pesaba en cada músculo, pero el rendirme no era una opción.

Tras nadar kilómetros durante un tiempo que pareció un siglo, miré al cielo y vi una luz azul brillante. En ese instante, entregué mi destino: «Señor, hágase tu voluntad». Una mano me jaló hacia la orilla. Caí de rodillas, con las piernas dormidas y el cuerpo temblando. Allí, bajo custodia de la patrulla fronteriza, experimenté un gesto de humanidad en medio de la captura, los guardias fronterizos nos lanzaban agua, a los hombres desde arriba y a las mujeres a una distancia que permitía atraparla con la boca.

El dolor no fue solo físico; la humillación era un peso invisible que se acumulaba con cada mirada que me observaba como a alguien inferior. Pero el miedo ya era mi viejo amigo. En el centro de detención, rodeada de gritos y el rugir de motores, dejé de luchar contra él y aprendí a convivir con su presencia.

En el refugio, el aire era denso, cargado de incertidumbre y sudor. Vi mujeres envueltas en mantas térmicas plateadas, como si el aluminio pudiera ocultarlas de una realidad lacerante. En medio de ese caos, evité ser ultrajada sexualmente diciendo que estaba embarazada. No sabía los nombres ni las historias de las otras mujeres que estaban ahí, pero los ojos

de todas reflejaban lo mismo: cansancio, incertidumbre, una tristeza que se apoderaba del espacio. El cuarto estaba lleno, colapsado de cuerpos que se amontonaban unos sobre otros, buscando descanso en medio del caos. Un agujero en la puerta dejaba entrar un poco de aire, pero no traía paz. El tiempo ya no existía allí. Todo era solo espera, una espera interminable.

Ahora sonrío cuando recuerdo que cuando mi hermana me llamó al refugio, le dije que yo trabajaba en las oficinas, mi hermana sorprendida me preguntó si me encargaba de algo, le dije que de lo más importante que era el papeleo y ella pensó que era algo vinculado a facturas, le contesté que era mucho mejor: botar la basura, "ese era el papeleo".

En dicho centro, mi formación empírica y mi carisma se confabularon:



serví de intérprete sin haber terminado de estudiar inglés, trabajé en la lavandería para tener uniformes limpios y en la biblioteca estudié sobre temas legales y de inmigración. Incluso instalé

mi propio "consultorio migratorio" dentro del centro de detención; me convertí en una líder que guiaba a otras mujeres a entender como demostrar uno de los requisitos para evitar la deportación: el "miedo creíble".

No era la primera vez que Dios me daba una segunda oportunidad. Años atrás, una mala práctica médica en mi ciudad natal me dejó en cuidados intensivos, con los pulmones llenos de agua y el cuerpo agotado. En una operación sin anestesia, escuché por primera vez que Dios tenía un propósito para mí.

Ese propósito se cumplió en el momento más crítico de mi proceso legal en Estados Unidos. Gracias a una preparación intensa durante una audiencia, me atreví a interrumpir al traductor y al abogado para presentar mis propias pruebas. Defendí mis derechos, demostré que no era un peligro para la sociedad y gané mi lugar aquí.



Mi mensaje final es claro: el mayor riesgo no es la frontera, sino la falta de información. Debemos investigar, educarnos y defender nuestros derechos por nosotras mismas.

“Yo no camino sola. No soy yo: es Dios obrando en mi vida, guiando cada paso y abriendo cada puerta en su tiempo perfecto”.

Magister. Tania Guamán Muñoz



***F**lor María Vera Lara* nació en Cuenca, Ecuador, en 1982 y creció en la tranquila ciudad de Azogues. Es hija de Yolanda Lara y del psicólogo Eduardo Vera. En su juventud fue Reina de Azogues (1998–1999). Madre de tres hijas: Flor María, Paula Alejandra y Ariana Bethzabe.

Durante dieciocho años trabajó como secretaria en dos hospitales de prestigio, experiencia que le dio disciplina, organización y una escucha atenta. Estas vivencias enriquecen su voz literaria, que busca conectarse con los lectores y transmitir empatía y esperanza por los desafíos que enfrentan las mujeres migrantes, que a su llegada a Estados Unidos deben reorientar la profesión de su país de origen.

SEMILLAS DE CORAJE

En Ecuador gozaba de estabilidad: un hogar propio y la seguridad de una



vida cómoda. Sin embargo, en mi interior latía un anhelo de crecimiento que trascendía lo material; buscaba una expansión espiritual y personal. Ese deseo, sumado al sueño de mi hija de estudiar en el extranjero, nos impulsó a tomar la decisión de emigrar.

El 7 de julio de 2022 llegué a Estados Unidos junto a mi hija Paula Alejandra, de 18 años. Vinimos como turistas, con el corazón abierto

a nuevas enseñanzas. Fuimos acogidas primero por mi prima en Stratford y luego por una familiar y sus cuatro hijas, quienes nos abrieron su hogar sin conocernos. Esas experiencias fueron nuestro primer contacto con la solidaridad de nuestra gente y la forma en que nos acoplamos a este nuevo escenario. Las primeras semanas fueron un choque de realidades: el clima, los ingredientes en la cocina, las distancias y el idioma eran desafíos que estábamos decididas a transitar.



La vida me puso a prueba pronto. Mientras realizaba tareas de limpieza de escombros en edificios siniestrados, enfermé gravemente y terminé hospitalizada. Al recuperarme, encontré trabajo cuidando a una mujer con Alzheimer. Era una labor intensa, de viernes a lunes sin pausa, pero la acepté con gratitud. Allí aprendí la paciencia, la ternura sin condiciones y la humildad de sostener la mano de quien camina en la oscuridad de la confusión.

Mi relación con Elder se formalizó: él me dio el anillo de compromiso en presencia de mis hijas y de sus hijos, uniendo oficialmente nuestro camino. Este compromiso fue el impulso definitivo para instalarnos en Nueva York, pues con su apoyo decidimos traer a mi otra hija Ariana, de 9 años.

Así organizamos nuestro presente: mi hija Flor, de 20 años, continúa sus estudios de Medicina en Ecuador, mientras que yo, junto a Paula y Ariana, comienzo esta nueva etapa. Es una vida poco convencional, pero llena de propósitos.

Llegar a este país fue una apuesta por el crecimiento del alma. Aunque los planes iniciales de Paula para estudiar medicina se pausaron por trámites migratorios, ella no se rindió. Gracias a su dominio del inglés, se formó como técnica en Estética y hoy brilla profesionalmente en Manhattan. Yo también me reinventé. Dejé atrás mi carrera en administración hospitalaria para certificarme como técnica de uñas y trabajar desde mi hogar. Aprender un oficio manual a mi edad fue un reto, pero entender que siempre se puede aprender es parte de mi evolución.

Además, retomé mi pasión por la cocina. Como Chef Artesanal, he creado un servicio de catering donde dejo huella en el paladar de nuestra gente, fusionando los sabores de mi tierra con la gastronomía internacional. En lo espiritual, inicié un camino de prácticas holísticas que me han brindado una conciencia más serena. Hoy utilizo esas herramientas para ayudar a otros inmigrantes a manejar el miedo y el duelo que conlleva el desarraigo.



Ver a Ariana destacar en la escuela, tocar el piano y jugar básquet con entusiasmo asumiendo a veces el papel de mi pequeña traductora, me llena de un orgullo indescriptible. Disfrutar de momentos que parecen pequeños milagros, como visitar Disney y liberar a mi niña interior, o convertirme en fanática de los Nueva York Jets, son símbolos de que mi vida aquí ha

florecido.

Extraño profundamente a mis padres, mis hermanos y la riqueza de la cocina ecuatoriana, pero agradezco cada tropiezo que me enseñó a

sostenerme. Formar parte de este libro es la confirmación de que mi evolución tiene bases sólidas. Mi historia es una invitación para que las mujeres de mediana edad no se cierren al mundo, sino que se atrevan a reconstruirse y sanar desde el corazón.

Si hoy sientes dudas, recuerda la frase que ha forjado mi carácter: Y si te da miedo... ¡hazlo con miedo, pero hazlo!

Flor María Vera Lara



Lourdes Ochoa creció en el seno de una familia humilde, donde el trabajo era constante, pero los recursos escasos. Desde muy pequeña entendió que la educación no era solo una meta académica, sino la única vía real para romper el círculo de limitaciones económicas que había marcado la vida de sus padres. Es así que, gracias a su esfuerzo, hoy

Lourdes es la propietaria de una empresa, está casada y tiene una hermosa hija. De su familia recibe el amor y la inspiración que necesita para seguir adelante.

Lourdes nos invita a reflexionar sobre el invaluable aporte de las personas migrantes, quienes no solo trabajan para ellos mismos, sino que, al contrario, muchas veces el fruto de su sacrificio se extiende para sostener económicamente e impulsar la educación y superación de su familia ampliada. Ese sentimiento de fraternidad no se rompe a pesar de la distancia.

MI HISTORIA TAMBIÉN CUENTA

Nací en las Nieves, Azuay, un lugar pequeño pero lleno de recuerdos que aún guardo con ternura. Allí aprendí que el sacrificio tiene rostro: el de mis padres. Los veía trabajar incansablemente sin lograr estabilidad, y ese contraste entre esfuerzo y carencia sembró en mí una promesa silenciosa: yo cambiaría esa historia.

No fue fácil. Mis padres no podían pagar una carrera universitaria. Sin embargo, lo que no había en dinero lo compensamos con determinación. Trabajaba durante el día y estudiaba por las noches. Muchas veces el cansancio era fuerte, pero mi deseo de superación me llevó a egresar de la Universidad Católica de Cuenca.

A los 25 años, con mis primeros ahorros y una valentía que hoy me sorprende, abrí un almacén de pinturas. Lo llamé Tecnicolor. Recuerdo el día que colocaron el rótulo: sentí que ese nombre no solo identificaba un negocio, sino mi propio renacer.

Tecnicolor no era un simple local comercial. Preparábamos colores automotrices y arquitectónicos, pero también ofrecíamos asesoría técnica, capacitaciones y talleres para pintores. Con el tiempo, se convirtió en un referente en Cuenca. Ver entrar a los clientes y confiar en nuestro trabajo me llenaba de orgullo.

A los 29 años me casé, y mi esposo se integró al negocio. Éramos un equipo. Trabajábamos junto a dos empleados con ilusión y disciplina. Soñábamos con expandirnos, con crecer, con consolidar algo duradero.

Pero la vida, a veces, tiene giros inesperados. La competencia aumentó, las presiones económicas se hicieron más intensas y la estabilidad comenzó a tambalear. Y cuando ya enfrentábamos dificultades, ocurrió algo que cambió todo.

Una tarde estaba sola en el local cuando tres hombres armados irrumpieron violentamente. Todo pasó en segundos, pero lo recuerdo con una claridad dolorosa. Uno vigilaba la puerta, otro revolvía todo buscando una caja fuerte que no existía, y el tercero me apuntó a la cabeza.

—¿Dónde la tienes? —me gritaba.

—No tenemos caja fuerte —respondía entre sollozos.

El golpe del arma en mi cabeza me dejó aturdida. Sentí la sangre bajar por mi rostro y el miedo recorrer cada parte de mi cuerpo. En medio de esa escena solo pensaba en mi esposo. No quería que me encontrara así. No quería que mi historia terminara en ese suelo frío.

Lloré. No fue un llanto suave; fue un llanto desesperado. Quizás fue eso lo que los detuvo. Se fueron.

Semanas después regresaron y vaciaron la bodega. Ese fue el golpe final. Tecnicolor cerró sus puertas. No era solo un negocio lo que se apagaba; era una etapa completa de mi vida. Sentí rabia, tristeza, impotencia... pero no derrota.

Porque hay heridas que no te destruyen: te transforman.

Una prima me habló de Estados Unidos. La idea parecía lejana, casi imposible. Pero también sonaba a oportunidad. Mi esposo y yo decidimos arriesgarnos. Migrar no es solo cambiar de país; es desarmar tu vida en una maleta y confiar en que podrás volver a construirla.

En Nueva York caminé durante quince días buscando trabajo. Tocaba puertas, dejaba hojas de vida, sonreía, aunque por dentro estuviera llena de incertidumbre. Hubo momentos de desánimo, claro que sí. Pero nunca dejé de moverme.

Un día vi en televisión el anuncio sobre la inauguración de la Secretaría Nacional del Migrante en Queens. Sentí que debía intentarlo. Fui. No había

vacantes, pero ese mismo día me informaron que se aperturaba una nueva oficina del Consulado del Ecuador en Queens y un funcionario me refirió el contacto, insistí día tras día. Llamé tantas veces que casi me daba vergüenza escuchar mi propia voz preguntando si había alguna oportunidad.



¡Y llegó! Septiembre de 2008. El puesto era para limpieza. Lo acepté sin dudar. Llevo ya 17 años en el Consulado, así como también prestando servicios a otras compañías. Aprendí, observé, escuché historias de

otros migrantes que, como yo, habían dejado todo atrás. Y en silencio fui preparando mi siguiente paso.

En 2011 fundé *LO Cleaning Maintenance Services*. Comenzó como algo pequeño, casi tímido, pero con disciplina se convirtió en mi empresa.



Con el fruto de mi trabajo pude ayudar económicamente a mis padres, financiar la carrera universitaria de mi hermana y hoy apoyar los estudios de odontología de mi sobrina. Logré comprar mi casa en Ecuador. Y como si la vida quisiera recordarme que todo valió la pena, me regaló a mi hija. Ella es la luz que resume cada sacrificio, cada noche de incertidumbre

y cada mañana de esfuerzo.

Mi historia demuestra que la migración no es solo ausencia; es también aporte, crecimiento y dignidad.



Las remesas sostienen hogares, pero también sostienen sueños.

Hoy entiendo que, aunque me arrebataron un negocio, no pudieron arrebatarme la capacidad de volver a empezar. Porque cuando el miedo intenta pintarlo todo de gris, siempre existe un color que insiste en aparecer.

Ese color es la resiliencia.

Lourdes Ochoa



Mariana Flores, nació en Salatí, una pequeña parroquia rural del cantón Portovelo, en la provincia de El Oro, al suroeste del Ecuador. Creció en una familia dedicada a la siembra y cosecha de café.

Recuerda cómo, después de secarlo en los tendales de su casa, su padre lo transportaba a lomo de caballo por caminos de herradura hasta llegar a Portovelo. Su infancia estuvo marcada por el trabajo, la naturaleza y la sencillez, cualidades que la formaron.

Se siente orgullosa de pertenecer al país conocido como “la mitad del mundo”, donde pueden vivirse todas las estaciones en un solo día allá donde el código +593 no es solo un prefijo telefónico, sino una marca imborrable de identidad y pertenencia. Hoy reside en Nueva York, donde continúa escribiendo su historia junto a su hijo.

MEMORIAS DE UNA FOTOGRAFÍA

Mi historia comienza en mi pueblo Salatí, una parroquia pequeña en



dimensiones, pero infinita en memorias. Mi infancia conserva el aroma profundo de mi hogar, basado en la supervivencia y el amor; es el aroma del café tostado lo que siempre me regresa a casa.

Recuerdo a mi padre entregado a la siembra y la cosecha, mientras los granos extendidos en los “tendales”, tomaban el sol hasta quedar secos.

Mi padre lleno de esperanza alistaba sus caballos y juntos cruzábamos caminos de herradura que hoy parecen suspendidos en el tiempo, hasta alcanzar la carretera que nos llevaba a nuestro destino final, Portovelo.

Cada bulto de café transportado era una lección silenciosa sobre el esfuerzo. Hoy, aunque los caminos sean distintos, sigo siendo esa semilla de café, forjada con el sol de mi pueblo y lista para dar frutos donde la vida me siembre.

La pérdida inesperada de mi padre marcó un vacío infinito con el que perdí mi esencia. Es ahí donde mi vida se apagó en un instante.

Y llegaron las noches grises. Se me escapaba el alma en medio de los colores imaginarios de mis noches sin fin. El silencio confuso, la sensación penetrante del bosque que emanaba voces en el silencio y escuchaba cantar mi nombre en el viento como si los cielos golpearan la tierra.

Entonces solía llorar donde nadie podía escuchar el llanto, convirtiendo mis lágrimas en grandes gotas de agua que se mezclaban con la lluvia y lavaban mi cara. Pese al tiempo transcurrido aún siento ese vacío absoluto que solo la ausencia sabe marcar.

Es en ese punto del tiempo donde la nostalgia ya no pintaba una lágrima en mis mejillas, aprendí que las emociones son obstáculos que te enseñan a gritar en silencio, este sentir tiene un precio, con el paso de los años pesa, es feroz, exigente y duele recordarlo.

A mis 12 años fuimos a vivir en la ciudad de Quito conocida como la

Carita de Dios, crecimos bajo un cielo estrellado de una eterna primavera, ahí conocí a un músico que se convirtió en el primer amor de mi vida, el más cruel y desgraciado, con el que sentí grandes emociones acumuladas durante años, un hombre disfrazado de ternura.

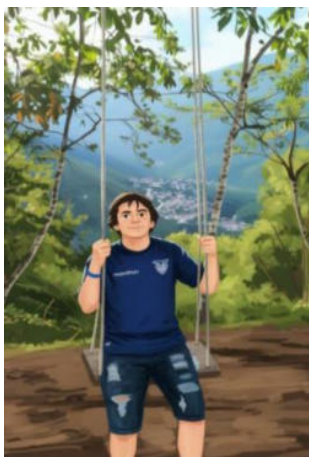
En enero del 2002 descubrimos que estaba embarazada, aun así, huyó abandonándonos a mí y a nuestro bebé, con toda la responsabilidad que esto implicaba. Entendí que estaba sola y necesitaba proveer para mí y mi futuro hijo. Y así lo hice.

Más tarde, después de superar una guerra sin precedentes en la vida, como fue el COVID-19, el mundo quedó frágil e irreconocible; miradas perdidas puestas en el cielo buscando encontrar esperanza.

Yo, una madre soltera que vivía en el barrio la Atahualpa, me sentía agobiada por el golpe del encierro mientras que el mundo parecía detenerse, en una pantalla, donde una palabra marcaba la vulnerabilidad de una caricia.

En esa época, mi hijo Sebastian terminó el colegio y debía comenzar la universidad, lamentablemente fue difícil acceder a la educación superior gratuita, Rusia se convirtió en la opción más accesible para nuestros ingresos. Entonces empezamos los trámites de la matrícula y el aprender el idioma se convirtió en un reto, mientras todo parecía ir mejorando, el conflicto entre Rusia y Ucrania estalló, derrumbando sueños y todo lo que habitaba en ellos...

Así pasaron los años y una mañana quise cambiar el rumbo de nuestras vidas: primero decidimos instalarnos en una pequeña ciudad, llamada Zamora llena de encantos y naturaleza rodeada por el río Bombuscaro,



desde ahí emigramos a EE. UU, lugar donde vivimos, desde el 2021. Nos quedamos en la ciudad de Nueva York donde continuamos nuestro viaje observando sin miedo nuestras nuevas oportunidades. El camino aquí ha sido una aventura llena de incertidumbre.

He encontrado gente maravillosa con la que aprendí que la palabra vale más que el oro. Estoy con mi hijo en este lado del mundo, juntos y volviendo a comenzar. Estremece mi cuerpo y mi corazón el pensar todo lo que vivimos porque emigrar es una muestra de amor y de valentía.

Vivir en esta ciudad es como viajar por el mundo sin pasaporte, solo con una Metro card, estas calles están llenas de desafíos. Estar aquí es brillar como las estrellas en el silencio del firmamento conociendo que la gracia y la bondad son infinitas, y que todo volverá a su camino mientras vamos aprendiendo que el miedo va pegado con las emociones.

Y es aquí donde el corazón vibra con cada recuerdo sin filtros ni maquillaje. Vivimos en esta ciudad bendita donde aprender el idioma se ha convertido en una meta por cumplir. Nueva York, siento como si la conociera de toda la vida. Duele imaginar que tuviera que dejarte. Soy emocional y no aparto mi mirada de lo que me hace temblar.

Mi libro “Porque tan lejos”, donde estoy plasmando nuestra vida, habla sobre la razón de estar aquí, ayudar a mi hijo a terminar su carrera universitaria la cual se ha convertido en una de mis metas.

Sebastian está construyendo sus sueños en una autopista de ilusiones

donde tiene el universo a su favor, en la ciudad de las oportunidades.

Estar presente en su vida me da grandes alegrías, me dio la libertad de vivir plenamente sin etiqueta.

Confieso que muchas veces he querido escapar, lo que me hace diferente es que no soy tan cobarde para hacerlo, elijo sobrevivir a la conciencia desde un lugar seguro y fértil.



La historia junto a mi hijo no ha sido de decisiones perfectas, pero sí de un amor que considero sabio, el que nos mantiene en pie. Desde nuestras raíces humildes, hasta este horizonte de rascacielos puedo decir que la recompensa es vernos crecer juntos, yo, una madre que entrega todo y él, que luce como piedra preciosa cada día me devuelve el favor con entrega, excelencia académica y coraje. Bajo el cielo de Nueva York emerge esa semilla que viene de buena tierra, floreciendo con ese lazo inquebrantable a nuestro favor, el amor de familia.

Hoy no escribo para recordar el peso de las cadenas, sino para celebrar mi presente. Mi conciencia ya no es un archivo de sombras, sino un campo abierto donde la vida canta libre y constante, atraída por la luz de una verdad que por fin es mía.

Mariana Flores



Ligia Elena Murillo es comunicadora social y periodista ecuatoriana, originaria de El Oro, cuenta con gran experiencia en varios medios impresos y creó el primer diario digital de su provincia. Magíster en Comunicación y Marketing Político y *life coach*, ha dedicado sus talentos a la defensa de los derechos humanos y al apoyo de comunidades migrantes y mujeres vulnerables.

Su trayectoria refleja una convicción profunda, “cada experiencia de vida, por difícil que sea, tiene el poder de transformarnos, si nos ponemos al servicio de los demás”.

ENTRE LA COMUNICACIÓN, LA RESILIENCIA Y EL SERVICIO A LA COMUNIDAD

Mi vida ha sido un recorrido de luces y sombras, un camino de aprendizajes profundos donde he aprendido a agradecer incluso esos “regalos mal envueltos” que, aunque duelen al abrirlos, me han permitido encontrar mi verdadero propósito.

Crecí como la segunda de cinco hermanos en un hogar donde el amor era el recurso más inagotable. A pesar de las limitaciones económicas, mis padres construyeron para nosotros un espacio cálido y tradicional. Ese fue el primer gran regalo de la vida: uno envuelto en papel brillante e

indestructible llamado familia. Allí aprendí que se puede tener poco y, aun así, vivir en abundancia emocional.

Mi madre, Rosita Ramón, me enseñó a leer y escribir, sembrando en mí la pasión por los estudios y la comunicación. Con ella descubrí la magia de la radio y la palabra. Mi padre, Linares Murillo, me inculcó la disciplina, el valor del trabajo y la certeza de que quien siembra con esperanza, cosecha sus sueños. Hasta entonces, la vida era amable, generosa y predecible.

Sin embargo, al llegar a la universidad, empezaron a aparecer los desafíos. Los "regalos mal envueltos" llegaron en forma de pruebas que sacuden y tropiezos que enseñan. El más doloroso de todos ocurrió la noche del 9 de agosto de 2013: un tren se llevó a mi hermano Pablito Ricardo en un viaje sin retorno.

Su ausencia es una herida que permanece. Al leer *La ridícula idea de no volver a verte*, de Rosa Montero, comprendí que mi vacío era compartido. Ese dolor me dejó una lección urgente: los abrazos nunca sobran, los "te amo" deben decirse hoy y la vida puede cambiar en un suspiro.

Tras ese golpe, la comunicación se convirtió en mi refugio y en la herramienta para reconstruirme. Trabajé en radio, televisión y prensa, llegando a fundar el primer diario digital de mi provincia, El Oro. El periodismo me llevó a los rincones más lejanos de mi país, pero el hallazgo más valioso no fue la cultura ni la gastronomía, sino el poder de la escucha. Esa vocación me llevó a formarme como *life coach* para acompañar a otras mujeres en sus procesos de resiliencia. Verlas renacer se convirtió en un propósito que también me sanó a mí.

Hace más de cuatro años, la vida me trajo a Nueva York. Esta ciudad me

recordó que el límite es el cielo, pero que nunca debo soltar mis raíces. Hoy, lidero organizaciones como *LiéNa Red Care* y colaboro con instituciones que han brindado asesoría legal, de salud y emocional a más de cinco mil migrantes.

Mi compromiso con los derechos humanos me llevó, en 2025, a representar a la sociedad civil ecuatoriana ante la Organización de las Naciones Unidas, en la conmemoración de los 30 años del Programa de Acción Mundial para los Jóvenes, alzando la voz por los derechos de los jóvenes. Además, soy miembro de la comunidad de mujeres “Latinas en Expansión” y voluntaria del Programa Grandes Mujeres, organizaciones dedicadas a apoyar a mujeres migrantes en los Estados Unidos.

Cada dolor me ha vuelto más humana; cada caída, más compasiva; y cada logro, más consciente. He comprendido que no basta con sobrevivir al dolor: hay que transformarlo en servicio.

Mensaje para otras mujeres:

Querida mujer: si hoy atraviesas un momento difícil, recuerda que no estás sola. Los "regalos mal envueltos" duelen, pero contienen la sabiduría que te hará más fuerte. No dejes que el proceso apague tu luz. Tu historia, incluso la parte que hoy te lastima puede ser la brújula que otra mujer necesita para levantarse. Tienes el poder de convertir cada lágrima en fortaleza y cada desafío en una razón para seguir adelante.

Ligia Elena Murillo



Lorena Loyola Carrasco, educadora y líder comunitaria. Tras emigrar a Trenton, Nueva Jersey, a los 23 años, forjó su camino profesional trabajando de día y estudiando de noche, esfuerzo que hoy se traduce en una sólida formación académica con grados de Máster en Educación (M.Ed.) y *Master of Science (M.S.)*.

Cuenta con más de 15 años de trayectoria como maestra bilingüe. Su liderazgo trasciende las aulas a través de su labor en medios de comunicación, donde promueve la cultura y la participación cívica, consolidándose como un pilar fundamental para el empoderamiento y el progreso de la comunidad hispana.

A LAS FUTURAS MARIPOSAS: CARTA A UNA MUJER MIGRANTE ECUATORIANA

Querida hermana:

Te escribo desde el corazón, con la esperanza de que estas palabras te alcancen en un momento de búsqueda, de cansancio o de lucha silenciosa.

Yo también soy ecuatoriana. Mi nombre es Lorena Loyola Carrasco y nací en Cuenca, tierra de montañas majestuosas y mujeres valientes que no se rinden. Mi vida, como quizás la tuya, ha sido un viaje de desafíos y lágrimas

escondidas, pero también de una profunda transformación.

El 10 de agosto de 2002 emigré a los Estados Unidos. Como tú, llegué con los sueños en una maleta y el corazón partido entre lo que dejaba atrás y lo que anhelaba construir. Me enfrenté a la soledad, a un idioma extraño, a trabajos duros y a un sistema frío que no siempre nos ve ni nos escucha. Sin embargo, decidí que esas barreras no serían mi final, sino el comienzo de mi propia metamorfosis.

Soy madre de tres hijos. En el año 2020, en plena pandemia, la vida me puso de rodillas: el padre de mis dos hijos falleció, dejándolos huérfanos cuando aún eran muy pequeños. Fue el dolor más desgarrador que he vivido, pero también el instante en que mi interior cambió para siempre. Ellos me dieron alas cuando yo ya no podía caminar. Comprendí entonces que ser madre es mucho más que cuidar; es convertirse en fuerza, en guía y en refugio.

Con esfuerzo y fe, logré obtener una maestría en Educación Bilingüe. Durante más de una década trabajé en las escuelas públicas de Trenton, New Jersey, enseñando a niños migrantes de más de diez países hispanos. En el aula no solo enseñaba letras o números: les ofrecía amor e identidad, un lugar donde por fin se sintieran vistos.

Con el tiempo, mi vocación se expandió más allá de las aulas. Escuché el llamado de mi comunidad y supe que debía ser algo más: una voz y una defensora. Hoy, como líder comunitaria y comunicadora en radios hispanas, tengo el privilegio de informar y tender puentes entre culturas. Me convertí, finalmente, en la mujer que yo misma necesitaba cuando recién llegué a este país.

Hermana, sé que el camino es duro y que a veces te preguntas si vale la pena. Te aseguro que lo vale. No estás sola; dentro de ti hay una mariposa que ya ha comenzado a romper el capullo. He caído muchas veces y me he levantado otras tantas. He llorado de noche y me he maquillado de día para seguir en pie. He aprendido que la verdadera transformación ocurre en la oscuridad, cuando decides seguir adelante a pesar de todo.

Hoy vuelo, no porque mi vida sea perfecta, sino porque descubrí mis alas. Y tú también las tienes. Esta carta es para ti, mujer migrante, que cada día luchas por tus hijos, por tu dignidad y por tus sueños. Nunca olvides quién eres ni de dónde vienes. No te avergüences de tus cicatrices: son las marcas de tu vuelo.

Nuestros sueños no tienen fronteras. Cada paso que damos abre camino para quienes vienen detrás. Aunque tengamos acentos distintos, compartimos la misma esperanza de un futuro mejor. La unidad es nuestra mayor fortaleza; cuando nos apoyamos, demostramos que el verdadero poder reside en la fe en nosotras mismas.

Levántate, brilla y vuela. Porque cuando tú emprendes el vuelo, inspiras a muchas otras mujeres a descubrir que ellas también pueden hacerlo.

Con amor, orgullo y sororidad.

Lorena Loyola Carrasco



Modesta Katuska Zambrano Mejía, abogada

originaria de Portoviejo, Ecuador. Tras el impacto del terremoto de 2016, emprendió un proceso migratorio hacia los Estados Unidos que la llevó a reconstruir su vida frente a complejos desafíos familiares y personales.

Su trayectoria está marcada por una resiliencia inquebrantable, manifestada especialmente en la dedicación absoluta hacia la salud de su hijo Santi, nacido prematuramente, y en el acompañamiento constante ante los retos médicos de su hijo mayor. Hoy, consolidada como emprendedora, convierte su experiencia de vida en un testimonio de fe y perseverancia, utilizando su historia para inspirar a otros y reafirmando que el amor y la determinación son las herramientas fundamentales para florecer ante cualquier prueba del destino.

UN MILAGRO LLAMADO SANTI

El 31 de agosto de 2017 recibí una noticia que cambió mi vida: estaba embarazada. No lo podía creer. Después de años intentando sin éxito y de haber escuchado de un especialista que no podría volver a ser madre, esta noticia no tenía explicación lógica. ¡Solo podía ser un milagro!

Mi embarazo inició en medio de muchas preguntas, lejos de mi familia, en un país que no era el mío, con responsabilidades económicas y una vida exigente. Aun así, lo asumí con fe. Desde el inicio sentí que este hijo venía con un propósito especial.

A las quince semanas, me realizaron un examen de rutina. Días después me dijeron que mi bebé tenía síndrome de Down y que podía interrumpir el embarazo. Mi respuesta fue inmediata: lo iba a tener. Era mi hijo, un regalo de Dios. Semanas después, otro examen confirmó que había sido un error. Mi bebé estaba sano. Continué mi embarazo con ilusión, pero todo cambió a las 22 semanas.

De forma inesperada, rompí fuente. Llegué al hospital con miedo y confusión. Los médicos fueron claros: el bebé estaba vivo, pero sin líquido amniótico existía un alto riesgo de infección y de muerte. Si nacía en ese momento, sus órganos no estaban lo suficientemente desarrollados para sobrevivir. Aun así, mi esposo y yo tomamos una decisión firme: luchar por su vida. ¡Nuestro hijo estaba vivo!, y eso era suficiente.

Fui hospitalizada de inmediato. No podía moverme, ni siquiera sentarme. Todo lo hacía acostada. Mi esposo y yo pasamos Navidad y fin de año en el hospital, enfrentando el invierno más duro, entre contracciones y señales de infección. Sabíamos que el tiempo se estaba agotando.

El 13 de enero de 2018, a las 7:15 de la noche, nació mi hijo: José Santiago. Pesó apenas 733 gramos. Era extremadamente pequeño y con múltiples complicaciones. Los médicos fueron contundentes: probablemente no pasaría la noche. Pero nosotros nunca dejamos de creer.

Esa noche rezamos sin parar. Aferrados a la fe, esperando un milagro. Y al amanecer, ahí estaba: nuestro hijo seguía vivo.

Fue trasladado de emergencia a un hospital especializado en Manhattan. Antes de llevárselo, pude verlo por primera vez. Estaba en una termocuna, lleno de cables, diminuto, frágil... pero perfecto. Los médicos dijeron que

no reaccionaba. Me acerqué y le hablé: “Papito, soy tu madrecita. Vamos a salir de esto porque Dios está con nosotros”.

Y en ese momento, mi hijo respondió. Se movió. Reaccionó. Como si reconociera mi voz.

Las siguientes horas y días fueron críticos. Cada minuto era incierto. Los médicos nos dijeron que, si superaba las primeras 72 horas, intentarían salvarlo. Autorizamos todo: transfusiones, procedimientos, lo que fuera necesario.

Cuando salí del hospital, no fui a casa. En pleno invierno, en silla de ruedas, fui directamente a verlo. En la unidad neonatal entendí la magnitud de su situación: era del tamaño de la palma de mi mano, conectado a máquinas, luchando por respirar. Pero seguía ahí. Luchando.

A los 15 días sufrió un derrame cerebral que afectó parte de su cuerpo. Al mes, fue operado del corazón. Recibió múltiples transfusiones. Permaneció 104 días en cuidados intensivos neonatales.

Fueron meses de incertidumbre, dolor y esperanza.

El 25 de abril de 2018, finalmente, nos dieron el alta. Santiago regresó a casa. Pero la lucha no terminó ahí. Su condición requería cuidados extremos: controles médicos constantes, terapias, aislamiento para evitar infecciones, restricciones estrictas en casa. Durante años, su vida giró alrededor de tratamientos, seguimiento médico y protección total.

A pesar de todo, Santiago ha salido adelante.

Hoy es un niño fuerte, inteligente y lleno de vida. Vive con múltiples discapacidades, pero también con una capacidad enorme de superación. Recibe terapias, asiste a una escuela especializada y continúa avanzando día a día.

Su historia no es solo médica. Es una historia de resistencia.

Es el testimonio de un niño que nació antes de tiempo, contra todo pronóstico, y decidió quedarse.

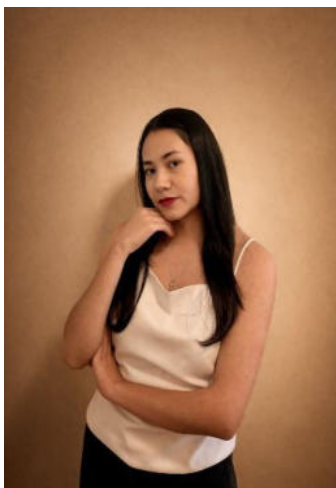
Santiago no debía sobrevivir. Pero sobrevivió.

Santiago no debía reaccionar. Pero reaccionó.

Santiago no debía avanzar. Pero avanza.

Porque su vida, desde el inicio, fue un milagro.

Katuska Zambrano



Glenda Nicole Campusano Miranda,

una joven de 26 años orgullosamente ecuatoriana, oriunda del cantón Salcedo en la provincia de Cotopaxi, reside en los Estados Unidos desde hace aproximadamente seis meses bajo el programa de intercambio Au Pair con visa J1.

Su obra es un tributo al amor infinito que siente por su tierra natal y un recordatorio de la importancia de mantener vivas las raíces; para ella, migrar no es solo cruzar una frontera física, sino un acto de coraje que implica aprender a vivir con el corazón dividido entre dos naciones, adaptándose a nuevos idiomas y costumbres sin perder la esencia de su identidad.

LA DISTANCIA QUE NOMBRA

Cuando tenía ocho años, Niki solía sentarse en la sala de la casa de sus padres a mirar televisión. Las películas mostraban grandes ciudades, paisajes increíbles y música en otro idioma. No sabía entonces que ese murmullo lejano iba a crecer con ella, que con los años se convertiría en un deseo por un lugar que todavía no conocía. Estar en otro país, siendo inmigrante, no solo la llevaría a descubrir nuevos lugares, sino también a descubrirse a sí misma.

Su vida se desarrollaba de forma bastante normal: tenía un trabajo, una pareja, amigos, familia y festividades. Sin embargo, Niki sabía que algo le faltaba, aunque no quiso aceptarlo hasta que las cosas comenzaron a

empeorar y dejaron de salir como las imaginaba. Perdió su trabajo, una amistad y, en el proceso, comenzó a perderse a sí misma. Fue entonces cuando pensó que irse sería la solución. Creyó que en otro lugar todo sería mejor, que bastaba con cambiar de paisaje para cambiar de destino.

En la maleta invisible llevó sus miedos, sus inseguridades y su falta de confianza. Aun así, también cargaba con una pizca de valentía.

Niki estaba sentada en el avión alrededor de las diez de la noche. Minutos antes se había despedido de sus padres, de su hermano y de un amor, como si se tratara de un viaje de turismo. No alcanzó a comprender el dolor profundo de su madre, ni la forma silenciosa en que su padre intentaba mostrarse fuerte mientras veía partir a su pequeña, pero recordó la frase que le había dicho su madre durante toda su vida “Macha, macha, mijita”.

Entonces cerró los ojos cuando el avión comenzó a despegar y en ese momento sintió cómo su corazón se hacía diminuto y una lágrima se deslizaba por su mejilla. Se preguntó por qué estaba triste, acaso no era eso lo que había deseado durante tanto tiempo. Entonces lo entendió, estaba dejando su lindo Ecuador, un país que la vio nacer, reír, llorar, crecer, enamorarse y aprender.

Cuando llegó, todo iba bastante bien, los ojos de Niki vieron paisajes nuevos, gente de otra cultura, y la *Gran Manzana*, la ciudad que siempre había sido su sueño. Pero con el paso del tiempo notó que todo era distinto: la comida, la gente, y su forma de vivir. Al saludar sonreía y decía –“buenos días”- a desconocidos pensando que recibiría respuestas cálidas, pero las respuestas eran frívolas acompañada de silencios que no sabía cómo interpretar. Comenzó a exigirse más de la cuenta, a presionarse por

hacer las cosas bien, por no fallar, y por no decepcionar a su familia.

Un día, Niki había terminado de trabajar, con los ojos cansados, llena de melancolía y el corazón afligido, se encerró en el baño tratando de ocultar sus emociones, pues nada de lo que pensó estaba saliendo como quería, se preguntó varias veces si lo mejor sería volver a su país natal. Entre pensamientos y lágrimas que salían recibió un mensaje de alguien que había conocido meses atrás, quien también necesitaba ser escuchada, su nombre era Julia.

-Hola ¿cómo estás? - dijo Julia en el momento justo.

Niki había encontrado una esperanza en dicho mensaje, con ansias aceptó salir una noche sin saber que Julia se convertiría en su fiel amiga. A partir de ese mensaje, Niki comenzó a entender que no estaba sola, aunque así se sintiera. Julia no le ofreció soluciones rápidas ni frases hechas, le ofreció algo más valioso: la escucha. Se encontraron en un sitio cercano a una cafetería del pueblo escondido entre árboles.

Mientras la gente seguía su ritmo implacable, ellas se sentaron a hablar como si el tiempo pudiera detenerse. Julia también había llegado con una maleta llena de expectativas y una vida que no resultó como imaginó. Le habló de noches largas, de trabajos que no la representaban, de la culpa por extrañar demasiado. Niki la escuchaba en silencio, reconociéndose en cada palabra. Por primera vez desde que había migrado, no tuvo que explicarse ni justificarse. Su dolor tenía un idioma compartido.

Niki descubrió que la ciudad podía ser menos hostil cuando se la miraba acompañada y empezó a permitirse fallar, a aceptar que no todo debía salir bien, que migrar también era equivocarse, perderse, y aprender a empezar

de nuevo.

Una tarde, Niki salió a una nueva aventura y tomó el tren por primera vez. Mientras escuchaba “Yo nací aquí”, observaba a las personas a su alrededor; cada mirada parecía guardar una historia. De pronto, una voz la sacó de sus pensamientos.

-Señorita, ¿de dónde es usted? - Niki sonrió y respondió con orgullo el nombre de su país. Y de inmediato preguntó:

- ¿Y usted cuánto tiempo lleva aquí?

La señora suspiró y miró por la ventana.

-Diez años, hija...-dijo- Diez años llevo aquí. Hizo una pausa tragando saliva y respondió:

-Pero usted me recuerda a mi niña, la que dejé en mi país y extraño mucho-

El tren siguió su camino, y por un instante, dos corazones lejanos se encontraron. Niki había entendido que cada persona podía reflejar diferentes historias con un propósito significativo, pero todas se veían marcadas por la distancia.

Siempre hubo días en los que el cansancio seguía pesando y la nostalgia volvía tocando la puerta sin avisar. Extrañaba las conversaciones familiares, las risas conocidas, el calor de un abrazo, la forma en que su nombre sonaba en boca de sus amados. Pero algo había cambiado, ya no se reprochaba por sentir. Entendió que la tristeza no era señal de debilidad, sino de arraigo.

Una noche de vuelta a casa, luego de conocer a más personas, Niki se sentó y miró hacia la ventana, no vio el paisaje de la noche fría, ni las luces que alumbraban el patio, se vio a sí misma, detenidamente mirándose dijo:

-Estoy bien, soy fuerte, esta es mi historia, nací en un país de mujeres y hombres que resisten, no estoy sola, me tengo a mí, a mi gente, y soy yo.

Y así, en medio de una ciudad ajena, Niki comprendió que la distancia no solo separa también, nombra. Le estaba enseñando quién era cuando nadie la conocía y cuando todo debía volver a aprenderse desde cero.

Nicole Campusano



María Olimpia “Marioli” Dávalos Morán.

Desde su natal Riobamba hasta las Islas Galápagos y los Estados Unidos, su vida ha sido una geografía de servicio y transformación.

Madre devota y líder comunitaria, Marioli da testimonio de su travesía sostenida por la espiritualidad y la firme convicción de que una vida entregada a los demás es el propósito más

alto del corazón humano.

MI MISIÓN DE VIDA

Nací en Riobamba, una ciudad impregnada de tradición y espiritualidad, donde aprendí desde niña que el arte y la fe respiran al mismo ritmo. En sus calles heredé el amor por la literatura, la poesía y esas tertulias donde lo cotidiano se mezclaba con lo trascendente. Escribir fue mi primer modo de entender el mundo: una forma de convertir mis alegrías, mis pérdidas y mis preguntas en palabras capaces de sostenerme.

Mis años de estudio en Quito ampliaron ese universo interior. Me casé y llegó mi primer hijo; la maternidad transformó mi mundo por completo, dándome una nueva perspectiva del amor. Sin embargo, en medio de esa montaña rusa de emociones, un nuevo destino marcó mi vida: las Islas Galápagos. Aunque me acerqué a ellas por trabajo, sentí de inmediato que ese territorio tenía un mensaje para mí. Movida por esa inquietud nómada que siempre me ha acompañado, me ofrecí como voluntaria para vivir en San Cristóbal. Pasé allí cinco años decisivos, marcados por el asombro, la

comuni3n con la naturaleza y una compresi3n profunda del v3nculo entre la comunidad y su entorno.

En las islas naci3 mi segundo hijo, un regalo que sell3 para siempre mi relaci3n con ese santuario. Colabor3 con la Estaci3n Cient3fica Charles Darwin en proyectos educativos y culturales, impuls3 concursos de poes3a para j3venes y particip3 en iniciativas comunitarias que m3s tarde contribuir3an al esp3ritu de la Ley Especial de Gal3pagos de 1997. Aquella experiencia me grab3 una certeza: la cultura no solo entretiene, la cultura transforma.

El retorno al continente fue un llamado del coraz3n. La enfermedad de mi abuela paterna, Carmelita Velasco, mi mentora de vida, me trajo de vuelta. No imaginaba que los a3os siguientes me enfrentar3an a un duelo profundo tras perder a gran parte de mis pilares familiares, culminando con la partida de mi madre. Ese dolor me oblig3 a regresar a la casa donde nac3 y a reconstruir mis ra3ces desde el silencio. De esa vulnerabilidad surgi3 un nuevo compromiso: trabaj3 junto a un grupo de mujeres para enfrentar la violencia intrafamiliar, impulsando la creaci3n de la Comisar3a de la Mujer y la Familia, una instituci3n que hoy es un baluarte en todo el Ecuador.

A3os m3s tarde, mi vida cambi3 nuevamente cuando decid3 acompa3ar a mi hijo a los Estados Unidos para iniciar su formaci3n universitaria. Lo que comenz3 como un apoyo familiar se convirti3 en mi propia experiencia migratoria: una etapa de adaptaci3n, duelos silenciosos y nuevas oportunidades. Trabaj3 en aerol3neas, un mundo que siempre me fascin3 por su conexi3n con el viaje, y m3s tarde colabor3 en la Organizaci3n de Naciones Unidas (ONU). All3 pude acercarme a la sabidur3a ancestral de los pueblos originarios de todo el planeta, reconociendo en sus historias una profundidad que trasciende fronteras y

trabajando arduamente por rescatar y dar importancia a las raíces indígenas de mi propio país.

Ese compromiso me llevó a ser candidata a la Asamblea Nacional como independiente, pues creo en la integración por encima de los partidos. Motivada por los valores de transparencia y ética heredados de mi familia, serví como nexo con la Comisión Nacional Anticorrupción, lo que dio paso a la creación de "ACUSA" (Anticorrupción Estados Unidos-Canadá), organización de la cual soy vicepresidenta.

Me considero una mujer sencilla y espiritual. Ser madre ha sido el mayor privilegio de mi vida y ser abuela, la bendición que llena de luz mis días. Durante la pandemia, cuando la incertidumbre nos paralizó a todos, coordiné vuelos humanitarios para que cientos de compatriotas y estudiantes varados pudieran regresar a casa. Ese servicio silencioso es uno de los actos que más atesoro.

Hoy entiendo que mi migración no fue un destierro, sino una misión. No me definen los lugares que he habitado, sino el propósito que me ha guiado. Creo profundamente en construir "familias de corazón" para aliviar la soledad del migrante. Si alguien buscara resumir mi travesía, quizá bastaría decir: "Encontré mi misión de vida, gracias a Dios".

A quienes llegan a una tierra extraña con temor, les doy el consejo que siempre di a mis hijos: Tienes el derecho a soñar. Sueña alto y en grande. Si Dios te plantó en un lugar, es porque ahí tienes una misión que cumplir.

Marioli



Aracelly Cantos, es originaria de Manta.

Tecnóloga en Administración Turística. Su vocación de servicio se manifestó a pocos meses de su llegada a Nueva York, cuando se integró como voluntaria en organizaciones de Queens.

Gracias a una pasantía en la *Association For Neighborhood & Housing Development* y a su formación como Capellana Misionera, ha profesionalizado su labor humanitaria. Su trabajo ha trascendido fronteras, llevando asistencia técnica y espiritual a prisiones, hospitales y centros infantiles en diversos países de Centroamérica.

Al identificarse como alguien que camina guiada por su espiritualidad, ha logrado impactar positivamente en el bienestar de su comunidad.

MI VIAJE POR EL ACTIVISMO COMUNITARIO

Mi nombre es Aracelly Cantos (me llaman Ary con afecto). Llegué a los Estados Unidos en el 2012 para cumplir uno de mis sueños, la cercanía con mi madre, que ya vivía en este país varios años.

Soy Activista Comunitaria, me enrolé en el trabajo comunitario a los 3 meses de haber llegado a la ciudad de Nueva York.



Empecé desde abajo, como voluntaria en una organización de la sociedad civil de Queens. A los pocos meses de haber llegado hice voluntariado durante el huracán Sandy; luego seguí participando en marchas de reivindicación de

derechos sociales.

Formé parte de las siguientes Campañas:

La Lucha por \$15, 00 o Fight for \$15.

Días de Enfermedad Pagados o Paid Sick Days.

FED UP o campañas de bancos (para lograr que la Reserva Federal baje los intereses en las tarjetas de crédito).

Green Light (campaña para proveer licencias de conducir a indocumentados).

Cobertura para todos (*Coverage for All*) para facilitar el acceso a la salud sin importar el estatus migratorio.



Participé en la huelga de hambre (*Hunger Strike*) con la coalición Fondo de Trabajadores Excluidos, donde pasé 23 días sin consumir alimentos, y como resultado obtuvimos \$2.1 billones de dólares para la comunidad indocumentada que no podía aplicar a desempleo en la pandemia del

2020. Gracias a dicho triunfo pude llenar miles de solicitudes y proveer \$15.600 dólares a cada solicitante.

Al mismo tiempo que daba servicios de gestión de citas de migración para la obtención de la ciudadanía, renovaciones de la *Green Card*, peticiones familiares, IDNYC, DACA, etc. realicé una pasantía en la prestigiosa entidad: *Association For Neighborhood & Housing Development* para especializarme como Organizadora Comunitaria, en el Departamento de Asuntos Laborales en la organización *Make The Road NY*.

Posteriormente, en la mencionada organización desempeñé la función de Promotora de Salud, ayudando a gestionar citas médicas a personas sin estatus legal y otros programas de asistencia social.



Muchas personas se quejan, pero no hacen nada para contribuir al cambio, históricamente el activismo social ha generado un impacto considerable en la mejora de la vida de los pueblos.

Por el contrario, he buscado formar parte de diferentes movimientos de defensa de los derechos de la comunidad latina en situación irregular y, además, participó activamente en la vida política local, impulsando a candidatas mujeres que comparten mi visión y vocación de servicio colectivo.

Aracelly Cantos Moreira

«La que camina con Dios»



Jacqueline Urbina, persona fuerte,

perseverante y trabajadora, capaz de enfrentar los retos con valentía y determinación. Se caracteriza por ser responsable, dedicada a su familia y comprometida con sus metas personales. Disfruta aprender, superarse cada día y mantener una actitud positiva ante la vida. La disciplina, la constancia y el deseo de

salir adelante es parte importante de quien es.

Valora las oportunidades, el crecimiento personal y la importancia de nunca rendirse. Actualmente dispone de un negocio en Ecuador, el mismo que desea incrementar con los conocimientos adquiridos a través de cursos tales como liderazgo, emprendimientos, idioma, inteligencia emocional, educación financiera, todos realizados en el Consulado Ecuatoriano. Espera lograr implementar ideas y generar empleo en su comunidad, pero sobre todo seguir fomentando la empatía para quienes necesitan de una mano amiga porque se siente bendecida para bendecir.

MIRO, SUEÑO Y REALIZO

Dedicado a mis niñ@s y a mi niña interior

Desde pequeña, miraba al cielo con asombro, soñando con aviones que cruzaban las nubes y me llevaban a lugares desconocidos. Ese anhelo de explorar el mundo se tejió en mi corazón a lo largo de una infancia marcada por desafíos.

Fui responsable de mis hermanos menores y, a los quince años, me

convertí en madre, lo que me impulsó a enfrentar la vida con una fortaleza que nunca imaginé.

La dureza de mi infancia no apagó mis sueños; al contrario, los volvió más urgentes. Crecí aprendiendo a ser adulta antes de tiempo, cargando responsabilidades que no correspondían a una niña, pero que asumí con amor y miedo a la vez. Mis hermanos fueron mi primer compromiso con la vida; y mi hija, llegada cuando apenas tenía quince años, fue la prueba más clara de que ya no había espacio para rendirme.

Con los años llegaron dos hijos más y, con ellos, nuevas batallas, nuevas esperanzas y nuevas razones para seguir adelante. Cada día fue una mezcla de sacrificio y fe: fe en que todo ese esfuerzo algún día daría frutos. Hubo momentos de duda, de tristeza profunda, de sentir que la vida avanzaba demasiado rápido mientras yo apenas lograba mantenerme en pie. Sin embargo, incluso en esos instantes, aquel sueño infantil seguía vivo, silencioso pero persistente, recordándome que el mundo era más grande que mis circunstancias.

Migrar no fue una decisión impulsiva. Fue una elección pensada, dolorosa y necesaria. Hace aproximadamente cinco años entendí que quedarme significaba estancarme, y que moverme, aunque implicara miedo y despedidas, era la única manera de abrir nuevas puertas. Migrar fue dejar atrás lo conocido para enfrentar lo incierto; fue empacar no solo ropa, sino recuerdos, culpas, sueños y una esperanza inmensa de que el sacrificio valdría la pena.

La migración también trajo consigo una soledad distinta, una que no siempre se ve. Estar lejos de lo propio, de la tierra, de las costumbres, de

la gente que habla como tú y siente como tú, duele. Duele en silencio. Hubo días en los que la nostalgia pesaba más que la maleta, y noches en las que la depresión intentó convencerme de que no era suficiente. Pero fue en esos momentos cuando entendí que las metas no son solo objetivos lejanos, sino salvavidas. Pensar en el futuro, en todo lo que aún podía construir, fue lo que me mantuvo de pie.

Hoy sigo caminando con la esperanza intacta. Los sueños no se han agotado; se han transformado. Ya no son solo anhelos personales, sino metas que buscan trascenderme. Migrar me enseñó que la vida no siempre se trata de llegar primero, sino de llegar con sentido, con gratitud y con la capacidad de mirar atrás sin rencor.

Hoy estoy lista no solo para seguir luchando por mis propios objetivos,



sino para bendecir a otros, para tender la mano, para ser testimonio de que sí se puede volver a empezar. La migración no fue solo un acto de valentía; fue un acto de fe. Fe en mí, en mis hijos y en un futuro distinto. Y

mientras siga mirando al cielo, ya no para ver pasar aviones, sino para agradecer el camino recorrido, sé que aún hay mucho por construir, mucho por soñar y mucho por compartir.

Jacqueline del Rocío Urbina Allauca



Magaly Panamá, originaria de la parroquia

El Valle de la ciudad de Cuenca, se define como una mujer sencilla y trabajadora que, tras desempeñarse como empleada pública en el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC), en el departamento Sociodemográfico, especializándose en la Codificación de Enfermedades (CIE-10), durante trece años, actualmente debe trabajar en el área de servicios de limpieza.

Madre de tres hijos, decidió relatar su historia en forma de cuento para honrar la valentía de las mujeres y madres solteras que han emigrado asumiendo toda la responsabilidad económica y emocional en un país desconocido. A través de su testimonio, busca dar voz a quienes han guardado silencio ante el maltrato y rendir homenaje a las víctimas de femicidio cuyas metas fueron truncadas.

MIL MILLAS EN BUSCA DEL SUEÑO AMERICANO

Eran días y noches desoladas. La incertidumbre y el miedo golpeaban mi pensamiento; ya no faltaba solo el pan sobre la mesa, sino que el pánico y la angustia se metían por las rejillas de las ventanas y por las esquinas del desván de la casa que decía ser nuestro hogar y refugio. Allí, ni siquiera la agüita de pitima saciaba la sed del miedo, y en las noches ya no se podía dormir; más bien, se escuchaba el aullar de los perros, y yo me decía a mí

misma: «Tal vez mi almita estaba recogiendo mis pasos». Así me pasaba las noches y los meses, pensando en cómo dejar mi Ecuador y, con ello, mi vida, mis metas y mi pasado, tratando de huir de la sombra de un golpe y de un puñal, de quien un día dijo amarme.

¿Qué iba a ser de mis tres «pobres» hijitos? si se quedaban solos en esta vida, solos con un padre alcohólico, a quien “chumarse” le gustaba hasta perder el conocimiento y atacar, con sus fuertes brazos y con palabras que quemaban como ácido en la piel, a quienes lo amábamos.

En uno de esos días, cuando los gritos ya no podían más y ni el eco te escuchaba, decidí tomar en una mano mis tres maletas, mis tesoros más sagrados y en la otra el coraje que necesitaba para escapar de un femicidio, de un infierno terrenal. Entonces emprendimos las mil millas en busca del «sueño americano».

Entre nubes de zozobra, el avión rugía y, en cada turbulencia, había un suspiro de alivio al alejarnos del rostro de quien quiso mi final. Al mismo tiempo, con cada respiro, no sabía si había tomado la mejor decisión. Pasaban las horas y nuestro viaje concluía, hasta que se apagaron las turbinas, pero se encendían aún más los sueños y las esperanzas, como les ocurre a tantos que llegan a un país desconocido, sin papeles, sin trabajo, sin nada; vacíos, solamente danzando al compás de la vida.

¡Junto a mis tres hijos, valientes y fuertes, empezamos con miedo y con suerte, suerte!, dicen algunos, a las bendiciones de Dios. Nada ha sido fácil. Todo nos ha costado esfuerzo y sacrificio, porque ser migrante también es sinónimo de enfrentar desafíos, superar obstáculos, aprender un idioma y una cultura, es ser fuerte, resiliente, es no rendirse, aunque el camino sea

largo y dificultoso, como cruzar un jardín lleno de rosas con espinas o atravesar un desierto sembrado de cactus.

Han pasado siete años desde que llegamos. Mis hijos han crecido; dos de ellos, impulsados por el sentido de servicio a la comunidad, porque desde pequeños fueron *boy scouts*, actualmente son militares en el Cuerpo de Marines de EE.UU. Mi última hija todavía está junto a mí, estudiando para también ser profesional algún día, una mujer honrada y de bien. Siempre les enseño y les recuerdo nuestras raíces, de dónde venimos: mujeres y hombres de noble corazón.

Pienso que está valiendo la pena, el miedo y los conflictos emocionales poco a poco se han ido superando, aunque tal vez las huellas queden escondidas en el fondo del corazón. Pero cuando miras el pasado y sabes que tomaste la mejor decisión, al salir y ser madre haciendo también las veces de padre, entiendes que, aunque nos falta mucho por recorrer, porque arrieros somos y en el camino andamos, no se puede perder la esperanza. Tengo siempre en mi pensamiento aquello que los cuencanos somos, como dice nuestro himno:

«Ten por lema virtud y trabajo;
con el sabio el obrero compita;
todo azuayo a sus hijos repita:
sin trabajo y virtud, no hay honor.

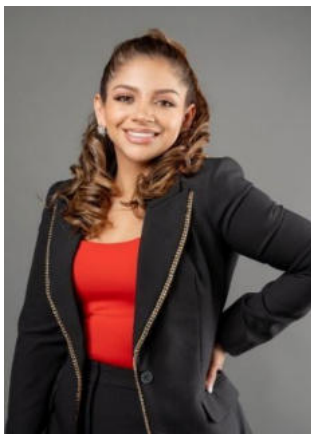
Ten la fe por imán que te guíe,
la esperanza por ancla segura;
mira al cielo, trabaja y procura
que la dicha te venga de Dios».

Dr. Luis Cordero C. - 1939.

Aunque el sendero se ha tornado largo y sinuoso, he encontrado un refugio en tierras ajenas, un hogar donde mi alma puede desplegar sus alas, donde mis hijos florecen como flores silvestres. A pesar de que no siempre somos bien vistos, muchos de nosotros, sufriendo por el miedo a las autoridades de migración y por todas las limitaciones que nos imponen las actuales leyes, salimos día a día a buscarnos la vida. Todavía me tiembla la voz de nostalgia al recordar lo hermoso que es mi país. Recorrí muchos lugares que duelen borrar de la mente; más bien, se anhela algún día regresar, caminar por aquella Catedral y saludar a Santa Ana, como lo hacía en mi niñez cuando ella me veía pasar.

Soy una mujer migrante, pero también soy una guerrera, una luchadora, una madre, una hija, una hermana y una amiga. Estoy orgullosa de serlo, de llevar conmigo la historia de mis raíces, de mi esencia, y de sembrar en este suelo nuevo las semillas de un futuro más brillante; así mismo, de formar parte de tantas mujeres que hemos vivido situaciones difíciles, pero que estamos dispuestas a seguir escribiendo el próximo capítulo de nuestra vida...

Warmi Morlaquita



Rossy Alarcon, cree profundamente que, cuando una mujer cuenta su historia con honestidad, otras encuentran fuerza para seguir caminando.

Su travesía en Estados Unidos es el resultado de perseverancia, de trabajo duro y de sueños cumplidos. Rossy ha decidido compartir su historia para que su voz llegue a otras mujeres que como ella han tenido que dejar su tierra con el corazón partido y la esperanza en la maleta.

CUANDO UN SUEÑO EMPIEZA EN PEQUEÑO

Nací en la provincia de El Oro, en Ecuador. Cuando cierro los ojos, todavía puedo sentir el olor de la tierra después de la lluvia, escuchar las voces de mi familia y recordar esa sensación de pertenecer a un lugar donde todo parecía sencillo. Pero la vida, a veces, nos llama a caminos que no imaginábamos. Tenía menos de veinte años cuando tomé una decisión que cambiaría mi destino para siempre: migrar a los Estados Unidos. No lo hice por aventura. Lo hice por necesidad, por sueños, por la esperanza de poder construir algo que, en ese momento, parecía imposible.

Recuerdo el miedo.

Recuerdo el silencio del desierto.

Recuerdo caminar sintiendo que cada paso podía ser el último.

En ese momento entendí algo que nunca olvidaría: cuando una mujer decide luchar por su futuro, descubre una fuerza que ni ella misma sabía que tenía. Llegar a Nueva York fue como aterrizar en otro planeta: un idioma distinto, un clima que congelaba los huesos y una ciudad que nunca parecía detenerse. Yo era una joven migrante tratando de encontrar su lugar en medio de millones de historias.

Y empecé desde abajo.

Trabajé en construcción, vendí helados en la calle, fui mesera, limpié, cargué, aprendí. Hubo días en los que el cansancio me hacía llorar en silencio al llegar a casa. Días en los que extrañaba tanto mi país que sentía un nudo permanente en la garganta. Pero, incluso en los días más difíciles, había una voz dentro de mí que repetía lo mismo: “No te rindas, todavía no has llegado a tu destino”.

Ese destino tenía un sueño muy claro: algún día tener mi propio restaurante.

Ser mujer, migrante y madre

La vida tiene una manera curiosa de ponernos desafíos mientras seguimos caminando. Para mí, uno de los más grandes fue aprender a ser madre mientras intentaba construir una vida en un país completamente nuevo. Ser mujer migrante ya es un acto de valentía. Ser madre migrante es un acto de amor que no tiene descanso.

Recuerdo trabajar incluso estando embarazada, con el cuerpo agotado, pero el corazón decidido. Muchas veces la gente me preguntaba cómo podía seguir adelante. Y la respuesta era simple: mis hijos. Cada latido dentro de mí era también una razón para seguir luchando. La maternidad

me enseñó algo poderoso: que el amor por nuestros hijos puede convertirse en una energía infinita. Y así seguí caminando.

Cuando un sueño empieza en pequeño

Mi desarrollo empresarial comenzó con una cocina llena de recuerdos de Ecuador y la voluntad de compartirlos. Empecé vendiendo comida de la manera más sencilla posible. Poco a poco, la gente comenzó a llegar. Primero algunos amigos, luego vecinos, luego personas que escuchaban que había una ecuatoriana cocinando como en casa.

Mi apartamento se volvió demasiado pequeño para tantos sueños.

Recuerdo mirar alrededor y pensar: esto está creciendo, y yo tengo que crecer con esto. Aprender a emprender fue otro viaje: permisos, regulaciones, trámites, papeles, reglas migratorias. Cada paso parecía un desafío nuevo. Hubo momentos en los que sentí que el sistema era demasiado grande para alguien como yo. Pero cada obstáculo también me enseñó algo.

Con el tiempo nació “Donde Rossy”, un restaurante ecuatoriano en Brooklyn que hoy representa mucho más que un negocio: representa identidad, comunidad y memoria. Con esfuerzo, logramos construir más proyectos: un restaurante peruano, una productora audiovisual y un salón de eventos.

A veces me detengo y pienso en la joven que cruzó el desierto con miedo. Si pudiera hablar con ella hoy, le diría: “No te preocupes... todo este sacrificio algún día se convertirá en luz”.

Siempre comparto una frase que guía mi vida: “Los sueños no llegan por casualidad. Llegan cuando el trabajo, la disciplina y el amor se encuentran todos los días”.

El momento más oscuro: la pandemia

Si hubo un momento que puso a prueba todo lo que habíamos construido, fue la pandemia. El mundo entero se detuvo. Las calles quedaron vacías. Las sillas del restaurante quedaron inmóviles. La incertidumbre se sentó en cada mesa donde antes había risas. Pero lo más doloroso fue algo que nunca olvidaré. Muchos de nuestros clientes no eran solo clientes. Eran parte de nuestra familia. Personas que venían cada semana, que compartían historias, celebraciones y abrazos. Durante esos meses empezamos a recibir noticias que rompían el corazón: algunos de ellos estaban enfermos... y algunos no lograron sobrevivir.

Recuerdo despedirlos en silencio. Aun con el restaurante cerrado, decidí salir a hacer entregas a domicilio. Sabía que muchas personas dependían de esa comida, de esa conexión humana en medio del miedo. Sí, tenía miedo. Todos lo teníamos, pero también sentía una responsabilidad con mi comunidad.

Orgullo por nuestras raíces

Uno de los momentos que más me emocionó en esta travesía fue ver nuestro restaurante mencionado en *The New York Times*. En ese instante sentí que Ecuador estaba sentado a la mesa del mundo. Lloré, porque entendí que cada plato que servimos pone en alto el nombre del Ecuador en la capital del mundo.

Ese mismo deseo de representar a mi comunidad me llevó a otro camino que amo profundamente: la comunicación. Hoy tengo la oportunidad de colaborar como corresponsal para RTS en Nueva York, cubriendo eventos y mostrando el talento y la fuerza de nuestra gente. Aún tengo un sueño pendiente: estudiar comunicación formalmente y usar esa herramienta para llevar mensajes positivos, historias de esperanza y voces que merecen ser escuchadas.

Mi mayor legado: mis hijos

Soy madre de cuatro hijos: dos varones y dos mujeres. Ellos son mi mayor orgullo. Todo lo que he hecho, cada sacrificio, cada madrugada de trabajo, cada decisión difícil, ha tenido un propósito: darles un ejemplo. Quiero que recuerden siempre de dónde venimos. Que ser migrante no significa olvidar nuestras raíces, sino honrarlas con más fuerza. Intento darles algo que para mí es esencial: tiempo, amor, conversación y energía positiva. Que sepan que la vida puede ser difícil, pero que siempre hay dignidad en levantarse y seguir.

Mirar atrás y agradecer

Si algo he aprendido de esta vida en Nueva York es que cada dificultad tenía una razón. Cada caída me preparaba para el siguiente paso. Hoy me siento profundamente agradecida de poder generar más de treinta plazas de empleo y de abrir puertas para otros migrantes que también están buscando una oportunidad. Porque yo sé lo que se siente llegar sin nada. Y también sé lo que significa que alguien crea en ti.

Siempre digo con orgullo:

Soy Rossy Alarcón.

Migrante.

Madre.

Emprendedora.

Empresaria.

Y, sobre todo, orgullosamente ecuatoriana.

Rossy Alarcón



Charito Cisneros, Charito Cisneros, ha

dedicado su vida a abrir caminos para los latinos que viven en Estados Unidos. Fundó la Cámara de Comercio Hispana de Cosmetología y Belleza y hasta la fecha la preside. Desde ahí ha luchado incansablemente por facilitar el acceso a que los inmigrantes, especialmente las mujeres víctimas de violencia, abran sus propios negocios de belleza en este país. Fue comunicadora tanto en prensa escrita como en la televisión. Como productora y directora del programa Inside New York con Charito en Ecuavisa International, generó el primer espacio para visibilizar a los ecuatorianos en el mundo. Su labor a favor de la comunidad ha sido reconocida con más de 500 distinciones, incluyendo múltiples proclamaciones del Congreso de los Estados Unidos y el Consejo Municipal de la Ciudad de Nueva York.

LA BELLEZA: UNA HERRAMIENTA DE LIBERTAD

Desde muy joven sentí la vocación de servicio a la comunidad. En Ecuador, estudié enfermería y recuerdo que mis vecinos y personas de escasos recursos económicos venían a mi casa a pedir que la “Niña Charito” les inyecte o les coloque sueros, yo lo hacía muy contenta, me gustaba ayudar. Pensaba continuar mi carrera profesional como enfermera y justamente vine a Estados Unidos a revisar unos equipos médicos para la maternidad donde trabajaba, pero como la vida es un constante cambio, por cuestiones del destino me quedé aquí y mi profesión tomó otro

camino: la belleza.

Creo que arreglarse, vestirse bonito, cuidar la apariencia física es también un factor de empoderamiento de una mujer. No se necesita invertir demasiado dinero para verse bien. Hoy recuerdo que mi madre solía ir al aeropuerto para ver como vestía la gente que entraba y salía de ahí. En aquella época quienes tomaban vuelos vestían muy elegante. ¡Mi madre tomaba nota de las nuevas modas y luego me cosía esos mismos trajes y a mí me encantaba!

Estudí belleza en Nueva York y me quedé como maestra en el mismo Instituto donde me preparé. Me destacué por mi habilidad en el área de maquillaje de cine y era muy querida por las alumnas. Fui víctima de envidias y maldades por parte del staff, profesoras antiguas que se incomodaban por mi presencia y mi talento, incluso se burlaban de mi forma de hablar inglés, pero no nunca me dejé avasallar. Siempre me mantuve de pie y avanzando, enfocada en que mi destino era dejar un legado.

En el ámbito personal me casé hace 53 años, tuve dos hijos, actualmente tengo 7 nietos y disfruto enormemente cuando nos reunimos todos alrededor de una comida que preparo con amor. Somos una familia muy unida. Me siento orgullosa de los logros de mis hijos y nietos y como ellos dicen soy una *grandma* moderna y poco convencional.

Mi esposo es periodista por ello, hace 20 años, abrimos juntos el canal de televisión Cisnevisión, y de pronto me convertí en presentadora del



Programa “Abriendo brechas internacional”. A través de éste y otros programas como “Inside New York con Charito” que se proyectaba en Ecuavisa Internacional, pude acercarme a varias autoridades

estadounidenses quienes me apoyaron para fundar la primera Cámara de Comercio Hispana de Cosmetología y Belleza que se creó en este país.

Apenas la abrí, la gente se formaba desde las 4 am para recibir información y asistencia, hacíamos múltiples talleres, gestionábamos las licencias y permisos e incluso subvenciones para que los latinos cuenten con todos los recursos y abran negocios de belleza en la ciudad de Nueva York y así puedan ser el sustento de sus familias. La Cámara ha impulsado también la eliminación de barreras relacionadas al status migratorio y ha defendido los derechos de los migrantes.



*The NY Hispanic Cosmetology & Beauty
Chamber of Commerce
La Cámara de Cosmetología y Belleza
Hispana de NY*

Bajo mi dirección, la cámara ha crecido hasta superar los 3,000 miembros, logrando hitos históricos como la traducción al español del folleto de Reglas y Regulaciones del sector de la belleza por parte del Estado de

Nueva York; una gestión que realicé personalmente ante la exsecretaria de Estado Lorraine Cortez y que eliminó obstáculos idiomáticos críticos para miles de trabajadores que antes estaban desprotegidos.

Además, he contribuido a la consolidación del marco legal para el sector de la técnica de uñas mediante la creación de una licencia oficial, garantizando que los profesionales puedan ejercer su labor bajo estándares de calidad y legalidad.

Tengo una habitación en la que guardo los más de 500 premios que he tenido el honor de recibir. Sin embargo, creo que aún el premio más importante que me entregó la Presidencia de la República de Estados Unidos, no se compara a la satisfacción que siento cuando veo a una persona salir de mi oficina con las herramientas necesarias para triunfar y luego enterarme de que efectivamente lo hizo!

La Cámara registra innumerables casos de éxito, por ello mi consejo para todas las mujeres migrantes, es que trabajen con rectitud, que nunca dejen de estudiar y que jamás abandonen sus sueños, porque estoy convencida de que todas ustedes tienen la fuerza para lograrlo y que si existen recursos y una red de apoyo para ayudarlas.

Charito Cisneros



Tania Carolina Rivera Pesantez, es madre

y migrante cuencana, reside en *Long Island* desde hace aproximadamente un año y medio junto a su esposo y su hija, Rafaella. Su llegada a los Estados Unidos estuvo motivada por la búsqueda de acceso a nuevas oportunidades, una decisión que marcó profundamente su vida y dio inicio a un proceso de adaptación y reconstrucción personal en un entorno completamente nuevo.

El amor de una madre puede ser puente, escudo y raíz al mismo tiempo, en medio de las responsabilidades diarias, entre su trabajo y el cuidado de su hija, Tania ha cultivado una de sus mayores pasiones: la comunicación. Su interés por el periodismo y su mirada sensible le permiten transformar vivencias en narrativas cercanas, humanas y significativas.

TODAVÍA NO, PERO PRONTO VAS A PODER

Rafaella no recuerda el día exacto en que salió de su país, pero recuerda exactamente todos los sucesos de ese día. Cuando le preguntan sobre esa noche, la describe como una distinta a cualquiera que haya vivido: había silencio, incertidumbre, una noche cargada de despedidas que nadie se atrevía a decir en voz alta, abrazos que se sentían como si sus frágiles costillas pronto se fueran a quebrar. Recuerda las tres mochilas que llevaban sus padres y ella, mochilas que en su interior tenían la mejor ropa que poseían. Siempre dice que aquel día los adultos hablaban como

susurrando, cuidando que ella no escuchara, pero sobre todo siempre recuerda cómo la mano de su madre la sostenía con una fuerza que no conocía.

Ella tenía pocos años, los suficientes para sentir miedo, pero no los necesarios para comprenderlo. Nadie le explicó completamente por qué debía irse, nadie le dijo que ese viaje cambiaría su vida. Solo le dijeron que era lo mejor, que ella estaría bien y que todo iba a mejorar. Ella decidió creerle a la voz que se lo prometía; al fin y al cabo, era quien la había protegido desde su primer respiro.

Llamaron a su viaje como las vacaciones que no se volverían a dar en mucho tiempo. Siempre estaban los tres: sus padres y ella. No cargaban grandes mochilas, pero sí un peso invisible, el de la incertidumbre. Cruzaron fronteras que no solo estaban delimitadas por mapas, sino también por el miedo y la nostalgia.

Cuando Rafaella llegó a Estados Unidos, el mundo se volvió ruidoso y extraño. Las palabras no sonaban como las suyas, las caras eran diferentes, las calles y edificios parecían demasiado grandes para una niña tan pequeña. Al principio pensó que era un juego, una visita larga. Pero pronto le explicaron que no era algo temporal y que no podían prometerle volver pronto. Poco a poco entendió que no era una visita, se trataba de empezar otra vida.

La escuela fue su desafío más grande. Luego de un interminable número de vacunas, el primer día se sentó en su pupitre, quieta y observando todo. Mientras la maestra hablaba, las palabras pasaban por su lado como relámpagos fuertes y rápidos que no la tocaban. Sus compañeros reían,

levantaban la mano y jugaban entre ellos. Rafaella no entendía nada, pero fingió que lo hacía. Pronto aprendió que no entender te hace sentir pequeña e invisible.

Los días se volvieron largos y cansados. Aprendió a copiar textos por inercia sin saber lo que significaban, a repetir sonidos que no siempre tenían sentido. Se preguntaba por qué la letra A debía decirse “ei” o por qué la I sonaba como cuando ella se raspaba la rodilla y gritaba ¡ay! Sonreía cuando no entendía los chistes y descubrió que el silencio podía protegerla de las burlas.

Cada tarde regresaba a casa con la mochila cargada de libros y cuadernos, pero también de emociones. Su madre la esperaba siempre, no importaba si había sido un día difícil o un día un poco mejor; ella siempre estaba ahí, para acompañar y contener, como si ese momento fuese sagrado. Se sentaban juntas a la mesa y abrían cuadernos y libros con palabras que parecían imposibles.



Su madre no dominaba el idioma, pero dominaba el amor. Buscaba significados, preguntaba, señalaba e inventaba ejemplos. Convertía los errores en risas y, cuando Rafaella se frustraba y decía que no podía, su madre le respondía con una paciencia infinita: “Todavía no, pero pronto vas a poder”. Un mantra que, sin saberlo, se volvería poderoso y un regalo de amor

cargado de resiliencia.

Por las noches Rafaella lloraba sin saber por qué. Decía que le dolía el estómago o la cabeza, pero su madre sabía que su dolor no estaba relacionado con su cuerpo; su dolor era más profundo. En esos momentos la abrazaba sin hacer preguntas, escondiendo sus lágrimas, y le hablaba del país que dejaron atrás, de los lugares donde había sido feliz, no como una manera de anclarse al pasado, sino para recordarle que venía de una historia que merece ser contada y recordada.

Mientras la pequeña se dormía, la madre sostenía miedos que jamás quiso transmitirle. El proceso legal avanzaba a pasos lentos, cargados de incertidumbre. Había días de esperanza y otras noches de angustia y desesperación, pero aun así la madre aprendió a sonreír, a crear rutinas, a celebrar cumpleaños sencillos y a crear costumbres nuevas. Estaban construyendo un hogar seguro en medio de lo incierto.

Con el tiempo, la niña empezó a cambiar. Un día levantó la mano por primera vez, otro día dijo una frase corta en inglés sin bajar la mirada, empezó a hacer amigos en el recreo y a reírse con ellos. Rafaella empezó a sentirse parte de algo. Cada pequeño avance era una victoria silenciosa para su madre.

Un día cualquiera llegó a casa hablando en una mezcla casi perfecta de dos idiomas. Le contó a su madre algo que le había pasado en la escuela y, de repente, se detuvo y la miró con un poco de temor, como si hubiera hecho algo mal.

Su madre sonrió y la abrazó fuertemente; con los ojos llenos de lágrimas le dijo: “Ya ves que sí podías”. Entendió que su hija estaba construyendo un puente entre dos mundos.

Las preguntas difíciles no tardaron en llegar. ¿Por qué tuvimos que irnos? ¿Cuándo podremos volver? ¿Por qué su vida había cambiado? Su madre nunca le mintió. Eligió palabras cuidadosamente y le explicó con verdades que una niña pudiera sostener sin romperse. Le explicó que los adultos a veces toman decisiones dolorosas para proteger a quienes aman.

Cuando el asilo fue concedido, la madre lloró en silencio. No fue un llanto ruidoso, sino profundo, de alivio y agotamiento. Rafaella no entendía del todo, pero sintió que algo importante había cambiado. Esa noche durmió profundamente, sin saber que por primera vez en mucho tiempo su futuro estaba un poco más seguro.

Hoy, un año y medio después de su llegada, Rafaella camina entre dos idiomas, a veces tropezando, a veces avanzando con valentía.



Aprendiendo en la escuela la historia del nuevo país que habita y escuchando los relatos del país que la vio nacer de la voz de su madre, que se niega a aceptar que su hija crezca sin conocer sus orígenes. A veces sintiéndose especial y a veces diferente. Cuando duda, mira a su madre, que sigue ahí, aprendiendo, fallando y levantándose.

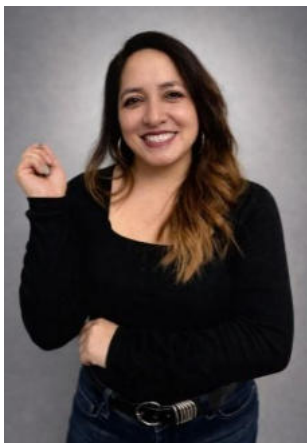
La madre no siempre tiene todas las respuestas. Todavía se equivoca, todavía se cansa, pero nunca deja de estar. Nunca ha dejado de repetir en cada momento de bajón o frustración el mantra que la acompañó: “Todavía no, pero pronto vas a poder”. Porque entendió que migrar no fue huir, sino amar de una forma radical. No solo cruzó fronteras, ella



construyó un refugio y, gracias a eso, Rafaella aprendió que se puede pertenecer a dos mundos sin perderse en ninguno, que se puede soñar sin tener miedo.

Que la fortaleza no se hereda, es una práctica diaria y constante.

Tania Carolina Rivera Pesantez



Mayra Alejandra Chiriboga Méndez, es

restauradora, museóloga y gestora de patrimonio cultural con más de una década de trayectoria en conservación, investigación y trabajo comunitario.

Radicada en Nueva York desde 2024, su labor actual integra el estudio del idioma con una profunda reflexión sobre la memoria, la identidad y los procesos migratorios. Su enfoque se centra en el diálogo intercultural y el trabajo participativo, explorando cómo la reinención personal puede convivir con la preservación de las raíces.

Busca transmitir que, aunque el tránsito hacia nuevos territorios es complejo, representa una oportunidad para redefinir el destino propio. Firme creyente en la resiliencia femenina, sostiene que la esencia y el origen acompañan siempre la construcción de nuevos horizontes, permitiendo habitar espacios distintos sin perder la identidad original.

TRÁNSITO DE RESPUESTAS

Nunca pudo decirse que aquella mujer partiera por una urgencia visible. No huía del hambre ni de la violencia, ni de una vida sin sentido u oportunidades. Dejaba atrás, en cambio, una existencia cuidadosamente construida: años de decisiones firmes, trabajo constante y una idea clara de quién debía ser en su mundo de mujer soltera, independiente y profesionalista. Tal vez por eso el movimiento fue tan inesperado. Aquella tarde abrió su computadora y gastó todas sus millas en un boleto sin

regreso. Para los demás, su vida parecía estable; para ella, algo no terminaba de quietarse, y ese desasosiego la empujó a iniciar un nuevo viaje en busca de respuestas.

Cruzó del sur al norte, del clima tibio a un invierno que la recibió con un silencio blanco. Durante las primeras semanas creyó que el traslado bastaría para calmar la inquietud. Pensó que el cambio de paisaje, de idioma y de ritmo obraría como un conjuro, porque ya lo había vivido antes: al dejar su casa tras graduarse, al cruzar el océano para continuar sus estudios. Pero algunas preguntas viajan ligeras, se esconden en los pliegues del equipaje, duermen en los bolsillos, se acomodan sin esfuerzo en horarios nuevos. Uno puede abandonar lo construido, mas no aquello que no tiene respuesta.

Lo que nació como un viaje de semanas se volvió meses, y los meses crecieron en un año que pasó sin anunciarse. En el nuevo lugar aprendió que lo más sencillo era acallar la mente con rutina y trabajo duro, dejar que el cuerpo tomara el mando para sobrevivir. Empezó a creer que marcharse había sido inevitable, pero poco después entendió que no se trataba solo de abandonar lo conocido, sino de continuar una transformación iniciada tiempo atrás y que, de pronto, la había empujado a irse.

Al habitar en una ciudad conocida como “la gran manzana” donde nada parecía extraño ni exigía explicación, pasó desapercibida sin esfuerzo. Era una más en un mundo que funcionaba como una isla y, en esa enormidad, dejó de fingir para encajar. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió simplemente ser.

Una tarde entró en una tienda y tomó unos *Converse* blancos que no necesitaba. Fueron los primeros zapatos que eligió por gusto desde su llegada. Al calzárselos, algo se aflojó en su pecho: el cuerpo reconocía una señal antigua. Era la adolescencia, la búsqueda de libertad frente a la educación recibida, el aprendizaje de cómo ser una “buena mujer”. Una decisión mínima, pero verdadera, que no nacía de la adaptación ni de la supervivencia, sino del deseo.

Caminó con ellos por la Séptima Avenida y comprendió, con una serenidad inesperada, que algo había terminado. Nueve años de vida se cerraban sin estruendo, como se cierran las estaciones cuando ya han dado todo. Allí el duelo encontraba su final: lo que se fue tenía que irse, y lo que venía aún no tenía nombre. Nada había cambiado y, sin embargo, todo había cambiado en ella.

Entendió entonces que la búsqueda no miraba hacia atrás, sino hacia el presente. Aquello que la había llevado a la diáspora no preguntaba si era capaz, sino si estaba dispuesta a conocerse. Porque, a veces, para sanarse, el exilio es necesario.

Entonces la mente empezó a ceder y comprendió que lo que dolía no era soltarlo todo, sino la exigencia de perfección: el sobreesfuerzo por cumplir deseos y expectativas que no le pertenecían, el intento de mantenerlo todo bajo control mientras el cuerpo resistía. Hasta que un día el cuerpo habló.

Toda lucha entre cuerpo y mente desequilibra cuando se asume que pueden funcionar por separado, dividir al ser en una guerra interna que no termina de aplacarse. Pero la naturaleza es sabia, y el desgaste mental, junto con la

resistencia del cuerpo, tenía que llegar a su fin. Así sucedió: cuando la mente aprieta, el cuerpo resiste para no dejarse morir.

Fue así como un día, al bajar del tren 7 rumbo a su nueva casa, el cuerpo pidió descanso. Lloró sin contención durante horas que se volvieron días. No era nostalgia ni un miedo preciso. Era la acumulación de preguntas sin respuesta, de exigencias heredadas, de una herida aprendida a disimular y de un cansancio profundo. La contención sostenida durante la partida y el nuevo inicio empezó a cobrar su precio.

Su nueva familia y los amigos recientes llegaron sin ser llamados. La sostuvieron sin pedir explicaciones. Quizá ellos, que llevaban años transitando sus propias diásporas, entendían el peso de la nueva vida, de las exigencias invisibles, de lo difícil que resulta sostenerse emocionalmente en las tierras del norte, donde una es y no es al mismo tiempo.

Ella sabía que no se trataba solo del peso del nuevo espacio. Era la reacción profunda del instinto humano ante el ser que continuaba formándose. Como un ave obligada a mudar pico y garras, el proceso dolía. No por elección, sino por necesidad.

El cuidado de quienes la apreciaban le permitió verse sin distracciones, ir más allá de lo evidente y derrumbar muro tras muro mental. Por primera vez se encontró en el centro, sin defensas, vulnerable, pequeña, desnuda frente a las grandes murallas que había aprendido a construir a lo largo de su vida. Haberlo dejado todo y luego entregarlo para adaptarse le abrió la puerta al autoentendimiento y a la sencillez de aceptarse así.

Desde el llanto y esa nueva mirada sobre sí misma comprendió que no era perfecta y que no tenía que serlo. Que amarse incluía aceptar luces y

sombras sin jerarquías y que la calma no siempre llega cuando todo se resuelve, sino cuando se deja de exigir una respuesta inmediata. El caos interno del éxodo tomó entonces su peso real: no era un castigo ni un error, sino una etapa necesaria. La caída emocional y física dejó de ser una amenaza, no porque desapareciera, sino porque dejó de asociarse al desborde y a la derrota.

La aceptación llegó con una visita esperada: sus padres. Tras un año sin verla, sus raíces vinieron a recordarle de dónde venía y de qué estaba hecha. Le trajeron la fuerza de la montaña y el calor de un sol que solo en la mitad del mundo sabe abrazar. Con su presencia, sin discursos, le ofrecieron la respuesta que buscaba y, entre días fríos, nevadas y luces de Rockefeller, la calma volvió.

Comprendió entonces que su historia había nacido más allá de su propio tiempo. Aquella frase tantas veces repetida en su trabajo —«quien no conoce su historia está condenado a repetirla»— dejó de ser teoría y se volvió identidad. Porque fueron sus padres, el retorno de lo seguro y conocido, quienes le permitieron ver que ya no pertenecía allí como lo había hecho durante años, sino que ahora lo hacía desde lo que estaba decidiendo y construyendo en el presente. El amor infinito, sin tiempo ni límites, sin expectativas, le devolvió la fortaleza y la valentía para seguir: dos cosas que parecían dormidas en ella, pero que siempre habían estado allí esperando ser vistas.

Cuando terminó diciembre, sus padres se despidieron en el aeropuerto. Al verlos marchar, frágiles y amorosos, sintió una gratitud profunda. Lloró al dejarlos ir, pero también se llevó la fuerza compartida y una frase antigua que la sostuvo: *Tupananchiskama*, “hasta que nos volvamos a encontrar”.

porque en sus tierras las despedidas no existen, y sabía que las raíces que llegaban con sus padres siempre habían estado allí y eran parte de ella.

Con el mensaje final de despedida de su madre —«Mijita, esto es parte de la vida; lo que cuenta es tu camino, tu felicidad. Así que acepta tu destino. Aunque estemos distantes, lo que nunca nos separará es el amor»— comprendió que el proceso de la partida seguía en marcha. Como una herida abierta, debía cicatrizar. Solo quedaban dos certezas: confiar en sí misma y aceptar que la libertad tiene su precio.

Salió del aeropuerto y caminó sabiendo que la vida no exige perfección, sino presencia. Que una mujer puede sostener su propio camino incluso cuando tiembla. Que irse no siempre es llegar a otro lugar, sino regresar a una misma de otra forma. Y así, sin promesas grandilocuentes ni finales cerrados, continuó andando, con la confianza como brújula, la vulnerabilidad integrada y la calma de quien sabe que, aunque el camino vuelva a oscurecerse, ya aprendió a atravesar la noche. Y sabía, inevitablemente, que más noches vendrían, porque la vida era lo que era.

Alejandra Chiriboga



Tamara Yolanda Rivera Andrade es

médica y salubrista ecuatoriana que reside en Alexandria, Virginia, desde hace tres años junto a su familia. Se desempeña como Consultora Internacional del Programa Ampliado de Inmunizaciones de la Organización Panamericana de la Salud (OPS/OMS), contando con una trayectoria de quince años marcada por el cambio constante y la adaptación a diversos contextos culturales en distintos países.

A través de su cuento, busca visibilizar la experiencia de las mujeres que dejan su país de origen, destacando su resiliencia y su capacidad de construir un "hogar en movimiento", transformando la pérdida de certezas en una oportunidad para aprender, reconstruirse y florecer en nuevos horizontes.

HACIENDO HOGAR EN MOVIMIENTO

A los cuarenta y un años, ella sabía con exactitud cuántas maletas y cajas habían sido necesarias para empacar una vida. No lo sabía por rutina, sino por memoria. Cada paquete, cada caja, cada maleta tenía un peso distinto: unas cargaban adornos de la casa, otras, ropa, otras, libros, documentos que certificaban quién había sido en algún lugar y quién intentaba seguir siendo en el siguiente. Pero había una caja más pesada, siempre presente, aunque invisible, donde viajaban las emociones acumuladas y la fe que la había sostenido.

Estaba de pie en la sala, rodeada de bultos y pertenencias, mientras sus hijos dormían en las habitaciones del segundo piso. La nueva casa, como todas las anteriores, aún no estaba llena de historias, pero ya estaba llena de promesas. Siempre era así: primero las cajas, luego la vida.

A los treinta y un años había cerrado por última vez la puerta de su oficina en el país que la vio partir. No fue un portazo, sino algo más difícil: una despedida silenciosa. Había construido un presente sólido, visible, respetado. Una carrera con proyección, un nombre que empezaba a reconocerse en los pasillos. Y, sin embargo, aquel día guardó sus pertenencias en una caja pequeña, como si su vida profesional cupiera en ella, y salió sin saber que tardaría años en volver a sentirse completa.

Migró no por necesidad, sino para acompañar a su esposo, quien iniciaba el periplo de funcionario internacional en una organización de salud. Pero migrar no fue solo cambiar de geografía: fue aprender a escuchar su nombre pronunciado una y otra vez en distintos acentos. Fue dejar atrás la cotidianidad, los amigos que no necesitaban cita previa, la comida que sabía a infancia, la familia que sostenía sin preguntar, y aprender a habitar la vida sin manuales, aun cuando ya se es adulta.

El primer destino fue una ciudad junto al mar, cubierta casi siempre por un cielo gris. Allí aprendió que el perdón también se trabaja; que sanar no siempre es olvidar; que reinventarse puede ser un acto de valentía. Se permitió mirarse por dentro con una honestidad nueva, acomodó piezas que había cargado durante años y se reconcilió con una de las personas más importantes de su vida.

Todavía no era madre, pero algo comenzaba a gestarse bajo ese cielo perpetuamente gris “panza de burro” que le enseñó que, incluso sin sol visible, la luz se filtra a destellos. No tenía nombre ni forma definida, pero era real: una versión más consciente de sí misma, menos intensa, menos dura, más compasiva. Allí comprendió que, antes de crear vida afuera, a veces es necesario volver a nacer por dentro.

La tierra catracha llegó con la promesa de la reinención, como si el país le ofreciera una segunda oportunidad para reconstruirse sin pedir explicaciones. Surgieron nuevas amistades, conversaciones largas, la sensación de volver a pertenecer. Aprendió formas de cuidarse que no estaban en ningún currículo formal, maneras de volver a habitar su cuerpo después de tanto desgaste emocional.

Al mismo tiempo, se fortaleció profesionalmente, retomando el camino que la conectaba con su vocación más profunda: la salud. Volvió a ejercer y, con ello, regresó una parte de sí que había temido perder. Se sintió útil otra vez, necesaria, reconocida. Entendió que su identidad como médica y salubrista no se había extraviado en el tránsito entre países; solo había esperado el momento adecuado para reaparecer. Su vocación no dependía de un cargo ni de un lugar fijo, sino de una convicción que viajaba con ella.

Pero ese mismo país también la enfrentó con el dolor más íntimo: la maternidad, que seguía negándose una y otra vez, sin explicaciones justas ni tiempos razonables. Cuatro embarazos fallidos. Tratamientos interminables. Años de espera. El cuerpo cansado de intentar; la mente, agotada de sostener la esperanza.

Aprendió allí que el duelo no siempre se llora en voz alta ni se comparte en sobremesas; que hay batallas que se libran en silencio, en la soledad de un baño, con una prueba negativa entre las manos y el corazón recomponiéndose antes de volver a salir al mundo.

Cuando dijo “no más”, cuando soltó la idea de ser madre como quien deja caer algo demasiado pesado, cambió de país. No fue una decisión heroica, sino un acto de rendición. El pulgarcito de América no estaba en sus planes emocionales ni espirituales; llegó con el corazón cansado y la esperanza en pausa. Y, sin embargo, fue allí donde, apenas un mes después de aterrizar, la vida decidió interrumpir su renuncia.

El diagnóstico fue claro y duro: un embarazo de alto riesgo que no dejaba espacio para la ingenuidad. El tiempo comenzó a medirse de otra manera: inyecciones diarias, limitaciones en el movimiento y en la dieta, vigilancia constante, el miedo persistente a un sangrado, a una pérdida, a que la historia volviera a repetirse. El cuerpo se volvió territorio frágil y sagrado al mismo tiempo.

También fue un tiempo de profunda fe, no ruidosa sino cotidiana, sostenida en la comunión diaria y en una confianza íntima que no necesitaba explicaciones. Cada mañana era una conversación silenciosa con lo invisible. Vivía aferrada a la esperanza de que, al final de esas cuarenta semanas, conocería al hijo que había esperado durante más de una década.

Ese país tenía un propósito: regalarles un hijo. No fue un camino fácil, pero fue profundamente transformador. Allí comprendió que la divinidad no la había llevado tan lejos para darle menos, sino para darle más. Mucho más de lo que alguna vez se había atrevido a pedir.

Después vino el Caribe, rodeado de mar y calma aparente, hasta que la pandemia cerró fronteras, calles y planes. El mundo se detuvo, pero su familia no. Encerrados, juntos, aprendieron a habitar el tiempo de otra manera. Los días se volvieron más lentos, más conscientes, y el hogar se transformó en refugio.

En medio de ese silencio global, volvió a ejercer de una forma distinta y descubrió que, incluso en el aislamiento, era posible tender puentes. La vocación encontró una nueva manera de manifestarse, sin paredes fijas ni horarios rígidos. Amaba lo que hacía: siempre aprendiendo, siempre en movimiento, incluso cuando el mundo parecía detenido.

Esa isla, sin anuncios ni estridencias, les regaló otra sorpresa: una segunda hija. Entonces comprendió que la vida no se mide en planes cumplidos, sino en milagros inesperados.

Después de algunos años en el Caribe, el cambio llegó. El destino final en la carrera de su esposo los condujo a un país sin pausas: más oportunidades, más exigencias, menos silencios. Aprenderían a vivir de prisa, a medir el tiempo en agendas, tráfico y compromisos. El futuro parecía claro para sus hijos, aunque el presente exigiera más de ella.

Pero ya no era la misma mujer que había salido de su país “la mitad del mundo”. Ahora sabía adaptarse sin perderse. Sabía mirar lo bueno incluso en medio del cansancio. Sabía, sobre todo, hacer hogar donde pisara.

Cada país había dejado huellas en ella, y ella había dejado algo de sí en cada lugar. No como pérdida, sino como siembra. Su historia no estaba hecha de abandonos, sino de transformaciones. En cada traslado había aprendido a perdonar, a esperar, a resistir, a confiar, a amar sin garantías.

Terminó de sacar los adornos de una de las cajas con el mismo cuidado con el que había aprendido a ordenar su vida. No sabía si la ruta cambiaría otra vez o si la vida tenía preparado otro destino. Ya no necesitaba saberlo.

Había aprendido que el hogar no siempre es un punto en el mapa, sino una certeza íntima: saber que, donde vaya, será capaz de vivir, amar y reconstruirse.

Apagó la luz de la sala. Las cajas y algunas maletas esperarían a ser abiertas al día siguiente. La caja invisible no necesitaba vaciarse; estaba lista para llenarse con nuevas vivencias y futuros posibles.

Ella, como siempre, continuó con la certeza tranquila de que ese era, ahora, su nuevo hogar.

Marina



Alejandra Balseca, reside en Estados Unidos desde hace varios años, motivada por el firme propósito de construir un futuro seguro para sus hijos, su esposo y su madre.

Comparte su obra, convencida de que las historias de vida son actos de valentía y amor que pueden inspirar a otros, transformar los desafíos en oportunidades, y mantener la ilusión de que el esfuerzo de los migrantes ayude a posicionar al Ecuador como un destino turístico de excelencia, demostrando que con fe y constancia es posible sembrar un mañana mejor para las nuevas generaciones.

CON ALAS DE ÁGUILA, CLARA LLEGÓ A NEW YORK

Dedicado a mi abuelita Clarita Reyes

Ella amaba el olor del café caliente y las humitas que preparaba su madre apenas nacía el primer rayo de luz detrás del majestuoso e imponente Cotopaxi, que aparecía sin permiso por su ventana.

De un salto se levantaba de su cama y, mientras peinaba su cabello castaño en largas trenzas, soñaba cómo sería guardar en una maleta vieja sus obligaciones, deudas y miedos, y usar por fin su pasaporte lleno de sueños.

Cada mañana, la idea de escapar de ese maravilloso lugar al que amaba y llamaba hogar la invadía. Revisaba su delgada cuenta de ahorros, sumando

y restando cuánto necesitaría para tomar el primer vuelo hacia lo desconocido.

Un día, mientras cosechaba maíz junto a su pequeño perro Chinflas, miró por largo tiempo al cielo, sorprendida al ver al águila que siempre rondaba por sus tierras, con sus garras largas y doradas, sus alas brillantes, blancas y grandes, y una altivez en su mirada que encantaba.

Esa noche, el águila aprovechó que Clara dormía; la tomó junto con su perro entre sus garras y hacia América del Norte la llevó, pues sabía que allí su propósito encontraría.

¡Clara abrió los ojos y, con todas sus fuerzas, abrazando a su perro, gritó!
—¡Podemos volar, Chinflas!

No podía creer lo que veía; existían edificios tan asombrosos, de todas las formas y tamaños, que casi llevaban a imaginar que, si subías a la punta, el cielo podrías tocar.

El águila dejó a Clara junto a la hermosa mujer que sostenía una gran antorcha.

—¿Quién es ella? —preguntó Clara.

—Tu aventura iniciará aquí. Ella representa la libertad, esa que, si la usas con respeto y amor, te llenará de dignidad —respondió el águila.

Clara paseó por la ciudad mágica que llamaban *la Gran Manzana*, donde ferris y trenes la rodeaban; todo parecía encajar en el mundo que la hacía soñar.

De pronto, Clara tuvo hambre, sueño y empezó a extrañar a mamá, pero todavía había mucho por explorar. Vio a alguien con la bandera de su país y preguntó:

—¿Eres ecuatoriano?

Con una sonrisa él contestó:

—Luis es mi nombre, ¿en qué te puedo ayudar?

Ella respondió:

—Soy Clara, acabo de llegar y un lugar para comer y dormir debo encontrar.

Luis le compró una pizza gigante y unas cuantas salchichas para su perro Chinflas, que movía la cola feliz. Luis advirtió:

—Clara, este lugar es muy hermoso para prosperar, pero debes saber que nuevas reglas, que no existen en nuestro país, tendrás que aceptar.

Clara todavía no entendía; todo al inicio parecía una aventura y no creía que nada malo pudiera pasar.

Luis, al despedirse, le dijo:

—Un trabajo tendrás que encontrar para saldar tus obligaciones; en este lugar todos tenemos impuestos que pagar. Te deseo suerte, Clara; recuerda que ahora otra cultura te espera y tu sueño con fe y valentía llegará.

Clara pensaba que su buen paisano exageraba. Cuando empezó su nuevo trabajo limpiando mesas, lo detestaba. Tenía que correr antes de que el

cliente se sentara; al jefe poca paciencia le quedaba y en inglés le hablaba. Ella, sin entender el nuevo idioma, veía cómo todo se complicaba.

Al fin su día libre llegó y fue al Central Park con su perro, dejándolo correr sin arnés. Un policía pronto la detuvo y le dijo que se llevaría a su perro si no lo cuidaba. Esa regla no le gustó; en casa su perrito corría libre por los grandes valles.

Otro día, Clara tenía mucho calor y quiso cruzar corriendo la calle. El semáforo estaba en verde y un carro a lo lejos se divisaba. Pensó: “No hay peligro si cruzo con precaución”. Pero el policía, por segunda vez, le advirtió:

—Las líneas blancas son para cruzar; de esta manera evitarás accidentes. Clara refunfuñó:

—Pero ese carro está tan lejos...

Clara llegó a casa y quiso escuchar música. A todo volumen sonaba Julio Jaramillo. Cuando ya daban las diez de la noche, ella aún quería cantar. Pero su vecino llamó y dijo que, si no bajaba el volumen, a la policía denunciaría. Esto molestó a Clara. ¿Cómo era posible que fueran tan estrictos y a las diez de la noche quisieran estar ya dormidos?

La aventura ya no le gustaba tanto, pero recordó lo que le dijo su paisano: si quería llegar a su propósito, debía aceptar las reglas.

A la mañana siguiente despertó y, agradeciendo a Dios por la oportunidad, decidió cambiar su actitud. Decidió aprender inglés, cumplir las reglas, aunque fueran diferentes y poner un granito de arena cada día.

Descubrió que le gustaba conversar con la gente y que ayudar a sus paisanos era lo más inteligente.

Clara entendió que ya no era solo ella; ahora la llamarían “la ecuatoriana”, y que en todo lugar donde estuviera, con su forma de ser, su país en alto debía poner.

El águila volvió a visitarla cuando la cortina de su habitación ya no se abría y con su perrito casi no reía.

—¿Qué pasa, Clara? ¿Por qué estás triste?

—Águila, ya no soy la misma. Cambié, pero estoy confundida. Esta cultura es muy exigente; trabajan sin mirar la hora y compran sin parar. Entonces pienso: ¿por qué, si somos muchos ecuatorianos, no creamos empresas y nos damos la mano? Quizás algún día podamos regresar a nuestro hogar y dejar una buena huella que valga la pena...

Clara hizo una pausa, mirando por la ventana los rascacielos que ya no le parecían ajenos. El mensaje estaba claro. Respiró hondo y sonrió. No era un final, sino un nuevo comienzo. Nuevos caminos vendrían: crecer, ayudar, construir y honrar sus raíces en nuevas ramas de tierra fértil.

Al día siguiente, después de su turno, no fue directamente a su cuarto. Fue a la biblioteca a estudiar inglés. Hacía ejercicio en Central Park y los sábados comenzó a reunirse con personas de otras culturas que le recordaban que era valiente. Con entusiasmo, descubrió que ser migrante también es honorable.

Entonces cerró los ojos frente al *World Trade Center* y reflexionó en aquellos que ya no están. Un 11 de septiembre alguien, sin compasión, rompió el

corazón de Nueva York. Pero con la misma fuerza defendiendo su libertad, la ciudad se reconstruyó y, de la mano de ciudadanos de todas partes del planeta, envió un mensaje lleno de convicción al mundo entero: todo aquel que llega a este país y prospera entiende que, ante todo, migrar es un acto de amor.

Colorín colorado, queridos ecuatorianos, dejemos en manos de Dios nuestro camino.

Ale Landolt



Jeanneth Carolina Cely Ramírez, reside en

Nueva York desde hace dos años, donde se desempeña en la limpieza de hogares, pese a que en el Ecuador contaba con una destacada trayectoria como coordinadora de una carrera universitaria y autora de literatura infantil.

Jeanneth tomó la difícil decisión de emigrar impulsada por la crisis económica y, fundamentalmente, por el profundo dolor de haber perdido a su único hermano varón a causa de la inseguridad. Tras el duelo, la escritura se convirtió en un refugio para honrar la memoria de su hermano y visibilizar las historias de resiliencia de la comunidad migrante.

MIRADAS, LAS VOCES QUE NUNCA CALLAN

Dicen que las despedidas siempre son tristes e inciertas, más aún cuando no sabes si volverás a mirar esos ojos de los que te despiden, esos brazos que te sostienen mientras te dicen que todo saldrá bien. Quedan los susurros de oraciones y plegarias para que, en el camino, todo marche en paz.

De mi madre me despedí en una madrugada. Ella llevaba a mi padre al hospital porque estaba muy mal; tenía ya un año recibiendo diálisis. Recuerdo que me bendijo y, con un beso en la frente, me dijo:

—Pase lo que pase, en esta casa no vuelvas hasta que todos tus sueños se hayan realizado.

Esa mirada, mientras tenga memoria, no saldrá de mi mente: la mirada de una madre sufriendo porque otro hijo más se va de casa. Y hoy imagino la mirada de miles de madres despidiendo a sus hijos, aquellos que muchas veces no llegan a la anhelada meta y se quedan sin aliento en el camino. Pienso en esas miradas tristes y vacías que gritan “no te vayas”, aunque las necesidades y el peligro obliguen a miles a marcharse.

Muchos migrantes cuentan que la última vez que vieron la mirada de sus madres fue el día de la despedida. Muchas de esas miradas se apagaron mientras sus hijos luchaban por llegar al anhelado norte.

Pero la despedida no es solo con mamá. Muchos también dejamos hijos del otro lado.

Cuando salí de mi país, mi hijo tenía catorce años. Recuerdo que me dijo:

—Mamá, oremos. Voy a darte algo que quiero que te acompañe en tu ruta.

Sacó de su bolsillo una pequeña cajita blanca. La abrió y, dentro, había un rosario de perlas. En una de ellas estaba estampado el rostro de nuestra Virgencita del Cisne. Lo tomó entre sus manos y añadió:

—Cuando sientas miedo o que las cosas están difíciles, tómalo entre tus manos y recuerda esta oración que hoy haremos juntos. Dios va a acompañarte y te llevará con bien, mamita.

Esas fueron sus palabras. Aún recuerdo su mirada, tan triste y brillante, despidiéndose de mí. Así fue mi despedida desde casa.

Sin imaginarlo, en el aeropuerto vería decenas de familias abrazarse y separarse. Miradas tan tristes, tan vacías. Miradas que hablaban de lo duro que puede ser el mundo y de cómo el miedo y la pobreza pueden llevarte a arrancarte de tu raíz para ir en busca de días mejores.

Cada persona que deja su tierra atraviesa ese instante en el que la mirada se vuelve brillante, y las lágrimas representan el grito que la voz no logra pronunciar.

En el camino escuché muchas historias. Vi tantos rostros. Las miradas tristes de los migrantes reflejan un profundo mar de emociones que no siempre pueden expresarse con palabras. En sus ojos se mezclan la nostalgia, el miedo y la incertidumbre: una carga invisible pero palpable que los acompaña en su travesía.

Son miradas que se pierden en el horizonte, como si buscaran respuestas en la distancia, o como si se despidieran de un lugar que quizá nunca volverán a ver del mismo modo. Se nota la fatiga en sus ojos, la huella de noches sin descanso y de largos caminos recorridos, llenos de desafíos y obstáculos.

La tristeza parece anidar en sus pupilas, pero también hay algo más: una chispa de esperanza que se niega a apagarse. Un anhelo por encontrar un futuro mejor, aunque aún no sea claro ni seguro. Es una tristeza silente, como un suspiro contenido, como un adiós que se queda atorado en el pecho.

A menudo, sus miradas están cargadas de historias no contadas: el dolor por lo dejado atrás, las familias que quedaron lejos, los sueños quebrados por las circunstancias. Pero también hay resiliencia, una fuerza que, aunque

oculta en la tristeza, les da la capacidad de seguir adelante, de buscar lo que les fue negado en su hogar, de intentar reconstruir lo perdido.

En esas miradas hay vulnerabilidad, pero también resistencia. Esa es la fuerza de millones de hombres y mujeres que atraviesan países y perforan fronteras; muchos con niños entre sus brazos, otras más valientes aún con niños en su vientre, huyendo de aquello que su patria no pudieron encontrar. Emprenden un viaje hacia lo desconocido que les exige más de lo que pensaban poder ofrecer.

Aunque sus ojos se llenen de lágrimas, su mirada sigue siendo un reflejo de la lucha constante por la dignidad y la vida, por un futuro que aún no está escrito.

Que la mirada de ningún migrante se apague jamás sin ver sus sueños cumplidos en el tan anhelado norte.

Jeanneth Carolina Cely



Melba Alexandra Arroyo Fabara reside en

Nueva York desde hace cinco años, donde acompaña su labor en la limpieza de hogares con el cuidado ocasional de adultos mayores.

La vida tiene altos y bajos, y es muy fácil disfrutar las mieles del éxito, sin tomar conciencia que son etapas que terminan. Las caídas y empezar de nuevo no lo enseñan en ningún colegio y universidad, por lo tanto, debemos prepararnos mentalmente para asumir nuevos desafíos, para ella, la salud mental es una tarea prioritaria.

MIGRAR PARA RENACER

Era una tarde de otoño, en Quito, por la mente de Alex pasaba, como una película en blanco y negro, el acontecimiento que la había marcado profundamente: la empresa, a la que dedicó 17 años de su vida, la había obligado a renunciar, sin que existiera una razón que para ella fuese válida.

Recordó brevemente esos 17 años, como si se tratara de una sinopsis apresurada de su propia historia. Entre 2016 y 2019, llegaron los años de bonanza para Alex. Fueron tiempos en que la vida parecía sonreírle sin reserva. Logró viajar a países como Panamá, Jamaica, Islas Vírgenes e inclusive al país que solo habitaba en sus sueños; Estados Unidos. Cada viaje era más que un destino, ella lo percibía como el premio silencioso a la constancia, disciplina y esfuerzo sostenido durante años, que la llevaría a consolidarse como una ejecutiva comercial exitosa, reconocida por su

desempeño y compromiso dentro de la empresa *WS Company*.

La herida de injusticia la llevó por situaciones y experiencias que no llenaban sus expectativas. Cada día se daba cuenta que su búsqueda de éxito no sería igual al que vivió en su antiguo trabajo.

Negocios fallidos, herramientas insuficientes para trabajar, excompañeros de profesión que se habían convertido en competencia y que desprestigiaban una imagen íntegra frente a sus antiguos clientes, sumado a un salario incapaz de cubrir las necesidades de una vida clase media alta, la hicieron sucumbir. Los días pasaban, la depresión emocional y financiera crecía y pesaba como un silencioso muro que cercaba a Alex.

En un contexto de pandemia, Alex no encontraba el rumbo a seguir, las deudas, el duelo de haber perdido su empleo, nuevos intentos y fracasos laborales, emprendimientos y situaciones emocionales muy difíciles la hacían sucumbir en la idea de escapar de la realidad que vivía en Quito.

Por lo que un día, mientras revisaba cuentas y hacía números, apeló a un recurso que jamás imaginó considerar como opción final: migrar. Veinte años atrás su sueño era viajar y residir en Estados Unidos, sin embargo, dos intentos se vieron frustrados al no cumplir con los requisitos para obtener un visado. Aquellas puertas cerradas fueron el incentivo para dedicar su vida a trabajar.

Esta vez, la decisión era inevitable: un ticket de avión Quito - Miami - Nueva York que costaba menos de ochenta dólares, una maleta con lo más básico para sobrevivir dos semanas; setecientos dólares en efectivo que su madre le había prestado y, en su corazón, muchas dudas, miedo e incertidumbre. Todo le impulsó a partir.

El 13 de septiembre de 2020, voló con destino a Nueva York. No hubo tiempo para despedidas tristes ni mensajes de nostalgia, solo la adrenalina de lo desconocido y esperanza de un nuevo comienzo. El viaje no fue traumático, como suele contarse en muchas historias de migrantes, fue extraño y placentero a la vez. Disfrutó la comodidad de viajar en avión, recordando los viajes de turismo, sabía que este sería el último viaje, y que el retorno, si acaso existía, era completamente incierto.

Geova, su hermana, la recibiría. Ella vivía 10 años en Nueva York junto a su esposo e hijos, eran ciudadanos estadounidenses. Alex y Geova compartieron la infancia y parte de la adolescencia juntas, pero Estados Unidos cambia a las personas y eso también se nota en quienes ama.

El recibimiento fue cortés, un abrazo rápido y una bienvenida cargada de preguntas, sobre todo la prisa de encontrar trabajo para Alex se había convertido en prioridad. Porque en Estados Unidos; “cada día que no trabajas es un día sin ingresos y por ende no comes”. Así que literalmente Alex bajó del avión directo a una entrevista de trabajo en Long Island.

Durante el trayecto, Geova explicaba en qué consistía el trabajo, Alex escuchaba sorprendida y se paralizó por el miedo. Cuidar un bebé era el trabajo, una familia judía la esperaba. El inglés aprendido en la universidad y colegio parecían ser su única habilidad segura, sin embargo, los nervios y el desconocimiento total de la cultura y creencias judías se alzaban como la barrera más grande que había enfrentado.

Aun así, aceptó el trabajo... y la familia la contrató. El primer día fue un desafío: había que aprender sobre la cultura, adaptarse a este nuevo oficio, y, sobre todo, descubrir cómo movilizarse en Nueva York. Poco a poco las expectativas de conseguir un trabajo de oficina o administrativo se

fueron alejando. Su estatus migratorio, sólo le permitía aplicar a trabajos de cuidadora de niños (niñera) o limpieza (*housekeeping*), lejos quedaba la experiencia laboral y la carrera universitaria en el nuevo comenzar de Alex.

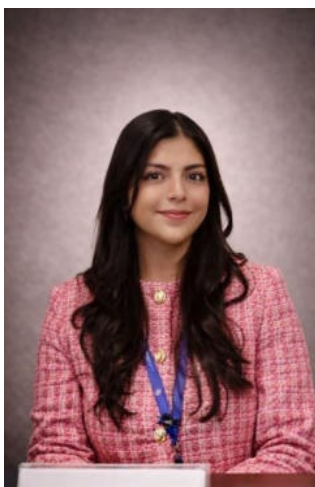
Si bien fueron años de trabajo duro, adaptación al sistema, cultura y demás desafíos que enfrenta un migrante, llegaría el año 2024, con nuevas situaciones como: problemas emocionales, cansancio físico, traumas de la infancia, un torbellino de emociones que le hicieron darse cuenta que su vida había transcurrido usando máscaras para vivir una vida en aceptación de los demás, en especial de su familia y círculo social.

Depresión, insomnio, ansiedad resquebrajaron su salud, lo cual tuvo repercusiones económicas y la salud mental de Alex. Marcelia, su hermana que vivía en Ecuador, había emigrado en octubre 2020, ella se convirtió en su apoyo incondicional, su presencia y el vínculo que las unía fueron piezas claves para que Alex supere poco a poco su crisis.

Alex y Marcelia unieron fuerzas para salir adelante, para el año 2025 ya habían cubierto el 90% de sus obligaciones financieras, aquel valor trabajando en Ecuador hubiera sido casi imposible de alcanzar en 5 años.

La vida en Estados Unidos le ha servido para entender que migrar le dio la oportunidad de renacer y ser lo que siempre fue, ahora sin máscaras, sin prejuicios, amando desde el alma, soltando la culpa, dejando de victimizarse y aprendiendo que cuando el corazón y cerebro son capaces de conectar, la creación de nuestra propia realidad es posible para vivir una vida feliz.

Melba Alexandra Arroyo



Sophia Cherrez Niveló, cuencana

enamorada de su país y de la calidez de su gente, radicada en Nueva York desde hace poco más de un año.

A través de su obra, busca comunicar la experiencia compartida de quienes parten con sueños en la maleta y la valentía anudada en la garganta. Rinde homenaje a la identidad y resalta que el proceso migratorio, con sus sombras y luces, merece ser sentido, escrito y siempre recordado.

EL VUELO DEL MATRICERO

Tras meses de hostigamiento amable y sobornos apetitosos en cada café de las cuatro de la tarde, ritual cuencano más persistente que la fe, Victoria, la última heredera de un largo linaje de coleccionistas de historias me entregó finalmente un cuaderno de tapa de cuero. En la portada, con una caligrafía firme, se leía: *El vuelo del matricero*.

Me apresuré a mi departamento con la emoción que siente un niño al recibir su juguete favorito y, en la intimidad de mi habitación, comencé a leer.

No fue sino hasta avanzar varias páginas que entendí algo esencial: esa no era una historia lejana ni ajena. El cuaderno hablaba de una cocina en Queens, de cafés negros al amanecer, de silencios compartidos. Hablaba

de un hombre serio y reservado con quien Victoria había vivido desde que migró de Cuenca a Nueva York.

Ese hombre se llamaba César.

Victoria lo conocía como su tío. Habían compartido casa durante un par de años, pero no una conversación verdadera. César era un hombre de rutinas inquebrantables: las mismas botas de trabajo, el mismo horario, el mismo silencio. Para ella, era una presencia constante y opaca, como esas paredes que sostienen una casa sin pedir ser miradas.

Hasta la tarde en que, casi sin darse cuenta, Victoria le preguntó qué soñaba.

César no respondió de inmediato. Miró su taza de café como si ahí flotara la respuesta.

—Regresar a Cuenca —dijo al fin— y tomar un café pasado sin apuro.

La sencillez del sueño la desarmó. Fiel a su oficio, Victoria quiso saber más.

No dijo nada de inmediato. Escuchó a su tío como había aprendido a escuchar las historias importantes: sin interrumpirlas, sin tratar de ordenarlas. César hablaba con la mirada fija en la mesa, como si las palabras no le pertenecieran del todo.

Le contó que en Cuenca había sido matricero. Que amaba ese trabajo: moldear el metal, medirlo al milímetro, saber que una pieza mal hecha podía arruinarlo todo. Le habló de los amigos migrantes que regresaron de visita, cargados de promesas y cifras que parecían imposibles. Le habló de su hijo, pequeño entonces, y de ese miedo persistente a no ser suficiente.

Cuando llegó a este país, se acercó a una fábrica de partes de avión. Aves metálicas, enormes. Pensó que ahí estaba su lugar. Le pidieron un título. Le pidieron inglés. César no tenía ninguna de las dos cosas.

Ahí terminó el sueño.

No de golpe, sino como terminan las cosas que importan: en silencio.

Desde entonces —dijo— había trabajado en lo que apareciera. Había aprendido a no preguntar demasiado.

Victoria sintió que algo se cerraba dentro de ella. O tal vez que algo, por fin, se abría.

Porque mientras César hablaba, Victoria no escuchaba solo a su tío: se escuchaba a sí misma. Recordó su llegada, su título cuidadosamente doblado en la maleta, las expectativas que no cabían en ningún idioma, los trabajos aceptados con la promesa íntima de que serían temporales. Recordó el gesto automático de ajustar el sueño para que encajara en la realidad.

Comprendió entonces que llevaba años viviendo la historia que intentaba coleccionar.

La tristeza no fue estruendosa. No hubo lágrimas. Fue una tristeza clara, precisa, como una pieza que por fin encuentra su molde. Entendió que cambiar de sueño también cansa, que duele, y que nadie enseña cómo hacerlo sin perderse un poco.

Esa noche, cuando se encerró en su cuarto, Victoria no escribió nada. No hacía falta. Por primera vez, estaba dentro de una historia viva. Una que

respiraba, que seguía ocurriendo incluso cuando nadie la nombraba. Una historia que no le pertenecía solo a César ni solo a ella, sino a cada migrante que había llegado persiguiendo un sueño y había aprendido a caminar con otro.

Frente al espejo, Victoria sostuvo su propia mirada. Pensó en su tío, en sus manos marcadas, en su silencio persistente. Y entendió algo que no estaba escrito en el cuaderno: César sí había sido matricero. No de metal, sino de alas. Había moldeado, sin saberlo, las alas que ahora a ella le permitirían volar distinto.

Cerró el cuaderno con cuidado, como se cierran las cosas que aún laten.

Sophia A. Cherez Niveló



Joseline Samantha Alvarado Averos reside

en los Estados Unidos desde hace aproximadamente tres años y se desempeña profesionalmente como asistente en una compañía de autobuses escolares. Su decisión de participar en este proyecto literario nace de una profunda sensibilidad hacia el dolor y las vivencias de la comunidad migrante,

realidades que ha observado de cerca en su entorno familiar y que ha experimentado de manera personal.

Crecer como hija de migrantes le permitió comprender que este proceso no solo implica cruzar fronteras geográficas, sino que deja huellas profundas en la identidad. A través de su poema, Joseline busca exaltar la fuerza inmensa de las mujeres migrantes, su capacidad de entrega incondicional y su resiliencia para sostener a sus seres queridos incluso en la adversidad. Su obra se presenta como un acto de reconocimiento y justicia poética, otorgando voz y nombre a aquellas mujeres que, aunque esenciales para la sociedad, a menudo permanecen invisibles.

CRÓNICA DE LO QUE NO SE NOMBRA

No fue la ciudad la que levantó a las mujeres.

Fueron ellas quienes sostuvieron la ciudad, día tras día, con las manos cansadas y la voluntad intacta.

Las ciudades parecen indestructibles, pero dependen de lo invisible. Se sostienen con manos que trabajan mientras otros duermen, con gestos que nadie recuerda, con mujeres que llegan con el alba y solo se van cuando el silencio ya lo cubre todo. Cruzan estaciones, pasillos, calles que no les pertenecen. Nadie les pregunta por sus sueños ni por sus historias. Solo importa que estén ahí; que lleguen, que hagan posible el día de otros.

Las manos de las mujeres migrantes cargan mundos enteros que nadie reconoce. Saben de madrugadas que pesan en los huesos, de dedos adoloridos y muñecas que sostienen más de lo que deberían. Sostienen casas que no son suyas. Camas donde duermen otras personas. Cocinas ajenas llenas de comida que nunca probarán. Dejan todo en orden y se van sin dejar rastro. Invisibles, eficientes, reemplazables.

Así funcionan: si faltan, alguien se queja; si están, nadie lo nota.

Las ves limpiando oficinas donde otros sueñan en grande, pero nadie se detiene a pensar quién deja los escritorios brillando para que esas ideas existan. Están en hospitales, cuidando cuerpos que no son los suyos, calmando dolores en un idioma aprendido a fuerza de vergüenza y paciencia, mientras esperan en el celular un mensaje breve que diga que en casa todo sigue en pie, aunque no siempre sea verdad.

Sostienen hogares que no habitan. Envían dinero como quien envía amor envuelto en sacrificio. Pagan escuelas, doctores, zapatos nuevos para hijos que crecen lejos. Sostienen madres que envejecen a la distancia. Mantienen en equilibrio vidas que no pueden tocar.

Trabajan de sol a sol. Y cuando el cuerpo ya no da, sigue el alma.

Nadie habla de sus manos: manos partidas por el frío, por el cloro, por el jabón barato. Manos que cargan, limpian, cuidan, curan. Manos que escriben mensajes diciendo “te extraño” sin llorar. Manos que no salen en la foto, pero están en todo.

Detrás de los grandes edificios hay manos de mujeres migrantes. Detrás de los pisos brillantes, de las camas hechas, de los niños cuidados, de los ancianos acompañados. Detrás del progreso ajeno hay espaldas que duelen y corazones que resisten.

A nadie le importa cómo se sienten, solo que lleguen, que no falten. Y aun así, sonríen. Porque aprendieron que la sonrisa abre puertas que los papeles no. Porque mostrarse fuertes se volvió una necesidad, no una elección. Son fuertes, pero no porque quieran, sino porque no les dieron otra opción.

Lloran en baños de trabajo, en buses, en esquinas donde nadie mira. Lloran cumpleaños perdidos, abrazos que llegaron tarde, Navidades por videollamada. Lloran sin permiso. Luego se lavan la cara y vuelven a salir. Porque alguien depende de ellas. Siempre alguien depende de ellas.

Con los años, el cuerpo empieza a cobrar. Duelen las rodillas, la espalda, las manos. Pero más duele no poder enfermarse. No poder detenerse. No poder caer. Porque si ellas caen, algo más cae con ellas. Basta con que una falte para que todo se note: el orden se rompe, el día se desarma, la rutina falla. Entonces alguien se queja. Nunca alguien agradece.

Si algún día esta ciudad se detuviera a mirar de verdad, entendería que sus cimientos no están hechos de acero ni de concreto. Están hechos de manos. Manos de mujeres. Manos migrantes. Manos cansadas que temblaron, pero no soltaron.

Dicen que son invisibles, pero lo invisible no sostiene ciudades, no mantiene hogares en pie, no levanta países enteros. Si algún día estas mujeres dejaran de llegar primero, el mundo lo sentiría de inmediato. El silencio sería más fuerte que cualquier discurso. El desorden hablaría por ellas. La ausencia explicaría todo lo que nunca se quiso reconocer.

Una noche cualquiera, cuando todo esté en orden y nadie lo note, una mujer migrante llegará a casa con las manos cansadas. Se sentará un momento en silencio. No contará cómo le dolieron las piernas, ni cuánto miedo sintió, ni lo sola que se sintió ese día. Mañana hay que volver a empezar.

En otra casa, lejos, alguien dormirá tranquilo porque ella sostuvo el día. Un niño tendrá comida, una madre tendrá medicinas, una familia seguirá en pie sin saber exactamente cómo. Así funciona su amor: no se ve, pero no falla.

Nadie escribirá su nombre en una placa. Nadie sabrá a qué hora llegó ni cuánto aguantó.

Pero cuando cierre los ojos, aunque sea por unos minutos, el mundo seguirá funcionando gracias a ella. Y si algún día ya no puede, si un día el cuerpo dice basta, no será solo su cansancio lo que se note. Se notará el vacío que deja. El silencio que pesa. El desorden que aparece cuando falta quien siempre sostuvo.

Tal vez entonces alguien entienda que esa mujer no estaba “ayudando”. Estaba sosteniendo la vida. Y que, durante todo este tiempo, mientras nadie miraba, mientras nadie agradecía, mientras nadie nombraba su

esfuerzo, fue ella —fueron ellas— quienes mantuvieron el mundo despierto.

Con las manos.

Con el cuerpo.

Con el corazón.

Samm Alvarado



Paulina Rubio Moreno, radicada en Nueva

Jersey desde hace más de veinte años. En su labor como consejera clínica, trabaja principalmente con niños y adolescentes de contextos urbanos, acompañando procesos marcados por la adaptación, la pérdida y la resiliencia.

Su poema, una prosa poética que surge en la intersección entre el amor inocente de la adolescencia y las complejas realidades de la adultez migrante, donde los afectos se negocian con la distancia y el tiempo. Paulina explora la ironía de recorrer medio mundo para reencontrarse con el amor en el mismo punto de partida, habitando esos momentos formativos donde lo único garantizado es el acto de estar presentes.

(DES)REENCUENTRO

Ella

El tiempo es un misterio que nadie logra descifrar del todo. Veinticinco años suenan a una eternidad cuando se dicen en voz alta, pero hay momentos cuando te escucho, cuando te pienso en los que esos años se deshacen como arena entre los dedos y me encuentro otra vez con la mujer que fui contigo: dulzura, honestidad, inocencia.

Volverte a encontrar no se siente como un accidente. Se siente como algo que se negó a cerrar del todo. Como una puerta mal entornada que el tiempo no logró clausurar.

No hemos necesitado vernos todos los días para saber que hay algo profundo. En cada mensaje, en cada palabra tuya, hay una naturalidad que no se explica. Como si el tiempo hubiera estado trabajando en silencio para este momento.

Él

Hoy recibí una noticia que no esperaba. Un diagnóstico tiene esa forma: aparece como una grieta en la montaña y, de pronto, todo se detiene. El aire cambia. El cuerpo entiende antes que la cabeza.

El miedo apareció, claro. Pero entre todo eso surgió algo más fuerte: tú. Pensarte fue inmediato. Pensar en tu manera de estar, de acompañar sin exigir, sin huir, sin intentar arreglarlo todo. En cómo haces que incluso los días difíciles se vuelvan habitables.

Gracias por no soltarme cuando tiemblo. Por tu paciencia, por tus silencios que calman más que cualquier palabra. Por esa presencia tuya que basta para hacerme sentir en casa.

Ella

Han pasado tantos años desde aquel primer encuentro, cuando apenas éramos adolescentes. Éramos casi niños y, sin saberlo, dejamos sembrada una semilla que el tiempo guardó en silencio. Cada uno siguió su camino, con historias distintas, con alegrías y heridas que nos trajeron hasta aquí.

Sé que hoy tu vida atraviesa decisiones complejas. No quiero ser carga ni presión. Quiero ser presencia. Apoyo. Un lugar donde el ruido baja.

A veces pienso que la vida no tiene momentos perfectos. Tiene momentos: inesperados, confusos, luminosos a ratos. Pero siempre llegan por algo. Y creo que este reencuentro no es casualidad, sino una forma que encontró la vida de unir lo que todavía tenía que encontrarse.

Él

Es extraño lo natural que todo fluye contigo. No hay esfuerzo. No hay actuación. Cuando pienso en volver a verte después de veinticinco años, no es el deseo lo primero que aparece, sino la certeza de que voy hacia ti. Como la mujer de hoy. La mujer real.

Lo que más anhelo es poder decirte, sin pantallas ni filtros, que te amo. A ti, ahora. Por lo que fuiste entonces, sí, pero sobre todo por lo que eres hoy.

Ella

Recuerdo pocos detalles de aquella tarde. Sé que era verano, pero no recuerdo si julio o agosto. Mi familia estaba en pleno proceso de repatriación, después de años que arrancaron cosas sin pedirme permiso. Viejo país, nuevo inicio.

Me dejaron en casa de mi abuela mientras empacaban nuestra vida y la memoria del hermano muerto en cajas. No recuerdo haberme despedido bien de mi casa ni de mis amigas. Recuerdo, en cambio, la soledad. El cansancio de volver a empezar.

En medio de todo eso, apareciste tú.

Un balcón. Música. Risas torpes. Cuerpos adolescentes aprendiendo a existir. Cabello castaño, ojos verdes, un hoyuelo en la quijada. No recuerdo las palabras. Recuerdo el cuerpo reaccionando antes que la cabeza: nervios, excitación, la urgencia de mirarte y el miedo de sostener la mirada.

Años después supe ponerle nombre: amor a primera vista.

Él

Hubo salidas a escondidas, cafés, cines, caminatas sin palabras. Luego llegó la distancia, antes de saber nombrarla. Nos perdimos en el ruido del colegio, en la torpeza de aprender a ser, a vivir.

Tú armaste una nueva identidad lejos, poniendo tierra de por medio a los fantasmas y traumas de la infancia. En la planicie y selva de cemento de una tierra que no te acaba de acoger, pero a la que ya estás atada con sangre y sudor.

Yo, en el mismo lugar y en ninguna parte. Reinventándome mil veces, encumbrando montañas y saltando abismos, en busca de algo que me hiciera sentir vivo, aquí. Buscándote en todas partes, sin saber que era tu ausencia lo que me guiaba.

Ella

El reencuentro fue real. Un aeropuerto. Un pasillo lleno de gente. Quince pasos eternos. Tu mirada firme. Las manos en los bolsillos. El abrazo torpe. El beso después de media vida.

Caminar juntos ya no como niños ni como fantasmas, sino como adultos que saben que esto es frágil, complejo y verdadero.

A ratos quise reclamarle al universo el tiempo perdido. Pero entendí que para llegar aquí tuvimos que caminar solos. Prefiero este ahora. Cada bueno día. Cada te amo dicho sin promesas imposibles.

Él

Sé que el amor no se sostiene solo con palabras. Requiere verdad, compromiso, valentía. No sé qué nos espera, pero sé que lo que siento sobrevivió a la prueba más dura: el tiempo.

Eres mi certeza en medio de tantas dudas. La manera amable en la que me recuerdas quién soy cuando el miedo aparece. Reencontrarte no se siente como rescate, sino como recuerdo de mí mismo.

Ella

Sé que amar no siempre es quedarse. A veces es aprender a leer el momento con honestidad, sin forzarlo, sin empujarlo hacia una forma que todavía no puede sostenerse.

No todo lo que es verdadero puede vivirse de inmediato. Pero eso no lo vuelve menos real.

Por ahora, solo sé esto: me quedo. No por inercia ni por miedo, sino porque quiero. Porque escojo aquí y ahora.

Me quedo porque, a nivel celular, estoy fundida en ti. Porque algo en mí te reconoce sin esfuerzo, sin cálculo, sin defensa.

No sé qué forma tomará después. No sé cuánto durará ni hacia dónde irá. Sé, eso sí, que este espacio existe. Y que merece ser habitado.

Ellos

¿Cuál es el punto? ¿Dónde está la lección?

Una vida entera caminando como errantes por el mundo, coleccionando heridas y medallas de batalla, construyendo historias con otros personajes, para encontrarnos ahora, en la conciencia de lo imposible y la certeza de lo eterno.

Quizá sea el destino, que entiende que solo nosotros tenemos la capacidad de sostenernos en estos momentos de quiebre. Quizá los dioses, cansados de jugar con nuestras vidas, sintieron lástima de nuestras almas vagabundas y nos permitieron habitar esta realidad suspendida por unos breves segundos.

Quizá hay un final feliz, escrito en clave, que aún no hemos logrado descifrar, pero que ya está predeterminado.

Quizá.

Quizá.

Paulina Rubio



Diana Edydh Cárdenas Flores, Coach

de Vida certificada por *The City College of New York* y la *International Association of Professional Recovery Coaches (IAPRC)*, autora *best seller*, guía literaria y mentora de liderazgo. Es autora del libro *Reflexiones para Edificar el Alma. A pesar del tiempo y los procesos*. Y el libro *Mujeres que se atreven a superar Limites Volumen 6*.

Además, es cofundadora de *Sun Angel Blossom*, una marca de joyería con propósito creada junto a su hija, que simboliza la belleza de la transformación humana. También facilita las mesas de transformación “Más allá del éxito” de John C. Maxwell, acompañando a personas en procesos de crecimiento personal y liderazgo con propósito. Su mensaje invita a reconocer que cada proceso forma parte del camino hacia el crecimiento y la plenitud, recordándonos que incluso en los momentos más desafiantes es posible florecer y dejar huellas de un legado con propósito. Como ella expresa: “Ama el tren de la vida en el que te ha tocado viajar. Recuerda que naciste con un propósito; procura dejar semillas de amor, paz y gratitud, y siempre sonríele a la vida”.

EL DESPERTAR DE UN PROPÓSITO

INQUEBRANTABLE

Dedicatoria: A mis hermanas migrantes, que, con manos cansadas y fe inquebrantable, decidieron florecer en tierra ajena.

Entre el viento, la brisa y el atardecer, llegará el recuerdo de tus años de migración.

Risas, llanto, esperanza y desesperación; frustración y mil emociones inundarán tu alma en lo más profundo.

El sueño de una mejor vida, familias separadas por un anhelo del corazón... Llegar a ese momento donde cruzas al punto de tu inicio, a este lugar donde Dios no te ha dejado. Su voluntad ha sido perfeccionada en tu vida de manera constante; su tiempo, indiscutiblemente, es perfecto.

¡Si sabes que eres el producto de noches de desvelo! Te convertiste en amiga de la escoba, de los baños, de la joyería, la construcción, de los hilos y agujas. De máquinas de coser, fuiste amiga de la desesperanza, de las lágrimas, de la lluvia de problemas y de la continua queja.

Pero Dios te estaba probando; te llevaba, sin darte cuenta, a este terreno que hoy pisas con fuerza y amor.

Tenía reservado para ti el mejor vino, mientras la vasija se llenaba, y sin notarlo, tu instinto de supervivencia despertaba en ti.

Las cuentas, aquellas que veías impagables, se fueron consolidando. El conocimiento que adquiriste hoy no tiene precio; la experiencia vivida es

tuya y te has apropiado de ella. Esta es tu historia, es tu voz que la aflicción ya no puede callar.

Las noches de insomnio hoy son la revelación del plan diseñado para ti. Los momentos donde no había ni para comer te hicieron fuerte, y sabes que te han hecho depender de quien es tu Dueño y Alfarero: Dios.

El coraje y la valentía de poder salir adelante, esa actitud positiva, es algo que nadie te puede quitar. En este presente, tu posición ya no es la misma de hace años atrás; brillas con luz propia, con un amor propio que nadie más te arrebatara.

Hoy, el fruto de tu esfuerzo se ve reflejado en el amor a tu familia, en tu negocio que prospera a diario y en tu fe absoluta. Ahora tus capacidades están al servicio de tu comunidad; sonríes y declaras victoria en tu vida porque eres valiosa, amada y naciste para brillar.

Si somos migrantes, somos sinónimo de perseverancia, y con orgullo hoy podemos decir: "¡Triunfamos en una tierra ajena!"

Diana Edydh Cárdenas Flores



Yuleisy Tatiana Yuquilema Andrade, es

una mujer ecuatoriana que concibe la migración no como un escape, sino como una oportunidad de expansión personal. Radicada actualmente en Nueva York, compagina su formación superior en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales con un programa de intercambio cultural.

Cuenta con una trayectoria destacada por méritos estudiantiles y experiencia en organismos de cooperación internacional y ha cultivado además el estudio de diversos idiomas. Presenta el poema "Guambrita", término quichua que designa a la mujer joven, una obra que explora la transición entre la nostalgia por sus raíces y la construcción de una nueva libertad en el norte.

GUAMBRITA

El río no sabe hacia dónde fluye.

Solo fluye.

Y antes de ser piedra, yo fui agua, Guambrita.

Fui caudal que brotó de los hilos de plata en el páramo,

y al crecer, los afluentes de mi infancia se quedaron atrapados en mi garganta

mientras era arrancada de la tierra que me dio el nombre para ser cauce en una geografía extraña.

Mi madre me decía al despedirme:

“No llores, Guambrita”,

pero sus ojos eran dos lagunas de angustia que aún me persiguen.

Con ese susurro trenzado a mi espalda, surqué mil fronteras,
cargando un país en mi cauce.

Pero nadie me dijo que, al recorrer mis meandros,
me cruzaría con piedras más pesadas que mis propios miedos.

“Vamos, Guambrita”, me decía,

y como raudal impaciente recorrí madrugadas y atardeceres,
arrastrando conmigo mi esperanza.

Entonces encontré el mar,

y hoy mis palabras saben a despedida y sal.

Migrar no es solamente fluir,

es desbordarse,

es cambiar las aguas tranquilas

por la incertidumbre del mar,

donde las olas te rompen sin previo aviso,

donde buscas las estrellas que ya no se ven,

pero se sienten como astillas de hielo quemándome los ojos.

“Fuerza, Guambrita”,

repetía el eco de su voz

cuando las estaciones me mordían los dedos.

Vi pasar el otoño,
que dejaba caer sus hojas
como quien deja morir un recuerdo.

Y cuando la tormenta llegó,
empecé a congelarme,
aguantando el peso de un invierno que no es mío,
y comencé a buscar el rastro de un sol
que está ahí, pero ya no calienta,
un sol que brilla, pero ya no abraza.

Y escuché, por última vez:
“Aguanta, Guambrita”.

Pero el agua, aunque se congele, no olvida su camino.
Aprendí que mis pies no son de donde pisan, sino de dónde vienen, y que
la lucha no es contra la distancia, sino contra mí misma.

Me vi al espejo, sola en la ciudad de los rascacielos,
y tuve que ser yo quien se tomara de la mano,
mientras me decía:
“Levántate, Guambrita”.

Y sentí que mis aguas fluían más fuertes que nunca.

Pero no crean que el norte me ha roto, aunque me vean tritar bajo este
cielo de cristal.

New York no me ha quitado nada;
me lo ha dado todo a la fuerza:
me dio el hierro en las piernas y la claridad en la mirada.

Y hoy soy una Guambrita que estudia el mundo para cambiarlo,
una mujer que aprendió que su río es tan grande
que ya no cabe en un solo país.

Sueña, Guambrita,
me digo a mí misma,
porque tú eres el agua que rompió el pavimento,
tú eres el río que encontró su propio mar.

Y hoy, aunque el alma me duela de tanto haber andado,
miro al cielo de Queens y entiendo que mi hogar
no es un mapa, sino este fuego que cargo.

Porque, al final del día,
sigo siendo yo,
la que nunca dejó de ser tu Guambrita.

Yuleisy Yuquilema

“Ecos de Y”



Valeria Armas, creativa, curiosa y emprendedora. Su voz nace de la experiencia migratoria vivida desde la introspección y la valentía, explorando las emociones complejas que atraviesan a quienes construyen una vida lejos de su país de origen.

Su mensaje principal gira en torno a la valentía de migrar sin romantizar el proceso: reconocer la nostalgia sin culpa, abrazar la incomodidad de los nuevos comienzos y reivindicar la fuerza silenciosa de las mujeres que reconstruyen su identidad en otro territorio. Su narrativa invita a habitar la dualidad y a entender que migrar no es perder un hogar, sino aprender a sostener más de uno en el corazón.

CON EL CORAZÓN REPARTIDO

No todo lo que duele se empaca.

No todo lo que amas cruza fronteras.

Yo salí con un par de maletas

y una idea incompleta de lo que estaba haciendo.

Fue rápido.

Fue confuso.

Fui valiente antes de que yo supiera que lo era.

Durante mucho tiempo pensé que solo me había ido.

Después entendí que también dejé.

Dejé mesas compartidas, rutinas heredadas,

una versión de mí que sabía exactamente

quién era y cómo reaccionar.

Migrar no se entiende de inmediato.

Migrar se asimila con la experiencia.

Hoy sé decirlo:

migrar es amar y doler al mismo tiempo.

Amar lo que construyes.

Amar la novedad.

Amar volverte principiante.

Amar descubrir que perteneces,

aunque al inicio nadie te lo confirme.

Y junto a ese amor,

un dolor silencioso.

No grita.

No interrumpe.

No arruina la felicidad.

Solo aparece.

Como una sombra educada

que camina a tu lado.

Cuando vives lejos dices:

—Estoy bien.

—Estoy feliz.

Y casi siempre es verdad.

Pero después viene ese espacio vacío,

ese “pero” suspendido en el aire.

Estoy feliz, pero...

Me gusta mi vida, pero...

Ese “pero” no reclama atención.

No pide explicaciones.

Solo se queda.

En los días normales.

En los días buenos.

Incluso en los días en que ganas.

Con el tiempo entiendes que

no duele el idioma.

Eso se aprende.

No duele la cultura.

Poco a poco,

deja de ser extraña.

Duele estar alerta siempre.

Pensar antes de actuar.

Traducirte todo el tiempo.

No saber del todo

cuál es el paso correcto después.

Duele extrañar roles.

Ser hija.

Ser nieta.

Ser hermana.

Ser amiga.

Duele perderte vidas que avanzan sin ti.

Celebraciones que ocurren lejos.

Despedidas que no esperaron.

Migrar es vivir entre mundos.

Con un pie aquí

y el corazón repartido.

Y a veces,

duele con culpa.

Una culpa sin forma.

Como si no estuviera permitido extrañar

cuando estás creciendo.

Como si doler fuera ingratitud.

Como si elegir significara

renunciar al derecho de sentir.

Culpa por tener oportunidades

que otros también quisieran.

Culpa por irte

cuando sabes que también te necesitan.

No es una culpa justa.

No es lógica.

Pero existe.

Y pesa.

A veces te impulsa.

A veces te frena.

Y aun así,

hay amor.

Amor grande.

Amor nuevo.

Amor propio.

Amor por la mujer que se atrevió.

Que armó su nueva vida despacio.

Que aprendió su barrio.

Que entendió las estaciones.

Que aceptó que avanzar

es hacerlo imperfecto,

pero constante.

El camino no es recto.

Por eso es verdadero.

Hay una valentía silenciosa

en querer más.

En no conformarse.

En crear caminos

donde antes solo había miedo.

Valentía para caminar

cuando el miedo te susurra

que eres pequeña.

Y descubrir, caminando,

que también sabes volar.

Todos los comienzos

incomodan.

Todos los

capítulos nuevos

te hacen sentir

vulnerable.

Pero algún día,

mi yo del futuro

me dará las gracias

por no haberme detenido.

Por haber usado su tiempo.

Su talento.

Su vida.

Migrar es amar mientras duele.

Es habitar la dualidad.

Y entender que, a veces,

no se pierde un hogar.

Se multiplican.

Valeria Armas



Gisela Paola Zabala Rojas, reside desde hace 19 años en los Estados Unidos, es retirada del Ejército de este país.

A través de su poema, Gisela busca dar voz a la complejidad de la experiencia migratoria y a la fortaleza de la mujer ecuatoriana frente a desafíos como el choque cultural, el racismo y las barreras del idioma. Esta obra se presenta como un tributo a la identidad ecuatoriana-americana y un testimonio de resiliencia inquebrantable para quienes transforman la nostalgia en coraje y fe mientras caminan entre dos naciones.

BAJO DOS MUNDOS

Raíces Ecuatorianas-Americanas, Light of Hope

El día que crucé fronteras,
una parte de mí eligió quedarse.
Se recostó entre las montañas salvajes y ríos antiguos,
donde el agua sabía mi nombre.

Morona Santiago quedó suspendida en un suspiro:
mi tierra ecuatoriana convertida en distancia.
Los árboles continuaron susurrando secretos
que ya no podía escuchar;
los pájaros entonaban despedidas
que solo mi corazón comprendía.

Las guantas y los armadillos
corrían hacia montañas que yo no alcanzaría,
y la tierra fértil, cómplice silenciosa de mis raíces,
guardaba cada risa y cada lágrima
como un tesoro enterrado en la memoria.

Mientras mis pies pisaban tierras ajenas,
The Big Apple me miró con ojos de acero.
Alzó su voz de hierro:
las calles rugieron como bestias insomnes,
edificios gigantes latiendo con pulso de metal,
una ciudad que no conoce el descanso.

Y con cada fibra de mi ser supe
que estaba fuera de mi hábitat.

Cada esquina me habló en un idioma desconocido;
cada palabra que no entendía
era un látigo que recordaba mi extranjería.

Mi corazón flotaba entre fronteras,
buscando un refugio donde pudiera descansar.

Al cruzar las puertas de la escuela,
el bullying y el racismo se alzaron como murallas,
un monstruo de hielo que mordía mi piel canela.

Tuve que aprender otra lengua, otra cultura,
adaptarme a mis padres, que ya tenían nuevas familias;

y recoger los fragmentos de mi infancia
como cenizas que aún podían encender fuego.

Los recuerdos laten en mi piel,
susurrando cada pedazo de lo que fui.

Cuando regresé a Ecuador comprendí la verdad más cruel:
ya no pertenezco a ningún lugar.
Demasiado ecuatoriana para ser americana,
demasiado americana para ser ecuatoriana,
suspendida entre fronteras, entre dos mundos,
caminando sobre los escombros de lo que fui,
con el corazón hambriento de tierra firme.

Y hoy lo sé:
mi roca, mi refugio, es Dios.
Cada herida se convirtió en fuego,
cada lágrima tejió mi coraje,
cada fragmento roto
es ahora un bloque de luz.

Mi corazón se reposó en la Bahía de Moriches,
donde la tranquilidad y la vida familiar tejen raíces de paz dentro de mí,
aunque aún late con la selva que me vio crecer.

Porque emigrar no es solo dolor,
es aprender a llevar a Ecuador dentro del pecho,
ardiendo como el Sangay, siempre activo,
rugiendo bajo la piel, incandescente, eterno.

Cada río, cada aroma, cada canto,
cada montaña, sabor, sonido y recuerdo
nos hicieron quienes somos: resilientes,
guiando nuestros corazones aun en tierras lejanas.

Podemos florecer,
podemos renacer,
podemos gritar,
podemos brillar...
podemos ser Luz de Esperanza.
Podemos ser Ecuatorianos-Americanos.

Gisela P. Zabala Rojas



Genis Campaz Cangá, oriunda de Esmeraldas, es Licenciada en Literatura y Castellano, Magíster en Docencia y Desarrollo del Currículo. Compagina actualmente su labor profesional como maestra de Alfabetización en la Organización Mixteca.

Su motivación para participar en este proyecto nace de la escritura entendida como una forma de vislumbrar el mundo y de la necesidad vital de compartir su sentir; para ella, la palabra escrita es simultáneamente un refugio y un puente que permite el diálogo entre diversas sensibilidades.

Su obra, busca nombrar con alegría aquello que el habla cotidiana no alcanza a expresar, haciendo honor al pueblo afroecuatoriano.

LA FIESTA DEL BULLERENGUE

A mí no me toquen cumbia,

tampoco quiero merengue;

a mí se me alegra el alma

al escuchar el bullerengue.

Cuando suena el bombo, el cununo y el guasá,

yo siento gran emoción;

cuando escucho el bullerengue

a mí se me alegra el corazón.

!Ay mi bullerengue! Yo me lo heredé de mi África negra, con sabor y con caché.

En cada fiesta tan sabrosa

yo los invito a bailar,

al compás del bullerengue

vengan todos a zapatear.

Al subir a la tarima

llevo una pareja buena,

y si este me coquetea,

me como a beso a ese negro.

El que quiera, que baile cumbia,

también que baile merengue;

yo esta noche me amanezco

bailando mi bullerengue.

Negrito, si me queréis,

Anda, salí de ese cucho;

bailemos este bullerengue
en casa del compa Lucho.
Quien no tiene de mandingo,
tiene de carabalí;
y yo me siento orgullosa
porque negra y en Esmeraldas nací.
Al escuchar el bullerengue
yo me lleno de alegría;
con mi negro Saturdino,
bailando le doy hasta el otro día.
¡Ay mi bullerengue! Yo me lo heredé de mis antepasados,
de mi África negra,
con sandunga y con caché.
Vengan todos a Esmeraldas,
vamos a casa de Sofía,
bailemos el bullerengue y
comamos tapao de canchimala hasta el otro día.
A ustedes amigos queridos,

yo les quiero motivar,
a compartir con los jóvenes
de nuestra ancestralidad.

Genis Campaz Cangá



Jessica Adriana Espinoza Reinoso, Jessica

Adriana Espinoza Reinoso, nacida en el cantón Limón Indanza, en la provincia de Morona Santiago, lleva en su esencia la memoria viva de la Amazonía. Aunque hoy reside en Miami, Florida, sus raíces siguen latiendo en cada paso que da.

Profesional con dos títulos universitarios y dos maestrías, ha transformado el desafío de migrar en una historia de valentía y reconstrucción. Actualmente lidera su propio proyecto, *Chivo On Road Delivery Cargo*, reflejo de su esfuerzo, visión y determinación.

Su historia representa a miles de mujeres que han debido partir, llevando consigo no solo sueños, sino también la nostalgia profunda de lo que se deja atrás. El anhelo del reencuentro es una promesa que impulsa su camino.

LA PATRIA EN LOS BRAZOS VACÍOS

De tu patria, el Ecuador, te descubijaste, con frío en los huesos,
con lágrimas y dolor;

un viaje sin mapas valiente emprendiste,
dejando en el camino pedazos del corazón.

A ti, mujer ecuatoriana que partiste, sin certezas, sin promesas de volver;
migrar no fue huida ni cobardía,

fue amar tanto que dolió ceder.

Dejaste a tus hijos con besos suspendidos, promesas al oído y la culpa en la piel; tu cuerpo está lejos,

trabaja y resiste, pero tu corazón duerme en Ecuador fiel.

Cada noche la ausencia pronuncia sus nombres,

cada amanecer pesa como una ley; ser madre migrante no es fuerza que alardea, es aprender a sangrar y seguir de pie.

Te entiendo, mujer migrante, que tus lágrimas no hayan sido en vano; has vivido con el miedo de ser deportada, pero sigues de pie, sosteniendo el mañana.

Al son el sanjuanito, cachullapi y JJ, tu alma cansada volverá a danzar y aunque los pies recuerden la herida, no dejarán de zapatear.

Y aunque el pecho se quiebre en silencio, aunque la ausencia no deje de doler, cada lágrima grita por dentro

que este sacrificio sí valdrá la pena, mujer.

JAER



A*ndrea Nicole Acosta Andrade* es abogada graduada por la Universidad Central del Ecuador, con una sólida formación académica, es becaria de la Maestría en Derechos Humanos por la Universidad de Navarra. Hoy se desempeña como interna en el Departamento de Acceso a Derechos, Migración y Grupos Vulnerables de la Organización de los Estados Americanos (OEA) en Washington D.C.

Ha transitado un proceso de reconstrucción personal y reafirmación de identidad tras residir en España y, actualmente, en los Estados Unidos, procura visibilizar el liderazgo y las resistencias de sus compatriotas en el exterior. Su texto, busca plasmar la transformación de la identidad femenina durante la migración, ofreciendo una obra que nace del reconocimiento, la memoria y el empoderamiento, bajo la premisa de que migrar no resta esencia, sino que fortalece la raíz.

PARECE QUE FUE AYER

Parece que fue ayer cuando guardaste en la mochila esos zapatos que recorrerían nuevas calles, el abrigo con olor a hogar, el amuleto que te recordaría por qué estabas aquí.

Parece que fue ayer cuando abriste tus alas para migrar, para buscar otros horizontes, lejos de papá, de mamá, lejos de los amigos y cerca del miedo.

No huíste: sostuviste.

Hoy estás aquí, valiente y esforzada, venciendo cada dificultad con esos ojos rasgados de coraje y de fuerza, con el nombre doblado en el bolsillo y la memoria latiendo en los pies.

Aprendiste a vivir sin mapas, a llamar hogar a lo transitorio, a caminar nuevas calles, nuevas culturas, sin soltar el “Dios le pague”, el “buenos días” y el “buenas tardes”.

En ti vive la lucha de Manuela Espejo, la obstinación de Matilde Hidalgo, el *Alli Kamsay, Yupaychay* de Tránsito Amaguaña.

En ti vive la tenacidad de todas las mujeres ecuatorianas que crean, crían, emprenden, rompen barreras, representan y lideran.

Mujer migrante, no eres ausencia: eres puente.

No eres cifra: eres historia caminando.

Mi paisana, mi india, mi rinconcito del Ecuador: en tus ojos encuentro valor para luchar, para confiar, para trascender.

En tus manitas veo los años de experiencia, las largas jornadas de trabajo, la esperanza obstinada que no se rinde.

En tus labios resuena el eco de aquella llamada, de voz quebradiza, diciendo: ya estoy aquí.

Desde lejos te abrazo y no te suelto.

Curo tus alas tras tan largo viaje,

te devuelvo el nombre, la fuerza,

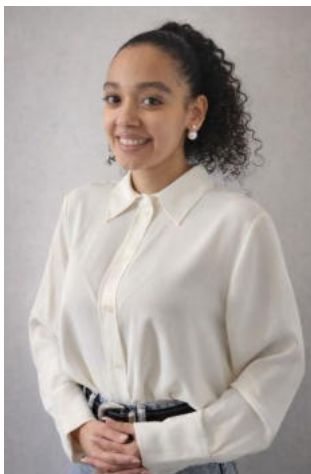
el derecho a descansar.

Recordándote que acá, en lo sempiterno, aunque el camino duela, el sol siempre saldrá.

Para las mujeres migrantes.

Nicole Acosta

Washington D.C 2026



Karla Rivas Rosales, vive en Estados

Unidos desde hace siete años, esta experiencia ha marcado profundamente su identidad personal y su forma de ver el mundo.

A través de su poema desea transmitir la nostalgia por la familia, especialmente por la figura de su abuela, y la afirmación de existir y resistir en un país que, aunque brinda oportunidades, también exige adaptación e integración.

ACÁ ESTOY

Hey, acá estoy.

Hey,
nadie quizá sepa cuánto extraño,
cuánto lloré y aún lloro, viendo viejas fotografías.
Cuándo sentiré el calor de mi tierra, y, por supuesto, el de mi familia.

Acá estoy.
Me siento ajena a todo.
Mi lengua es extranjera,
mi risa a medias y extraña,
mi piel desconocida.

Hey,
no todo es tristeza,
pero vivir con dolor te opaca.

¿Cambias?

Todo cambia:

lo que te rodea,

lo que conoces,

lo que descubres

y lo que dejas.

¿Sollozas?

Cuando recuerdas los besos de la abuela,

acongojada en tu soledad

sin poder tenerla cerca.

Acá estoy.

También río,

pero también tengo penas.

He aprendido y abandonado mucho,

quizá lo suficiente para valorar.

Hey, acá estoy,

y a veces quisiera volver

solo por una acurrucada,

una nana susurrada

al oído de mi abuela.

Karla E Rivas Rosales



***A**lissa Arlene Garzón Torres* es madre y migrante ecuatoriana radicada en los Estados Unidos, donde ha construido su vida cimentada en el esfuerzo, la fe y la perseverancia. Impulsada por el anhelo de ofrecer un mejor futuro a su hija, quien constituye su principal motor vital.

Alissa compagina actualmente la maternidad y el trabajo con la continuidad de sus estudios superiores en Derecho, formación que desarrolla tanto en su país de origen como en territorio estadounidense, lo cual le permite enfrentar los desafíos del entorno actual sin desprenderse de su identidad ni de sus raíces.

Su obra transmite un mensaje de fortaleza y resistencia sobre la capacidad de florecer y reconstruirse incluso lejos de la tierra natal.

MUJER RAÍCES

Crucé fronteras con el miedo en silencio y el amor despierto; no viajé sola, te traje conmigo, hija, aunque tus pasos aún eran pequeños.

Te cargué en los brazos y en el alma, porque una madre no migra, una madre resiste.

Dejé mi tierra atrás, con el corazón partido, pero sembré en tu mirada, la certeza de que el futuro también se construye lejos.

Aquí aprendí a ser fuerte en otro idioma, a caer sin rendirme, a levantarme por ti, cuando el cansancio me llamaba por mi nombre.

Soy mujer, soy raíz que no se arranca, aunque el viento sea ajeno y la tierra no reconozca mi historia.

Trabajo, lucho, espero, y en cada sacrificio te enseño sin palabras que vinimos a vivir, no solo a sobrevivir.

Te traje para que sueñes sin fronteras, para que tu risa no conozca límites, para que un día digas que tu madre cruzó el mundo por amor.

Mujer migrante no es ausencia, es presencia firme, es coraje heredado, es semilla que florece en cualquier lugar. Hoy hablo con voz propia, por mí y por ti, hija, porque somos historia viva, somos mujer, somos raíces que caminan.

Mujer Raíces



Juana Mendoza, reflexiona con serenidad

sobre la trayectoria que inició al migrar de Cuenca, Ecuador hacia la región de *New England*. En Cuenca obtuvo su título como Terapeuta Ocupacional. Su trayecto en los Estados Unidos, que comenzó con el trabajo en una lavandería, se transformó a base de esfuerzo y constancia hasta permitirle obtener el título en Servicios Humanos convirtiéndose en intérprete y maestra de español.

DOS ALMAS, UN MISMO LATIDO

Cuando se nace en un lugar y se es criado entre sus voces, sus olores y sus costumbres, ese sitio se vuelve una raíz invisible. Pero, al alejarse de los orígenes, al echar a andar hacia otras tierras, algo se parte suavemente por dentro. No es una ruptura violenta, sino un desdoblamiento silencioso. Entonces se empieza a vivir con dos almas: una que permanece allá, caminando las calles conocidas, hablando el idioma de la memoria; y otra que aprende a respirar en lo nuevo, a nombrar el mundo de otra manera, a adaptarse sin olvidar.

Ambas almas conviven. A veces dialogan; a veces se contradicen. Una siente nostalgia; la otra, esperanza. Entre las dos se teje una identidad más amplia, hecha de ausencia y descubrimiento, de lo que fue y de lo que aún sigue siendo. Vivir lejos de los orígenes no es perderse: es aprender a habitar ese espacio íntimo donde dos hogares laten en un mismo corazón.

Al moverme de Ecuador a los Estados Unidos, no crucé solo fronteras geográficas; crucé también límites invisibles que separan lo que una aprende a ser de lo que se atreve a imaginar.

Dejé atrás una tierra que me nombró desde niña, con sus certezas firmes y sus expectativas estrechas, y llegué a otra donde la libertad parecía más amplia, aunque no menos compleja. En ese tránsito, algo en mí volvió a desdoblarse: una parte siguió anclada a los recuerdos y a las voces del origen, mientras la otra comenzó, con cautela y esperanza, a aprender nuevas formas de vivir.

Aprendí que existen más formas de vivir, aunque ninguna venga envuelta en facilidad. Crecí en una época y en un lugar donde ser mujer parecía tener un camino único y estrecho: terminar el colegio, casarse pronto, cumplir un destino ya escrito por otros. Si ese guion no se cumplía, el juicio llegaba sin demora. Bastaba el paso de los años para que una palabra pesada cayera sobre ti, llamándote “percha”, como si el tiempo pudiera desvalorizar la vida, como si la edad borrara la dignidad.

Allí se nos enseñaba que solo la juventud tenía mérito, que el reloj decidía el valor de una mujer y que desviarse del camino marcado era casi una falta moral. Sin embargo, con el tiempo aprendí que había más opciones, más horizontes posibles; que la vida no se agota en una sola elección ni en una sola etapa; que ser mujer también puede significar buscar, romper moldes, demorarse, reinventarse. No todo es fácil, pero elegir vivir más allá de lo impuesto es, en sí mismo, un acto de valentía silenciosa.

La dominancia del hombre no es un vestigio lejano ni exclusivo de un solo país; también existe en los Estados Unidos, aunque aquí suele vestirse de

sutileza y silencios. Se esconde en cifras que no siempre se dicen en voz alta, en salarios desiguales, en techos invisibles que aún limitan el ascenso de las mujeres. Se percibe también en el hecho elocuente de que, pese al tiempo y al discurso de igualdad, el país todavía no haya confiado la presidencia a una mujer.

Y, sin embargo, entre esas sombras persiste un consuelo íntimo y poderoso. La suerte o tal vez la vida me concedió encontrar un compañero con quien construir un hogar distinto, uno donde el respeto al ser humano es la base y no la excepción. En ese espacio privado, lejos de las estructuras que aún fallan, aprendí que la equidad puede existir; que el amor puede ser un acto de justicia cotidiana; y que formar una familia así es también una forma silenciosa de resistencia.

Juana Mendoza



Cristina Espinosa, quiteña de

nacimiento, hace ocho años decidió mudarse a Nueva York, iniciando un camino de retos, aprendizajes y transformación. Formada como periodista en Ecuador, continuó sus estudios en esta ciudad, donde obtuvo un doble título en Justicia Criminal y Español; ese mismo año,

la vida le regaló la bendición de convertirse en madre. Actualmente se desempeña como trabajadora social en Queens, acompañando a su comunidad.

Su voz es un reconocimiento a la mujer que resiste y se reconstruye, recordándonos que nuestras historias nos habitan, pero no nos definen. Su obra es un homenaje a quienes eligen romper ciclos de violencia para reescribir con determinación sus historias personales y las de sus familias.

DONDE NACEN LAS ALAS

La delicadeza, la cadencia, la sonrisa sutil

de aquella joven entusiasta

la envolvían en una belleza indescriptible.

Confiada en la ternura ajena,

se entregaba a la luz que habita en los demás.

Pero crecer fue abrir los ojos a la oscuridad.

Las tinieblas la acecharon, la acosaron, la amedrentaron.

Voces hirientes, como ecos implacables,

intentaron quebrarla,
empequeñecerla hasta volverla silencio.

Un verdugo, entre gritos y golpes,
quiso extinguir su latido.

Y en el punto más hondo de la noche,
cuando todo parecía perdido,
algo en ella ardió.

Renació.

Temblando, sí, pero decidida.

Caía... y volvía a levantarse.

Con alas frágiles al inicio,
aprendió a dominar el viento.

Se alzó como mujer radiante, indómita y ambiciosa,
sin miedo a miradas ni juicios ajenos.

Con luz propia,
con fuego en la sangre,
y hambre de horizonte.

Y cuando amaneció,
descubrió que no volaba sola:
otras mariposas alzaban sus alas,
resilientes, libres,
escribiendo su historia
desde la verdad de su piel
y la memoria de sus alas,
volando sin pedir permiso para existir.

Cristina Espinosa



Ángela Maribel Ramírez Moreira,

ecuatoriana de 59 años y Licenciada en Secretariado Ejecutivo, reside en los Estados Unidos desde finales de 2022, donde se desempeña en el cuidado de adultos mayores. Su vínculo con las letras y las artes se manifestó desde los siete años a través de la oratoria y la declamación, desarrollando desde su juventud una prolífica faceta como escritora de versos, acrósticos y poemas.

Durante doce años, inclinó su vocación de servicio y aprendizaje como ayudante de cátedra de Sor Dolores Esperanza, figura por quien guarda una profunda gratitud y a quien incluso dedicó una composición musical. Motivada por su familia a participar en este proyecto, Ángela encontró en la escritura el canal ideal para reencontrarse con la expresión de sus sentimientos e ideas.

A través de su propuesta poética, busca transmitir una visión cruda y honesta sobre la experiencia migratoria, planteando que el anhelado "sueño americano" es, en realidad, un ejercicio de resistencia, desvelo y una lucha constante por salir adelante a pesar de la distancia de sus seres queridos.

CANTO DE LA MUJER QUE RENACE

Mujer que camina con el corazón dividido entre dos tierras, pero con el alma entera sosteniendo su esperanza.

Imparable como el viento que empuja las velas del destino, aunque la nostalgia susurre su nombre en cada recuerdo.

Guardiana de historias que cruzan océanos invisibles, donde la memoria y el amor se convierten en refugio.

Raíz que aprende a abrazar otra tierra sin olvidar la suya, floreciendo con la fuerza silenciosa de quien resiste.

Amaneces una y otra vez en horizontes desconocidos, descubriendo que el valor también se escribe con lágrimas.

Nadie ve las batallas que libras en silencio,
pero cada paso tuyo es una victoria del espíritu.

Tejedora de sueños para los que vienen detrás,
abriendo caminos donde antes solo había distancia.

Eres la prueba viva de que el amor por la vida
siempre encuentra la manera de volver a florecer.

ANMARA



Lizeth Alejandra Pérez Urbina es ingeniera en negocios internacionales, graduada por la Universidad de las Américas en Quito, que reside en Nueva York desde el año 2021 bajo el estatus de estudiante.

A sus 33 años, combina su formación académica con su faceta emprendedora como propietaria de la marca de artesanías ecuatorianas "*Apu Origins Ecuador*", un proyecto que tiende puentes culturales a través del arte de su tierra.

A LOS TIEMPOS QUE YA NO SON

Por si muero antes que mis amados... somos uno y el todo. Antes, ahora y después nos perteneceremos.

Llorar sana, pero sanan más los recuerdos.

Por si muero antes que mis amados...por si muero lejos... crean con el alma que en otra vida seguiré siendo:

La hija

La nieta

La hermana

La sobrina

La prima

La esposa

La madre

De alguna forma coincidiremos en la misma mesa, comiendo de la misma olla y riendo de la misma broma.

Por si muero antes o después, ¿quién sabe?

Conscientemente sé que me pertenecen y yo a ustedes. Infinito es poco para el amor que nos une y que no nos separará.

Infinito estaremos juntos, aquí o en otra dimensión. Aquí u otro lugar, aquí o en otro tiempo.

Por si muero antes que mis amados... llórenme, recuerdenme, cuestionenme... pero sobre todo por favor “infinita” soy para ustedes, no se olviden.

Seré siempre la sambita, en otra vida, en otra dimensión... este es su consuelo: Infinito estamos unidos, nuestro árbol está unido, pese a la distancia de hoy.

Infinito los amo...

Lizeth Pérez



Melissa Moriarty, radicada en Estados

Unidos desde hace treinta y cinco años, ha consolidado una destacada trayectoria en ciencia política, comunicación estratégica y producción cinematográfica.

Su compromiso cívico en New Hampshire la llevó a ser designada Comisionada de Derechos Humanos, labor que compagina con su vocación literaria. Actualmente desarrolla una crónica sobre la experiencia migratoria femenina, inspirada en las raíces y vivencias de las mujeres de su familia, integra elementos culturales, de fe como símbolos de resistencia, manteniendo siempre un vínculo profundo con el Ecuador y una conciencia activa sobre la realidad que atraviesa su comunidad en el exterior.

ROSITAS

Migrar cuesta muy poco cuando te arrancan de tu tierra
y llegas como carga,
pero te reciben como adorno.

Listas para las ceremonias, las pérdidas y las despedidas.

“Qué hermosas”, te dicen en otro idioma.

Acaso sea el primer síntoma de no estar donde naciste, ...en la mitad del mundo.

Rositas, con el tiempo que les quedan,
pocos conocerán
sus misterios luminosos:

que oler sus pétalos active el quien eres;
que tocar tus espinas reavive la naturaleza humana.

Cuando te marchites,
recordarás a tu amiga La María,
que cosecha con cuidado
y aprendió a no mirar al suelo.

Melissa Moriarty



Mariela del Rocío Rea Abad es una mujer

ecuatoriana, oriunda de Cuenca, que reside en Nueva York desde hace quince años. A lo largo de esta trayectoria, ha sido testigo consciente de las profundas transformaciones personales, sociales y políticas que atraviesa la mujer migrante en los Estados Unidos; cambios sutiles pero persistentes que se manifiestan en

el lenguaje, la memoria y la propia identidad.

Su participación en este proyecto con una pieza seleccionada de un poemario en proceso, fue elegida específicamente por la conexión que establece con su sentir como mujer en la diáspora, su participación representa una oportunidad, para nombrar las experiencias femeninas de habitar el mundo desde la migración que a menudo permanecen en el silencio.

SOY

Soy hija, hermana, amiga, compañera;

Soy el mestizaje que me dejó el calor y la urgencia de rebelión en la sangre.

Soy los cuatro ríos de Cuenca y las montañas de los Andes. El vuelo del cóndor. El viento frío del páramo que me heredó el sentir de la gente de manos callosas, de ponchos eternos y de una generosidad forjada parcela por parcela.

Soy insumisa.

Soy rebelde.

Soy la que no se calla.

Soy la Nela, la Dolores, la Tránsito, la Manuela, la Frida y todas mis
ancestras; las que me enseñaron a resistir, a trabajar, a rebelarme, las que
dejaron frases encendidas hablándome la mente y el corazón.

Soy inmigrante.

Soy la trotamundos.

Soy la que dejó la patria para conocer el mundo,

Soy raíz que camina sin miedo,

yo soy la memoria que no aprende a callar.

Yo soy la semilla viajera del tiempo, yo soy el camino que vuelve al hogar
artesana de sueños y utopías.

Solo soy.

Mariela Killa Warmi



Gladys Erminia Lombaida Espinoza, es

ingeniera comercial originaria del cantón Gualaceo, en la provincia del Azuay, tiene 44 años y reside desde hace cuatro años en los Estados Unidos. Gladys una madre dedicada al cuidado de su hija de dos años. Se define como una mujer caritativa, sensible y con una profunda determinación por salir adelante a pesar de los desafíos que presenta su

discapacidad física.

Con su obra busca generar consciencia sobre el sufrimiento y la fragmentación de las familias migrantes.

AL OTRO LADO DE LA FRONTERA

Por este sueño americano, al otro lado de la frontera, arriesgamos la vida en el camino, cruzando ciudades, ríos, montañas y desiertos.

Las fronteras dividen el mundo hasta llegar a nuestro destino; perseguimos sueños y esperanzas, con el deseo de prosperar por nuestros familiares y conocidos.

Son pocos los años desde que llegué a Estados Unidos, pero tengo la esperanza: ¡Oh, mi linda patria, he de volver por ti!

Cuando menos se espere, abrazaré a mi gente: a mis padres, a mi hermano; miraré al cielo y, con gran alegría, agradeceré a Dios. Observaré ciudades, comunas, montes y valles, el amanecer de mi lindo país: Ecuador.

Lalys



Gladys Muñoz, es un nexo de unión entre mujeres ecuatorianas, que se reúnen entorno al tejido para generar vínculos y hacer comunidad. A través de tres generaciones de un linaje marcado por el amor incondicional, ha superado las pruebas más difíciles desde la violencia hasta el cáncer, con una fe inquebrantable.

Madre de cinco profesionales y emprendedora incansable, Gladys representa a la mujer migrante que no se rinde ante los sueños rotos, sino que los reinventa.

TEJIDO DE ESPERANZA

Mi vida no ha sido un camino sencillo. Siendo muy joven, enfrenté una de las pruebas más duras que una mujer puede atravesar: fui víctima de violación y quedé embarazada. Sin embargo, en lugar de sentir rechazo hacia mi bebé, experimenté un amor infinito. Ese es el mismo amor que mi madre me entregó a mí y que ella, a su vez, recibió de mi abuela. Somos tres generaciones de mujeres decididas a transformar la adversidad en ternura.

He caminado por valles oscuros, incluso enfrentando el cáncer, pero hoy me siento más llena de vida que nunca. Disfruto la plenitud de mis "años dorados" rodeada de mis seres queridos y de mis entrañables amigas. He aprendido que la felicidad no es la ausencia de problemas, sino la actitud con la que los enfrentamos.

De joven, mi sueño era ser azafata y recorrer el mundo en las alturas. La vida me llevó a los aviones, pero mi realidad fue distinta: me dediqué a la limpieza de sus cabinas. En lugar de frustrarme, aprendí a reírme de los giros del destino.

Para muchas, la maternidad es una tarea titánica; para mí, ha sido un acto de amor puro. Crié a cinco hijos, desdoblándome en múltiples trabajos y emprendimientos, con un solo norte: que hoy sean profesionales y, por encima de todo, buenas personas.

A las madres migrantes que hoy leen estas líneas, quiero decirles que este país es una tierra de oportunidades si sabemos buscarlas. Recuerdo que mi participación como voluntaria en la asociación de padres de la escuela de mis hijos me abrió un abanico de opciones. Mi consejo para integrarse y triunfar es uno solo: aprendan el idioma inglés; es la llave que abre todas las puertas.

Finalmente les comparto que una labor sencilla pero profunda que ha marcado mis días es el tejido. Tejer no es solo entrelazar lana; es ordenar los pensamientos, sanar las heridas y abrigar la esperanza. Cada prenda que sale de mis manos lleva una parte de mi historia. Por eso hoy levanto mi voz para decir:

Manos que tejen el alma

Con hilos de sueño y lanas de estrellas,

mis manos van tejiendo historias bellas.

Cruzan el tiempo, cruzan la piel,

hilando silencios con hilo de miel.
En cada punto va un pensamiento,
una caricia, un leve lamento.
Y en cada vuelta, con suave rumor,
se forman las tramas del puro amor.
Tejedora sabia de oficio ancestral,
haces del nudo un arte vital.
Tu aguja es varita, tu hilo canción,
que envuelve el mundo con bendición.
Tejes abrigo, tejes consuelo,
tejes la calma, tejes el cielo.
Y en ese ovillo que gira y va,
la vida eterna florecerá.

Gladys Muñoz



Construyendo sueños y dejando huellas, se publicó en el mes de mayo
de 2026.

ISBN:

Grupo Editorial BLR
Ecuador
Cel: +593 98 320 4362
<https://grupobl.com/>
publicaciones@grupobl.com

MUJERES ECUATORIANAS MIGRANTES

Alejandra	Balseca	Liseth Burbano	Piñuela
Alissa Arlene	Garzon Torres	Lizeth Alejandra	Pérez Urbina
Andrea Nicole	Acosta Andrade	Lorena Loyola	Carrasco
Angela Maribel	Ramírez Moreira	Lourdes	Ochoa
Aracelly	Cantos	Magaly	Panamá
Carol	Chacón	María Olimpia	Dávalos Morán
Charito	Cisneros	María Yolanda	Idrovo Martínez
Cristina	Espinosa	Mariana	Flores
Diana Edydh	Cárdenas Flores	Mariela del Rocío	Rea Abad
Diana Grace	Muñoz Quezada	Mayra Alejandra	Chiriboga Méndez
Elizabeth Noralma	Méndez Gruezo	Melba Alexandra	Arroyo Fabara
Emma Cecilia	Siguencia Romero	Melissa	Moriarty
Estefanía	Encalada	Mercedes	Sandoval
Flor María	Vera Lara	Modesta Katiuska	Zambrano
Genis Victoria	Campaz Cangá	Nube	González
Gina	Chung	Paulina Elizabeth	Rubio Moreno
Gisela Paola	Zabala Rojas	Rosa	Ainaguano
Gladys	Muñoz	Rosa Catalina	Banegas Cedillo
Gladys Erminia	Lombeida Espinoza	Rossy	Alarcon
Glenda Nicole	Campusano Miranda	Ruth	Aguilar
Isabel Margarita	Gómez Mendoza	Sandra	Quito
Jacqueline del Rocio	Urbina Allauca	Sophia Cherrez	Nivelo
Jeanneth Carolina	Cely Ramírez	Tamara	Rivera
Jenny Belén	Montaleza Paltín	Tania Alexandra	Guamán Muñoz
Jessica	Torres	Tania Carolina	Rivera Pesantez
Jessica Adriana	Espinoza Reinoso	Valeria Rafaela	Armas Estrella
Joseline Samantha	Alvarado Averos	Violeta	Badaraco
Juana	Mendoza	Yohamely	Rondon Miranda
Judith	Castro	Yuleisy Tatiana	Yuquilema Andrade
Karla Elizabeth	Rivas Rosales	Zullay	Sevilla Valverde
Ligia Elena	Murillo		

COAUTORES

Jessica Paola Orellana Curillo Carolina Monserrath Zamora Frias

EDITORES

Janneth Maribel Guamán Tenemaza María Belén Bravo Ávalos
Luis Fernando Arboleda Álvarez Leggi Maribel Frías Bermeo
Víctor Alfonso Verdezoto Santos Sebastián Uriel Domínguez Zurita

CONSTRUYENDO SUEÑOS Y DEJANDO HUELLAS

Estimado lector, esta obra nace como una respuesta necesaria ante las alarmantes cifras de desigualdad y violencia de género que persisten a nivel global, donde la mujer migrante enfrenta una vulnerabilidad aún más profunda. Bajo la coordinación de la Agencia Consular del Ecuador en Queens y los lineamientos de la política exterior ecuatoriana, este proyecto busca dignificar y empoderar a la mujer ecuatoriana migrante. Durante un año, las participantes han fortalecido sus capacidades en liderazgo, comunicación y manejo del duelo migratorio, logrando impulsarlas para levantar su voz y seguir alcanzando sus sueños.

Más que una recopilación de escritos, el libro constituye un acto de justicia y reconocimiento a la valentía de quienes sostienen hogares y construyen nuevas oportunidades lejos de su patria. El objetivo central es consolidar una memoria colectiva que permita comprender la migración femenina desde su dimensión humana y emotiva, alejándose de los prejuicios y las frías estadísticas. En esencia, estas páginas son un testimonio vivo y un homenaje a la entereza de la mujer ecuatoriana, cuya historia enriquece tanto a la sociedad que la acoge como al país que siempre lleva consigo.

Agradecemos a todos los lectores que se acercan a esta obra con ánimo de aprender, empatizar y transformar.

EL NUEVO
ECUADOR



ISBN: 978-9942-51-520-9



9 789942 515209

Grupo Editorial BLR
Ecuador
Cel: +593 98 320 4362
[https://grupobl.com/
publicaciones@grupobl.com](https://grupobl.com/publicaciones@grupobl.com)